

Del surco a la troje

Mitos y textos sobre el maíz

Del surco a la troje

Mitos y textos sobre el maíz

Elisa Ramírez Castañeda



pluralia

México 2020

Ramírez Castañeda, Elisa, autor.

Del surco a la troje : mitos y textos sobre el maíz / Elisa Ramírez Castañeda. Primera edición.

| México : Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial : Pluralia, 2020.

LIBRUNAM 2091936 | ISBN 978-607-7655-38-1 (Pluralia) | ISBN 978-607-30-3852-2 (UNAM).

Maíz – Folclore – México. | Maíz – Mitología. | Maíz en la literatura.

LCC SB191.M2.R346 2020 | DDC 633.15—dc23

DISEÑO: Álvaro Figueroa

© Elisa Ramírez Castañeda, 2020

Primera edición: 12 de noviembre de 2020

D.R. © Pluralia Ediciones e Impresiones S.A. de C. V., 2020

San Borja 1312-5,
Colonia Vértiz Narvarte, alcaldía Benito Juárez,
C.P. 03600, Ciudad de México
www.pluralia.com.mx

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, alcaldía de Coyoacán,
C.P. 04510, Ciudad de México
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial
www.libros.unam.mx

ISBN: 978-607-7655-38-1 Pluralia Ediciones e Impresiones

ISBN: 978-607-30-3852-2 UNAM

La participación de la UNAM en esta coedición se realiza en el marco del Programa de Impulso a Creadores y Agentes Culturales 2020 de la Coordinación de Difusión Cultural.

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin autorización escrita de los editores.

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

NOTA EDITORIAL / 8

INTRODUCCIÓN / 9

Nombres del maíz. *Náhuatl, zapoteco, tsotsil* / 10

POEMAS Y CANCIONES CON MAÍCES / 12

Canciones en chontal sobre el maíz / 12

Fragmentos de *La Suave Patria*. Ramón López Velarde / 17

de *Bitácora de colores*. Luis Cortés Bargalló / 18

de *Tríptico azul*. Alberto Blanco / 18

de *Retórica del paisaje* y de *Poema en tiempo vegetal*. Carlos Pellicer / 19

Canción del gorrión. *Zapoteco* / 20

El tejón y la tejona. *Altos de Jalisco* / 21

MITOS Y RELATOS / 23

Don o robo del maíz / 24

Maíz como don. *Lacandón, tsotsil, tarahumara* / 25, 26, 27

Un grano sólo. *Cuicateco* / 27

La arriera trae el maíz. *Chatino* / 27

El ratón roe. *Cuicateco* / 29

El trueno rompe la roca. *Chontal* / 29

El maíz se tatema y se reparte. *Teenek* / 30

Robo del sagrado maíz. *Maya* / 31

La tuza consigue maíz. *Chinanteco* / 33

El zanate y San Isidro. *Zapoteco* / 34

Tlacuache pinta el maíz. *Mazateco* / 36

Niño maíz / 37

Supersticiones del maíz. Sahagún / 38

Los huicholes y el maíz. Carl Lumholtz / 38

Homshuk. *Popoluca* / 39
Sentiopil. *Náhuatl* / 47
Si'ntiopiltsin. *Nahua* / 49
El niño granito de maíz. *Totonaco* / 52
Tamakatsin. *Náhuatl* / 55
Sentiopil y su padre. *Náhuatl* / 56
El santo del maíz. *Zoque popoluca* / 57
Los niños del nixcom. *Teenek* / 61
El niño maíz. *Tepehua* / 63

Mujeres de maíz / 68

La diosa Nacawé. *Huichol* / 68
Watákame. *Huichol* / 69
Muchachas maíz. *Huichol* / 73
Mujer llevada por el remolino. *Cora* / 73
El Señor Ánjel. *Tzeltal* / 74
Virgen madre del maíz. *Chinanteco* / 76

Yernos flojos o diligentes / 76

La iguana y el pájaro-flojo. *Cora* / 77
El pobre que logró tener buena fortuna. *Mixteco* / 82

Variedades del maíz / 89

De los que venden cacao y maíz y frisoles. Sahagún / 89

Pérdida del maíz / 90

El cuñado del rayo. *Teenek* / 91
Mazorca en el mentón. *Náhuatl* / 92
La muchacha que espantó la codorniz. *Huave* / 93
Pleito entre esposos trueno. *Trique* / 93
María Haragana. *Cakchiquel de la frontera* / 94
Origen de las ardillas. *Tzeltal* / 94
Condoy y su hermana Moniy. *Mixe* / 99
La milpa del xut. *Tzeltal, tsotsil* / 101, 102
El cuervero. Juan José Arreola / 104

CREENCIAS Y REFRANES / 108

El maíz llora. *Náhuatl* / 108

La milpa platica. *Mazateco* / 108
Lunas, mujeres y siembras. *Chinanteco* / 109
Las lunas propicias. *Mazateco* / 109
Divinación con maíz en Mitla. *Zapoteco* / 110
A mí, el maíz me avisa. *Chontal* / 113
Suerte en el maíz. Motolinía / 114
Abusiones en el maíz. Sahagún / 114
Una adivinanza y varios dichos / 114

ORACIONES / 116

Oración en la mesa para proteger la siembra. *Maya* / 116
Oración de Nicolás Antonio López. *Náhuatl* / 117

MILPAS Y MILPEROS / 122

Pálikata. *Huichol* / 123
Peyote-maíz-venado. *Huichol* / 125
Rezosa la tierra y x'ob. *Tsotsil* / 126
Ritual de la milpa. *Maya* / 129
Canciones cardenches. *San Luis Potosí* / 131
María Concepción, campesina indígena. *Náhuatl* / 134
Marcela entra en el milpal. Mariano Azuela / 137
La extensión del llano. Agustín Yañez / 138
Ya soy agricultor. Juan José Arreola / 142
Perfecto Luna, fragmento. Elena Garro / 147
Exactamente pisotear un sembrado. José Revueltas / 148
Me quedé vendido. *Tsotsil* / 149
A veces pienso no sembrar. *Náhuatl* / 150
No sobra más que yo. *Jiquilpan* / 151
Los dioses ya no escuchaban. *Lacandón* / 152
Del temor que tenían al hambre. Sahagún / 153

GLOSARIO / 154

BIBLIOGRAFÍA / 157

NOTA EDITORIAL

ESTA ANTOLOGÍA INCLUYE escritos y testimonios mexicanos del siglo XX. Creemos que en el siglo XIX la distancia entre lo rural y lo urbano, lo oral y lo escrito, el campesino y el escritor no era tan abismal como lo fue en tiempos posteriores. La mayor parte de los testimonios y textos sobre el maíz son indígenas.

En un breve recorrido por las mitologías y literatura, veremos cómo los textos indígenas, a pesar de venir de diferentes lenguas y lugares, se parecen. Comparten un mismo tiempo y lógica míticas. No intentan crear imágenes sino explicar orígenes.

Se ha respetado el español de los informantes, tal como lo escribieron los recopiladores, con modificaciones mínimas. No son políticamente correctos, son mitológicamente congruentes.

Ajenos al campo, los escritores narran la distancia, la ausencia, la nostalgia. De allí su belleza. O convierten la tierra en metáfora. El campesino ensimismado en el surco o pendiente de la lluvia, no hace de su vida o de su trabajo un tema, y privilegia en el relato la fiesta, la lucha o la adversidad al narrar los quiebres en la vida cotidiana. Y no escribe.

El texto de Arreola, por ejemplo, donde de entrada reconoce que nunca hubo campesinos en una familia de zapateros y poetas, resulta humoroso, ilustrativo y deliberadamente ridículo.

INTRODUCCIÓN

EL MAÍZ ES ORIGINARIO DE NUESTRO PAÍS pero nunca creció, tal y como lo conocemos, de manera espontánea; en su forma actual, depende del hombre para liberar los granos de su apretada envoltura y desprenderlos del olote para así poder reproducirse. Las matas de maíz y los seres humanos viven en simbiosis y las mazorcas actuales son producto de milenios de selección natural. En nuestro país, en tiempos prehispánicos, se cultivó en todo nuestro territorio —y desde Nuevo México hasta Centroamérica. Hay distintas variedades cultivadas y mejoradas a través de los siglos, aptas para todo clima: los hopi y los zuñi son los pueblos más al norte con culturas de maíz; marcan la frontera con los cazadores carnívoros y nómadas de las Grandes Praderas donde hoy se producen enormes cantidades de grano.

Según los más antiguos relatos mayas el cuerpo del hombre fue hecho de maíz: —“de maíz es su pan y el maíz fue su vida”. Hoy es todavía sustento mítico, cosmogónico o cotidiano de los mexicanos —indígenas y no indígenas— pues su cultura agrícola y gastronómica reposa en esta planta. Hablar del campo y las dietas mexicanas es hablar del maíz: fermentado, cocido, tostado, hervido, nixtamalizado, molido nos acompaña desde hace siglos. Es ingrediente esencial de tortillas, atoles y tamales en sus miles de variantes; del maíz se obtienen también miel, aceite, forraje, diuréticos, harina, cañas para enjarrar el bajareque... todo de una sola mata. Además de mitos o ceremonias en todas las

lenguas, en México hay una cultura cotidiana y universal, construida alrededor del maíz que nos acompaña hace milenios: nos singulariza, nos distingue y nos marca día a día, desde la creación del primer hombre hasta el último bocado de tortilla; desde el primer suspiro hasta el bastimento que acompaña a los difuntos en sus entierros.

Poetas, literatos, campesinos, antropólogos, rezanderos y adivinadores han hablado del maíz en distintas circunstancias. En todo campo y en toda mesa, el maíz impera: pelagra, merma y cambia, pero impera.

La planta domesticada por el hombre se vuelve creación divina y se convierte más tarde en don de los dioses. Como divino se le trata, como algo precioso se le considera. En todas las comunidades indias de México persisten mitos y relatos referentes al maíz, o al menos ceremonias para reverenciarlo, fiestas para bendecirlo, oraciones para protegerlo y nombres para cada una de las etapas de su crecimiento o partes de la planta: desde el jilote hasta el totomostle.

Los mitos sobre el maíz son los más abundantes en la bibliografía antropológica; hay otros más donde se explica cómo llegaron al mundo el frijol, el camote o las papas; el tomate y el chile. El tabaco cimarrón o macuche, el toloache, el peyote, la datura; el saguaro y la biznaga, quelites y verdolagas por ser productos silvestres, se explican como restos de la sangre, sudor, orines, uñas o partes del cuerpo desperdigado —cabello, tripas— que los dioses o primeros creadores dejan en el monte.

En el principio de los tiempos, el maíz estuvo oculto y se cuentan distintas versiones acerca de cómo llegó a la tierra y se propagó aquí: se lo robó la tuza, la iguana, la hormiga, el zorro, el zanate; el primer maíz se cultivó sin sacrificios y el hambre era saciada con un solo grano.

Nombres del maíz

EN ESTA LENGUA, cuando el *pan* se coge, y todo el tiempo que está en mazorca, que así se conserva mejor y más tiempo, llámanle *centli*; después de desgranado llámanle *tlaulli*; cuando lo siembran, desde que está nacido hasta que está en una braza, llámase *toctli*; una

espiguilla que echa antes de la mazorca en alto, llamase *miyauatl*; ésta comen los pobres, y en año falto, todos.

Cuando la mazorca está pequeña en leche muy tierna, llámanla *xilotl*; cocidas las dan como fruta a los señores. Cuando ya está formada la mazorca con sus granos tiernos y es de comer, ahora sea cruda, ahora asada (que es mejor), ahora cocida, llámase *elotl*. Cuando está bien dura llámanla *centli*, y éste es el nombre más común del pan de esta tierra. Los españoles tomaron el nombre de las islas y llámanle maíz. (*Motolinía*)¹

El *Vocabulario zapoteco* de 1893 incluye nombres para el grano, el grueso escogido, el blanco, el pinto, el moreteado, el tostado, el tostado que revienta, el cocido, el podrido, el marchito o vano. En tsotsil hay palabras para el maíz cocido, el molido, la mazorca, la mata en flor, la planta que jilotea, el que se riega a los pollos alrededor de la casa, la mazorca con hojas, la que ya no tiene hojas, el que se muele una vez, el que se cuece sin cal, el cuachi, la mazorca a la que le falta una hilera de dientes, la que tiene pocos dientes, la que se guarda para la siguiente siembra, la mazorca grande, el maíz de riego, la mazorquita que crece junto a una mazorca grande, el de tierra caliente, el de ladera, el de milpa plana, aquél al cual se le reza, el que se guarda, el de uso —y muchos más según color, forma, crecimiento o uso. Y así sucede en todas y cada una de las lenguas que se hablan en nuestro país —y el sudoeste de Estados Unidos.²

¹ Motolinía, fray Toribio de Benavente, *Memoriales*, Segunda parte, cap. 22, pp. 371-372.

² *Vocabulario Castellano-Zapoteco*, p. 110; *The Great Tsotsil Dictionary of San Lorenzo Tzinacantán*, pp. 419-420. Hay un libro sobre maíz entre los zuñi: *Zuni Breadstuff*, recopilado en Arizona por Frank Hamilton Cushing y publicado entre 1884 y 1885 en el periódico *Millstone*; como libro data de 1920.

POEMAS Y CANCIONES CON MAÍCES

Canciones en chontal sobre el maíz

[Los cuatro maíces]

Cuatro maíces hay:

negro

blanco

amarillo

colorado.

Maíz negro

como el cuervo.

Maíz blanco

como la flor blanca.

Maíz amarillo

como la luz del sol.

Maíz colorado

como la sangre.

como la sangre

como la sangre.

[Canción de agradecimiento]

Rozar
 pizcar
 limpiar
la roza
 la limpia.
Trozar los elotes
 mientras alguien muele
 muele muele muele
 muele muele muele.
Llega el hambre
 se come se come
 se come se come.
Se levanta el hombre y da gracias al cielo.

[Se siembran juntos]

El sol dijo:
El maíz es mujer
 el picante es hombre.
Se comieron al maíz y lloró el picante.
Quería que lo comieran también
 quería.
El maíz es mujer
 el maíz es mujer
 el picante es hombre.
Dizque el sol dijo:
 Donde vaya el maíz irá el picante.
 ¡Ay, maíz!
 ¡Ay, picante!

[Al madurar la siembra]

Dios del Cerro:

Ya sembré
ya regué
semillas del rayo
comida del mundo.
Se dio
sazonó
se dio
sazonó.

Relámpago del rayo
neblina del rayo.

[Siembra y trabajo}

Riego siembro
 siembro crece
 crece florece
 florece se seca.

Milpa milpa
creció se secó.

Milpa milpa
ahora ofrezco a todos:

 lo que tengo
 lo doy
que reciban lo que doy
que reciban lo que habla
el hombre del cerro
 de la tierra
 una palabra
 una palabra una,
 una palabra.

Juntos van el cerro y el hombre:

la estaca el sembrador

la estaca el sembrador

el sembrador su estaca.

[Cantada para el maíz]

Enterraron un maíz

lo sembraron en la tierra

llora porque lo enterraron.

Un cacalote le oye llorar

dentro de la tierra:

escarba

lo saca

lo come.

Ahora pediré al maíz

que no llore:

a los tres días

brotarás

seguirás tu vida.

Ay ay ay

semilla semilla semilla

ay ay

no llores

no llores

vas a brotar

vas a brotar.

[Floreció mi milpa]

Mi milpa señorita huele mucho.

Bonito están cantando las abejas en la espiga

caminando en las hojas de la milpa.

Voy a darles de comer a mis animalitos:
 primero al cuervo
 al tejón
 a la ardilla.
Están alegres los hijos del campo y los montes.
Estoy contando mi trabajo
 mi semilla
Llovizna del cielo
 llovizna de la neblina.
El rayo platica con mi trabajo:
 está oliendo a la flor señorita.

[Para cantar en medio de la milpa]

Ya se dio la milpa
 amarilleó
 amarilleó.
Ahora le pagaré a los dioses:
 voy a matar un guajolote
 voy a quemar el copal
 voy a encender las velas.
 Voy a adornar con flores
el lugar donde muera el guajolote:
 sangre de guajolote para la tierra.
 humo de copal para el Norte y el rayo.
 velas para el sol.

[Canto de la langosta]

Grita el *tocochil*
ya sazonó la milpa
ya sazonaron todas las milpas
 amarillearon amarillearon

¡ay, la langosta!
Verde nació la milpa
verde creció
secó se dobló
hasta la cañuela se usó:
sólo quedó la semilla.³

de *La Suave Patria* (fragmentos)

* * *

Suave Patria: permite que te envuelva
en la más honda música de selva
con que me modelaste por entero
al golpe cadencioso de las hachas,
entre risas y gritos de muchachas
y pájaros de oficio carpintero.

Patria: tu superficie es el maíz,
tus minas el palacio del Rey de Oros,
y tu cielo, las garzas en desliz
y el relámpago verde de los loros.
El Niño Dios te escrituró un establo
y los veneros del petróleo el diablo.

(Ramón López Velarde)⁴

³ Masanosuke Ogita (recopilador), *Canción de Chontal*, Tokio, Goeki impresiones, s/f. Versiones inéditas en español de Elisa Ramírez Castañeda (en adelante ERC). El Dr. Ogita recopiló más de doscientas canciones, durante la década de los veinte y los treinta del siglo xx en Santa María Ecatepec, Oaxaca. El *tocochil* es una langosta que canta solamente cuando es tiempo de cosecha del maíz.

⁴ Ramón López Velarde, *El son del corazón, Poesías completas, El minuterero y Don de febrero*, pp.154-155. El poema data de 1921.

de *Bitácora de los colores*

IV

La madre
con lenguas amarillas
canta en el maizal;
nada persigue, nada busca,
por eso nunca desfallece
y la cabrona muerte
se adormece con su voz.
Conduce la semilla
que se dora en una playa de cosechas,
empuja la carreta de los días luminosos.
Es la mujer de adentro:
brota si nombramos las cosas.

(Luis Cortés Bargalló)⁵

de *Tríptico azul*

II

Una paloma
cruza los maizales
quebrando
en violetas y grises
la certeza de las miradas.

Absortas en la luz
se doran las mazorcas,
brillantes contra el cielo

⁵ Luis Cortés Bargalló, *El circo silencioso*, p. 12.

como los ojos
colmados de placer.

(Alberto Blanco)⁶

de *Retórica del Paisaje*

Se reduce el lenguaje y la tristeza
es sobria como sombra de detalle.
El amarillo seco se encamina
ya entre la milpa vieja que el viento papelea

(Carlos Pellicer)⁷

Poema en tiempo vegetal

a José Clemente Orozco

La tierra en marzo abre su entraña,
pronto recibirá la semilla [...]
El maíz erguirá su vara
y en su talle la mazorca feliz
multiplicará su fécula sacra.
Sitúala en el hecho preciso,
oh tierra que, desnuda, te vestirás con el agua
porque, como el maíz y como el árbol
se siembra y se sonríe y sombrea,
también, la palabra.

⁶ Alberto Blanco, *Giros de faros*, p. 31.

⁷ Carlos Pellicer, *Hora de junio. Obras completas*, p. 244.

El sembrador sembró la aurora;
su brazo abarcaba el mar.
En su mirada las montañas
podían entrar.
[...]
La tierra pautada de surcos
oía los granos caer.
De aquel ritmo sencillo y profundo
melódicamente los árboles
pusieron su danza a mecer.
[...]
Sembrador silencioso:
el sol ha crecido por tus mágicas manos
el campo ha escogido otro tono
y el cielo ha volado más alto.
[...]
Sembraba la tierra.
Su paso era bello, ni corto ni largo
en sus ojos cabían los montes
y todo el paisaje en sus brazos.

(Carlos Pellicer)⁸

Canción del gorrión

Cuando el gorrión ya se deja ver,
se sabe que hay abundancia;
la paloma, el tordo, la golondrina,
la gente sabe que Todos Santos está cerca.
En los años buenos ya se tiene mazorca,
en algunos lugares ya cortaron la caña de maíz;

⁸ Carlos Pellicer, *Subordinaciones, Obras completas*, p. 422. El poema es de junio de 1947.

la urraca, el pájaro carpintero y el zanate verás,
entre las ramas espinosas, haciendo ruido.

El garrapatero es de todos el más tonto,
solamente recoge insectos;
siempre bajo la cerca lo verás sentado,
grueso su pico y corto el cuello.

El zanate también tiene rencor,
porque dice que él fue a buscar el maíz;
en esta tierra Dios dispuso
que el zanate arrancará la milpa tierna.

De todos, el hombre es el más inteligente,
sabe que él fue quien trabajó;
en la mañana en flor, antes que caiga la luz,
se le amarra su tortilla para ir a cuidar la milpa.

(zapoteco)⁹

El tejón y la tejona

Un tejón iba pasando
por la orilla de una milpa,
se llevó un tercio de elotes
y un *quimil* en la cobija.

Dos tejoncitos chiquillos
lo salieron a encontrar,
al mirar lo que llevaba
lo pusieron luego a asar.

⁹ Manuel Reyes Cabrera, *Rey Baxa*, en Víctor de la Cruz, *La flor de la palabra*, p. 152-153.

La tejoncita chiquilla,
como era más atrevida,
del comal sacó un elote
y se lo aventó pa'riba.

La tejona le decía,
con una cuarta muy gruesa:
“ora lo verás, tragona,
no los dejas que se cuezan”.

La tejona comerciante
seis elotes se comió,
a las doce de la noche
de la congestión murió.

La tejoncita chiquilla
lloraba por la tejona,
los tejoncitos decían:
“que se muera por tragona”.

Ya con ésta, ay, me despido,
yéndome por esa loma,
esta fue la triste historia
del tejón y la tejona.

(Canción de Tepatitlán, *Altos de Jalisco*)¹⁰

¹⁰ CONAFE, *Así cuentan y juegan en los Altos de Jalisco*, pp.84-85, cantó Ramón Vargas, de Tepatitlán, Jalisco. *Quimil*, nahuatlismo: bulto, tambache. Se utilizan cursivas para denotar las palabras en español, en el relato original en lengua indígena o, a la inversa, cuando se conservan palabras indígenas o modalidades del español “incorrectas” en los textos.

A BUNDANTÍSIMOS SON LOS TEXTOS, antiguos y modernos, donde se cuenta cómo se obtuvo el maíz, donde se anotan conocimientos agrícolas, rituales y celebración de sus ciclos. Muestran así que los mitos persisten hasta nuestros días, como relato o como práctica: fiestas y bendiciones al sembrarlo, al pedir lluvia para que crezca, al cortar los primeros frutos tiernos, al cosecharlo, al almacenarlo, al cocinarlo. Los dueños de la milpa, la lluvia, las cosechas o el maíz mismo fueron y son reverenciados aún en muchos lugares.

Los mitos que narran el origen del maíz suelen aparecer mezclados con los del origen del mundo, del fuego, la humanidad o la muerte; muchas veces el mito se dispersa en fragmentos, cuentos, consejas y prácticas. Pero siempre el maíz ocupa un lugar central en la cosmovisión de los pueblos indígenas de nuestro país y en la vida cotidiana de todos los mexicanos.

Los ciclos de mitos indígenas de México sobre el origen del maíz son esencialmente tres, con muchas variantes: el maíz debe ser traído o robado de algún lugar, extraído de una montaña, cueva o casa que guarda los sustentos; es tarea de quienes rompen, pican y roen —se consigue también con ayuda del rayo, que quiebra el cerro. En el segundo caso el maíz es un niño. Tras su lucha contra Huracán, regresa al mundo y se presenta ante su madre; intenta revivir en vano a su padre: se vincula a la explicación de por qué los muertos ya no reviven.

El tercer ciclo es el de una muchacha-maíz, que se casa con un humano; su secuela explica cómo se aprendió a sembrar. Ésta puede existir de manera independiente, cuando dos yernos muestran sus habilidades o carencias como agricultores y enseñan cómo deben proceder los sembradores.

Existen multitud de subrelatos donde se explica por qué tienen colores los granos o los olotes, cómo se repartió desigualmente y por qué se perdió su virtud original. En algunas lenguas, cuentan que es una de las plantas salvadas del diluvio; en aquellos tiempos todavía no se había perdido el maíz; con un solo grano alcanzaba para tortillas y con un solo grano alcanzaba para pozol: con unos cuantos granos, unos frijoles, unas calabazas sobrevivió el único hombre que se salvó del diluvio.

El maíz se tiñe, otras veces, para disimular el hurto o como recuerdo de alguna violencia: la sangre de las mujeres-maíz o de otras mujeres mancha los granos, los olotes o las hojas de las mazorcas, puesto que se limpiaron la nariz con ellos.

El maíz suele ir acompañado —en las milpas y en los relatos— de la calabaza y el frijol. A veces, existe en otra forma; o aparece y desaparece, se obtiene y se pierde. Cuando se recupera, siempre se transforma. Varían sus nombres, los granos que se cosechan, las formas de las mazorcas: siempre es visible un proceso de transformación y metamorfosis que nos permite adivinar un largo proceso de modificación, desde el teocintle primitivo hasta llegar el maíz con mazorcas y granos grandes.¹¹

Don o robo del maíz

El maíz es un don del cielo. Entre los lacandones, el Primer Dios creador regala el maíz a uno de sus tres primeros hijos, Hachäkyum, creador a su vez del género humano:

¹¹ En este segmento hemos optado por usar solamente versiones de los relatos indígenas procedentes de las recopilaciones de lingüistas, antropólogos o etnólogos; o las versiones escritas por autores indígenas. Se prescinde de los textos literarios inspirados por mitos indígenas o enlazados al maíz, que aparecerán en otro segmento.

Hachäkyum fue el que más se interesó por mejorar la tierra, y tomó la iniciativa sobre sus dos hermanos mayores. Estableció el primer hogar de los dioses en Palenque, que fue el principal. K'akoch le entregó el maíz a su hijo y nunca se dejó ver de nuevo. Hubo una conferencia entre los primeros tres dioses. Hachäkyum esparció arena, secando la tierra y formando piedras. Hizo el bosque y estableció el orden en la tierra.

Primero K'akoch hizo maíz para Hachäkyum.

—Muy bien, ¿y ahora quién va a hacer las tortillas?

La señora de Hachäkyum buscaba la forma de hacer tortillas y el pozol. Hachäkyum hizo con arena y barro la olla chica y la olla grande, el comal. Entregó estos utensilios a su señora, quien coció el maíz. Hachäkyum hizo entonces el metate para que moliera. Ella molió bien el maíz y él lo probó. No le gustó. Fue por leña y prendió fuego. Puso un comal y nuestra señora hizo tortillas con una hoja de plátano. El marido las probó, le parecieron muy buenas. Decidió:

—Ésta será nuestra comida.

Después se hizo el pozol.

—¡Qué sabroso!, esto va a quedar aquí para mis criaturas.

Hachäkyum formó los primeros lacandones con arcilla, al terminar se talló las manos. Los rollos de arcilla cobraron vida al caer al suelo, volviéndose culebras de varias especies. El *hooch'* (hormiga gigante), los alacranes, gusanos, zancudos, moscos, hormigas arrieras y todo género de insectos salieron de los fragmentos más pequeños que se desprendieron al sacudir las manos. Sólo los dientes del hombre no fueron hechos de arcilla, sino de granos de maíz blancos. (*lacandón*)¹²

No siempre hubo maíz en el mundo y la planta misma es distinta cuando es un don de los dioses y cuando debe conseguirse mediante complejas

¹² Bruce, Robert, *El libro de Chan Kin*, pp. 35-42; Bruce y Enriqueta Ramos, *Gramática lacandona*, pp. 15-16. Recopilado en Najá, Chiapas.

faenas, hábiles trucos o grandes trabajos. Como don de los dioses, se le trata con respeto, así sea apenas una matita arrastrada por el agua.

...todavía no sabían cómo hacer fiestas, no sabían cómo cantar, no sabían cómo beber *posh*, no sabían cómo bailar, no tenían casas, no tenían ropa, no sabían nada. Tampoco sabían comer bastante, solamente mascaban un grano de maíz crudo. Pero al principio no había maíz, solamente tenían col, hojas de nabo y frijoles. Sólo eso. Luego llegó el maíz. Nadie vio cómo llegaron la col, frijoles y hojas de nabo, allí nomás estaban. Vieron la col y los frijoles que estaban allí primero, luego apareció el maíz. Los hombres que habían sido de barro sólo comían col, no comían tortillas. Sólo col y frijoles comían, solamente un poquito de col y hojas de nabo comían. Y también Nuestro Santo Padre Sol del Cielo vio que la gente no comía suficiente, le pareció mal.

—Estaría bien que comieran bastante, si no, no trabajarán bastante. Si comen mucho trabajarán mucho —así dijo Nuestro Santo Padre Sol del Cielo.

Es por eso que la gente de Chamula come mucho, fue mandato de Nuestro Santo Padre Sol del Cielo. Vio que estaba mal que sólo comieran un grano de maíz a la vez. Vio que no estaba bien que la gente no trabajara más.

Pues entonces una matita de maíz tierna vino con el río, la plantita venía flotando sobre el agua. Fueron a agarrar esa plantita y la sembraron a orillas del río. Le echaban agua para que no se secara. Y creció la plantita, no se secó el maicito, allí creció. Y así, poco a poco se dio la milpa. Aumentó mucho, se hizo grande. Igual la gente: crecieron mucho, todo se multiplicó. (*tsotsil*)¹³

¹³ Gary Gossen, en *Tlalocan*, vol. VII, 1968, pp. 131-165. Narrado por Manuel López Calixto de Paraje Peteh y Salvador López Castellanos de Paraje Milpoleta, ambos en el municipio de San Juan Chamula, Chiapas. El *posh* es un licor de caña de azúcar sin refinar que destilan los chamulas. Acompaña casi todas las transacciones seculares y religiosas de Chamula para brindar el calor que requieren para su exitoso desempeño (nota de Gossen).

La versión tarahumara cuenta que después del diluvio, tras la muerte de todos los hombres y especies, Dios envió a tres hombres y tres mujeres a poblar la tierra y fueron ellos quienes trajeron y sembraron las tres clases de maíz que todavía se existen en la Sierra: el blando, el duro y el amarillo.¹⁴

Según otra tradición [los tarahumaras] bajaron del cielo con maíz y papas en las orejas y fueron llevados por Tata Dios a aquellas montañas, que están en medio del mundo, a donde llegaron primitivamente siguiendo una dirección de noreste a este. (*tarahumara*)¹⁵

El maíz primordial a veces está oculto, secuestrado o encerrado, los primeros hombres deben robarlo a demonios, malos aires, duendes, seres del inframundo o, por degradación del mito, a vulgares viejos envidiosos. Por alguna razón nunca especificada, éstos se adueñaron del maíz y lo esconden o acaparan: lo mismo ocurrió antes con el fuego; por eso a veces el ladrón es el mismo, o se hurtan juntos.

Al principio del mundo no había maíz; existía un solo grano, había un hombre en el pueblo que lo ataba a un hilo de ixtle y lo dejaba bajar por la garganta hasta llegar al estómago, esto era para engañar a su estómago, después le jalaba otra vez por arriba. Dicen que el maíz lo trajo al mundo un pájaro cacalote que dejó caer de su boca una mazorca de maíz y *Eva del Cielo* la recogió. Desde entonces la gente siembra maíz. (*cuicateco*)¹⁶

Antes, mucho más antes que nosotros, el Santo *Ho'o* tenía sus hijos. Los hijos estaban llorando porque no tenían que comer. El Santo les preguntó a todos los que estaban reunidos allí cómo iban a

¹⁴ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. 1, p. 293.

¹⁵ Carl Lumholtz, *Ibid*, recopilado en 1904-1905, pp. 291-292.

¹⁶ Robert J. Weitlaner, *Relatos, mitos y cuentos de la Chinantla*, p. 86. Narrado por María Gregoria, de Chiquihuitlán.

hacer para comer; se les preguntó a todos los amigos y animales que estaban reunidos allí cómo iban a hacer para comer. Entonces se adelantó la hormiga arriera y le dijo:

—Yo voy a dar una ayuda, voy a dar una cooperación.

El Santo le preguntó cómo iba a ayudar. Entonces la hormiga arriera le dijo que ella cavaría un túnel durante toda la noche, y así llegaría al lugar donde los Malos Aires tenían guardado el maíz. En aquel tiempo los demonios eran los únicos que tenían maíz, por eso la hormiga arriera se los iba a quitar, para llevarlo a la casa donde la esperaba el Santo, reunido con sus amigos y los animales. Eso hizo la hormiga: cavó hasta que llegó abajo del lugar donde los demonios guardaban el maíz y lo llevó a la casa del Santo. Así, al amanecer ya hubo maíz. El Santo agradeció a la hormiga arriera y le dio el maíz a los hijos que estaban llorando, y así ellos terminaron de llorar. Desde entonces es que se conoce el maíz, desde entonces que quedó el maíz. Por eso es que la hormiga arriera siempre anda llevando carga, ése es su trabajo; desde entonces quedó así su trabajo.

(*chatino*)¹⁷

Existen indicios de que el maíz estaba oculto en algún lugar: se descubre a una hormiga que lleva a cuestras un grano; las flatulencias de la zorra —de aroma dulce y desconocido— denuncian un alimento preciado y misterioso. El hombre y los animales —que entonces hablaban y actuaban como humanos y compartían con ellos una misma lengua— debían descubrir dónde estaba y traerlo hasta las milpas. Oculto en una cueva, bajo una roca, en el inframundo, debe extraerse; guardado un baúl, se debe quebrar la madera; en un sitio a donde se debe entrar por huecos pequeños. Quienes ayudan a traer el maíz poseen habilidades especiales: roer, quebrar, cavar o cortar —a partir de entonces las adquieren o las refuerzan. Hasta nuestros días están asociados a la milpa por dañeros, ladrones o auxiliares: el toro —que en alguna versión

¹⁷ Miguel Alberto Bartolomé y Alicia M. Barabas, *op. cit.* pp. 199-200. Recopilado en Santos Reyes Nopala, Oaxaca.

debe cornar la piedra que tapa el lugar donde tenían guardadas las mazorcas—, el pájaro carpintero, la hormiga, el zanate, el ratón, la tuza. Por traer el maíz a este mundo y propagarlo, los portadores de la semilla quedaron marcados: roedores, pájaros e insectos tienen permiso de entrar a la milpa y las trojes. La hormiga fue la primera chismosa, aunque para decir lo que sabía fue atormentada. Por eso sigue siendo tan acinturadita.

Antiguamente no había maíz en el mundo, solamente el duende lo tenía. Para que la gente lo tuviera, mandó Dios a un ratón que trajera el maíz que tenía guardado en un cajón. Dios dijo:
—¡Rompe con tus dientes el cajón y saca los granos!
Este maíz fue blanco. Entonces Dios mismo pintó el maíz con los colores amarillo y pinto y dijo al duende:
—Ahora, escoja su maíz.
Y el duende ya no pudo reclamar los granos por la confusión de los colores. (*cuicateco*)¹⁸

Unas gentes vieron que la hormiga tenía un grano de maíz y le preguntaron de dónde lo había sacado. No quiso decir; la agarraron y le apretaron con un mecate la cintura, tan apretado que casi la partía en dos —y por eso hasta ahorita tiene tan delgada esa parte del cuerpo. La siguieron hasta donde estaba una roca grande y allí pidió que la soltaran para que pudiera meterse debajo de la roca. Ya llevaba una hora cuando regresó con un grano de maíz. Les dijo que si quebraban la piedra hallarían mucho maíz. Por eso, la gente fue a pedirle al dios rayo que quebrara la piedra, a ver si era cierto lo que decía la hormiga. Si mentía, la matarían —la volvieron a amarrar. El dios trueno golpeó la piedra con un rayo, pero no pudo. Entonces la gente fue a ver al dios trueno que llamaban Tullido, para que él golpeará la piedra. Tan pronto la golpeó, apareció debajo una pila

¹⁸ Robert Weitlaner, *Relatos, mitos y cuentos de la Chinantla*, pp. 87-88. Narrado en cuicateco por Tomás N. de Chiquihuitlan, Oaxaca.

grande de maíz. La gente le dijo a la hormiga que podía quedarse con todos los granos que cayeran y entre todos recogieron las mazorcas. El dios rayo Tullido le dijo a la gente que había dos clases de maíz: el de mazorca grande, que crecería en seis meses y el de mazorquitas, que crecería en tres. También les dijo que soltaran a la hormiga y que tenía permiso de comer todo el maíz que quisiera, porque fue la primera en decir dónde estaba. (*chontal de Oaxaca*)¹⁹

La hormiga —como a la avispa— tiene la cintura estrecha, para obligarla a confesar de dónde ha sacado el grano que lleva a cuestras casi la parten en dos; a veces, la atormentan la mismísima virgen María o Jesucristo. El secreto es revelado por fin.

Cuentan los abuelos que hace mucho tiempo el maíz se perdió, y por eso los habitantes se estaban muriendo de hambre. Posteriormente, una señora vio una hormiga arriera que llevaba un grano de maíz y le preguntó:

—¿Dónde encontraste ese grano de maíz?

La hormiga contestó: —No te voy a decir.

La señora agregó: —¿Por qué no quieres decirlo?

La hormiga contestó nuevamente: —Porque tengo prohibido decirlo. Luego le dijeron a la hormiga que si no decía dónde se encontraba el maíz la atormentarían. Enseguida agarraron a la pobre hormiga y la comenzaron a torturar amarrándole la panza con un *zapupe*. A cada rato le preguntaban: —¿Dónde encontraste el grano de maíz?— y no lo quería decir, por lo cual la siguieron atormentado hasta que ya no aguantó, porque sentía que ya la estaban cortando en dos. Entonces dijo que contaría la verdad.

—El maíz se encuentra en un cerro.

Después dejaron ahí a la pobre hormiga bien castigada, casi por cortarse, tal como la vemos en la actualidad. Luego la gente se reunió

¹⁹ Paul R. Turner, *The Highland Chontal*, pp. 46-47. Recopilado en San Matías, Yautepec, Oaxaca.

y se fueron al cerro, donde la hormiga dijo que estaba el maíz. Pero se encontraron con una gran sorpresa, porque el maíz sí estaba ahí, pero el cerro era de piedra y para obtenerlo tendrían que romperlo con muchas dificultades.

El grupo de personas acordó hacer una invocación conjunta al dios del rayo para que rompiera el cerro. Enseguida cayó un rayo que lo partió y los granos de maíz que estaban dentro del cerro se regaron. Al levantar los granos, la gente se dio cuenta de que algunos se habían quemado. El maíz que no se quemó fue el maíz blanco; los que fueron alcanzados por el rayo quedaron amarillentos y en la actualidad es el maíz amarillo; otros granos que se quemaron a medias son el maíz rojo y los que se quemaron totalmente son las variedades del maíz negro. (*teenek*)²⁰

El ratón participa también en el ciclo del niño maíz y demás mitos, viene siempre a donde hay que abrir huecos en baúles y cajones, donde se debe roer para abrir huecos.

Del sagrado pueblo de Xuuch
fue de donde sacaron el Sagrado Maíz.
También: la gente se moría de hambre
quien podía abrazarse de un árbol se abrazaba.
Y allí moría arrodillado.

* * *

Bueno, entonces, el ratoncito de campo
como era tan pequeño
lo robó.
Robó el Sagrado maíz:
cinco granos de Sagrado Maíz robó del pueblo de Xuuch

²⁰ Anath Ariel de Vidas, *El trueno ya no vive aquí*, pp. 493-494. Recopilado en Loma Larga. Veracruz. El *zapupe* es un agave semejante al henequén, del cual se sacan fibras para torcer mecates.

y cinco granos de semillas de calabaza
y cinco frijoles, y cinco habas
y cinco frijoles colorados —todo eso.

* * *

Bueno, y los trajo, los trajo a la casa
a la mesa donde estaba la Cruz más Santa,
donde estaba un principal
junto a su esposa.
Un principal.

* * *

Ciertamente, del cielo han llegado, ¿de dónde más?
dijo; y su esposa los quebró
los puso en el metate
los molió muy bien.
Cuando estuvieron bien molidos, revolvió la masa en una jícara de agua.
Lo bebieron.
Bueno... ¿Green que ese Sagrado Maíz, que esos cinco granos
sagrados de maíz serían mucho alimento?
No. Ni siquiera se blanqueó el Agua Sagrada, pero se lo bebieron.
Se bebió.

* * *

Volvió a ir, trajo más.
“Ah, qué bueno, querido. Pero ya no vamos a beberlo, lo que
haremos es plantarlo”.
Plantaron el Maíz Sagrado
y de cada grano de Maíz Sagrado
brotó Maíz Sagrado.
Dizque las mazorcas eran amarillas. (*maya*)²¹

²¹ Allan F. Burns, *An Epoch of Miracles*, pp. 43-44. Narrado por Paulino Yamá, del Paraje Señor, Quintana Roo. El formato que aquí reproducimos es el que le dio el autor y corres-

Dos fragmentos chinantecos hablan de la tuza como donadora del maíz. Este animal aparece también en el mito que cuentan sobre la aparición de Sol y Luna. Cuando los dos hermanos nacidos de un huevo huyen de la abuela, después de haber matado a su esposo venado, la tuza los esconde en sus cachetes, por eso los tiene hinchados hasta ahora. Vive debajo de la tierra porque, al querer seguir a los hermanos que se remontaban hacia los cielos, se reventó su mecate y cayó estrepitosamente al suelo, enterrándose.

Un día la tuza encontró gentes en la orilla del río. La gente no podía cruzar el río porque estaba muy grande, entonces se acercó la tuza y dijo: —Ustedes no pueden pasar el río, pero yo sí puedo pasarlo para traer maíz. Entonces la tuza hizo un camino abajo del río y llegó al otro lado, allá tumbó maíz y lo trajo a este lado. La tuza trajo las tres clases de maíz. Llegó el ratón hasta el otro lado por el mismo camino y regresó con semillas de chile y tomate, desde entonces la gente tenía maíz, chile y tomate que sembraban en la orilla del río. La tuza cortó el *pie del mundo*, entonces el mundo vino por arriba y la tuza se quedó dentro de la tierra. La tuza quería subir y convertirse en una estrella pero no la alcanzó y por eso se quedó (siempre) debajo de la tierra. Entonces Cristo dijo: —Tú vas a llevarte contigo dentro de la tierra el maíz, la caña, el plátano, todo lo que se siembra. Así se quedó. (*chinanteco*)²²

San Isidro labrador, como su epíteto lo indica, tiene mucho que ver en la siembra, distribución o prosperidad de las milpas. Aquí, con el zanate, es quien trae el maíz a la tierra.

ponde a un intento, iniciado por los etnopoetas, de regresar la textura oral a los relatos escritos mediante cambios tipográficos y líneas cortadas semejantes a las de la poesía.

²² Robert Weitlaner, *Relatos, mitos y cuentos de la Chinantla*, op. cit., pp. 88-89. Narrados por Victoriano Marín en Ozumacín, Oaxaca.

Pidió san Isidro hacer desmonte para sembrar. Entonces le dijo el Maestro:

—Está bien, si eso lo que quieres, hay montes qué desmontar, para sembrar.

—Bueno —dijo san Isidro, y desmontó.

Cuando ya había desmontado, ya quemó y ya llovió; pero no tenía maíz para sembrar. Entonces el zanate le dijo a san Isidro:

—Hombre, ¿y por qué no trabajamos juntos?

—Sí, trabajemos; pero no hay semilla.

—Yo pongo las semillas —dijo el zanate.

Entonces el zanate fue por el maíz, fue por el maíz. Y trajo cinco maíces, cinco granos. Y se los dio a san Isidro. Éste fue con el Maestro san Vicente. Y le dijo:

—Ya llegué, llegó la semilla.

—Está bien —como el hombre aquel tiene poder—, deja caer una semilla en cada esquina y una en el centro.

Entonces ya cayó la lluvia y ya nació el maíz en todo el campo. Creció. Dijo el zanate que ya está el maíz para cosecharse. Y entonces le dijo el zanate:

—Voy a hacer un viaje y regreso luego para recoger la mazorca.

—Bueno.

El zanate se fue y san Isidro empezó a recoger la cosecha. Le dejó al zanate solamente lo más chico. Cuando el zanate regresó y vio lo que le había dejado el santo se enojó. Y fue a donde está el Maestro y le dijo cómo hizo san Isidro.

—Y ahora, como ya me hizo enojar le quitaré la semilla.

Entonces le dijo el Maestro:

—Ahí sí se equivocó, no puede ser así la cosa. Debían corresponderles partes iguales; lo mismo para uno que para otro. Lo que tú quisieras hacer con el tuyo... La cuestión es que una parte es tuya.

—Y ahora él hizo así, pues de una vez que se lleve lo que resta —se quejó el zanate—, ya no aceptaré ni un grano de maíz.

Entonces san Isidro comenzó a recoger todo. Una vez que se llenó su casa, prendió fuego a lo que quedaba, lo quemó.

El zanate se quedó sin nada.

Al año siguiente, como ya tenía semilla, ya buscó quién tuviera una yunta de bueyes para trabajar con él. Ya araron la tierra. Igualmente dio, otra vez dio el maíz. Y ya pidió a san Vicente que no diera como dio antes; pidió que diera de dos cada uno.

—Bien —le dijo el Maestro.

Pero cuando él iba arando la tierra le seguía el zanate, iba quitando la semilla. Entonces hizo la honda para apedrearle, para que no le quitara. Por eso quedó que lo odia hasta ahora. Así vino eso.

Y el hombre con quien trabajó también era un viajero, aquel con quien trabajó san Isidro era viajero. Nada más sembró el hombre aquel y salió de viaje. El hombre se fue a su viaje y san Isidro se encargó de cuidarle la siembra. Nada más crecía el maíz. Cuando ya estaba para dar, ya dio. Y entonces también ya dio bien, porque el Maestro es de poder, también dio la milpa. Cuando ya estaba seco, el hombre regresó de viaje; también ya lo había recogido san Isidro, tampoco le dio nada al hombre. Y entonces el hombre aquel se fue a quejar a donde se encuentra el Maestro. Y dijo:

—No estoy de acuerdo, porque recogió la cosecha y no me esperó para recogerla juntamente.

—Está bien, hijo, ahora toma la caña de maíz; dile que te dé. Ya tomó lo primero, ahora que dé la caña de maíz

—Está bien —le dijo el hombre aquel.

Y entonces fue el hombre a donde se encuentra san Isidro y le dijo:

—Ahora dame la caña de maíz, no la toques, ya tomaste lo que tomaste.

—Está bien —dijo san Isidro.

Y entonces dejó la caña del maíz, ya no la tomó. Y volvió a caer la lluvia y dio igual otra vez la milpa. Dio otra vez el de la caña de maíz, de igual manera que la vez anterior.

Cuando vio que ya había dado otra vez, ya pensaba que también él cosecharía igual que san Isidro. Pero el santo quería que el hombre aquel tomara sólo parte de lo que tenía porque dio mejor mazorca la segunda vez.

Y entonces no estuvo de acuerdo san Isidro, decía él que era el dueño del terreno y que el hombre ya no recibiría nada.

Y así fue como se peleó otra vez. Por eso quedó el pelear de las compañías, porque no todos están conformes, que pudiera uno recibir más y otro no.

Ahí es donde vino la palabra así. (*zapoteco*)²³

Desiguales distribuciones y disparejos repartos abundan en los mitos fundacionales de los pueblos: los santos pelean linderos y manantiales, parajes y cosechas. Peor aún cuando las milpas dejaron de reproducirse con pocos granos de maíz, las herramientas dejaron de trabajar solas o los primeros sembradores perdieron la facultad para convocar a ayudantes mágicos. Pero tales desgracias acontecieron después —si bien en tiempos míticos—. Mientras tanto, el primer hurto permitió satisfacer el hambre, fundar los pueblos, establecer las dinastías, crear las culturas, salir del caos y la necesidad.

En aquel tiempo de las tinieblas dominaba Poncho Pilatos. No había gente. Entonces se dispuso que la Tierra nos diera de comer y desde entonces, cuando vino la luz, así estamos sobreviviendo. Lo que pasaba en aquel tiempo es que había tinieblas. Se hizo una asamblea de los animales y es que había una casa en forma de troje donde una señora tenía guardado el maíz. Los dueños del maíz se llamaban Lisibé y Lisiyá. Entonces el tlacuache dio la orientación de cómo bajar la troje. Se puso de acuerdo con la tuza para engañar a los dueños del maíz. Tlacuache aconsejó que hicieran un baile para que los viejos abandonaran la casa y así quitarles la semilla. El sapo sabía tocar la guitarra, el gavilán vaquero y la chachalaca cantaban; el serete bailaba para que los viejitos se divirtieran. La tuza aflojó los horcones de la troje, pero que lo descubre la señora y lo agarra.

²³ *Guchachi Reza*, núm. 1, vol. 1, pp. 15-18. Relato de Ta Mexu, recopilación y transcripción de Francisco Toledo y Víctor de la Cruz, en Juchitán, Oaxaca, versión en español de ERC.

Quería hacer caldo, tenía muchas ansias de comerse a la tuza porque había cometido el error de aflojar los horcones. Entonces, que se descuida la viejita y la tuza escarbó un hoyo y se escapó. Por eso hasta la fecha las personas que tienen antojo se enferman. Así que la tuza tiró la casa. Vinieron los animales y los pájaros para dispersar el maíz a todas partes. Por eso hasta la fecha el mapache y el tejón se roban el maíz de la milpa; y el arroz los pájaros, porque fueron los que se robaron todo. Para que no se diera cuenta la señora, Tlacuache dio la orden que pintaran el maíz de amarillo y de negro. Así se salvó el tlacuache, porque la señora tenía maíz blanco y no encontró más que maíz amarillo y negro. (*mazateco*)²⁴

El tigre fue pistolero de la señora Lisibé. Allí comenzaron los conflictos entre tlacuache y tigre, que son una constante en los cuentos de pícaros; su enemistad es tan enconada como la discordia que existe entre conejo y coyote. Los animales débiles ganan con su astucia, aunque en los cuentos se olvide el papel que tuvieron en los mitos o el ascenso de ambos animales —a la luna el conejo, como estrella matutina el tlacuache. Pero esas son historias muy distintas.

Niño maíz

Como planta domesticada que es, el maíz por fuerza se humaniza: los primeros elotes son considerados niños, se dice que la milpa señoritea cuando despuntan los jilotes, se calientan los granos con el aliento antes de echarlos a tostar para que la lumbre no los espante, se les baila o platica a los tamales para que no se peguen, las tortillas auguran cuando se inflan, chiflan o se doblan sobre los comales y así informan si habrá visita o transmiten malas noticias.

²⁴ Eckart Boege. *Los mazatecos ante la nación*, p. 100. Narrado por don Sabino, de Tenango, Oaxaca.

Decían también los supersticiosos antiguos, y algunos aún ahora lo usan, que el maíz ante que lo echen en la olla para cocerse han de resollar sobre ello, como dándole ánimos para que no tema la cochura. También decían que cuando estaba derramado algún maíz por el suelo, el que lo vía era obligado a cogerlo, y el que no lo cogía hacía injuria al maíz y el maíz se quejaba dél delante de Dios, diciendo: "Señor, castigad a este que me vio derramado y no me cogió, o dad hambre porque no me menosprecien." (*Sahagún*)²⁵

Los huicholes miran todos sus principales alimentos como don especial de los dioses y celebran a este respecto ceremonias periódicas. Nunca se le ocurre al indio que tiene que comer obedeciendo a leyes naturales para sustentar su vida. Nada toma de su nueva cosecha de maíz, frijol o calabaza hasta que celebra una fiesta y se ofrece parte del producto a los dioses. Aun las diversas formas en que toma el maíz, como tamales, maíz tostado, etcétera, exigen una ofrenda a las deidades, antes de que se prueben. Las mismas reglas se observan con las bebidas embriagantes y, en ciertos casos, aun con el agua. Los indígenas respetan su comida y bebida y los toman cuidadosamente, puesto su pensamiento en los dioses que se dignan concedérselos.

Miran naturalmente al maíz, su cereal más importante, con especial reverencia. Tienen mucha precaución de no pisar ningún grano, por creer que si lo hacen, se machuca la vida. El maíz es una muchachito que oyen a veces llorando en los campos; tiene miedo al coyote y a otros animales salvajes que comen grano. Hay nombres distintos para el maíz en cada una de sus épocas de crecimiento: cuando lo siembran; cuando brota; para la planta con dos o con tres hojas; la milpa con tallo, en flor, con maíz tierno, con mazorcas prontas para la siega, y finalmente, para el maíz que se entroja para el consumo. Hay cinco clases de maíz, cada cual de color diferente —rojo,

²⁵ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Libro 5, capítulo iv, p. 460.

amarillo, blanco, negro y pintojo o veteado— todos pertenecientes a distintos dioses. A tal grado llevan los indios la personificación de este cereal que guardan cinco mazorcas en la jícara sagrada de la casa “para que esperen a los hijos del maíz”, es decir, a la próxima cosecha, aunque por algunos meses carezcan del necesario para sus diarias necesidades. (*Lumholtz*)²⁶

También la milpa platica, tiene sed, oye, teme. No es de extrañar, por tanto, que el maíz también aparezca como persona en la mitología: es niño, señorita, envejece, revive; es mujer, es criaturita, es ancestro. Homchuk, Tamakastsin o Sentiopil son los nombres del niño-maíz que se narra en Veracruz. El mito cuenta mucho más que la mera llegada de la planta al mundo: es también la historia de la muerte y el renacimiento encarnados por el grano, que germina tras sus exequias.

Hubo una vez una pareja que nunca tuvo hijos. La mujer iba todos los días al río, a traer agua. Un día fue al río y vio un huevo en el agua. Regresó y le dijo a su esposo:

—Me encontré mi suerte.

—¿Qué es? —preguntó el marido.

—Un huevo —dijo la vieja—. Ven conmigo para que lo saquemos. Se fueron. Cuando llegaron y el viejo vio el huevo, se quedó muy sorprendido. Lo veía nadando.

—¿Cómo vamos a sacarlo? —preguntó la mujer.

—Voy a pescarlo con una red.

Intentó sacarlo pero no lo alcanzaba. No se daba cuenta de que el huevo estaba sobre una piedra grande del río y que lo que estaba mirando era el reflejo. El viejo volteó y vio al huevo encima de la roca.

—Estás engañada —le dijo a su esposa.

El viejo se trepó y agarró el huevo. Regresaron con él.

—Voy a cuidarlo —dijo la vieja, guardándolo con su ropa.

²⁶ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, Vol. II, pp. 160-163, 192-193, 277-278. Recopilado en 1904-1905.

Después de siete días escucharon llorar a un niño y revolviendo entre la ropa hallaron a un niño con pelo amarillo y suave, como cabellitos de elote.

—¿No te dije?, encontré mi suerte —dijo la mujer.

—Vamos a criarlo como si fuera nuestro —dijo el esposo.

El niño creció y a los siete días ya era grande, ya podía caminar y hablar. La vieja le dijo que fuera a traer agua. Llegando al río, le hicieron burla los pececitos, le decían:

—Eres sólo un huevito que sacaron del río con una red.

—No se burlen de mí.

Regresó a su casa y le dijo a su abuelita: —Los pececitos me hicieron mucha burla.

—No les hagas caso —respondió la vieja.

—Pero me da coraje que me digan que soy apenas un huevo que sacaron del agua con una red.

Al día siguiente la abuelita le dijo otra vez:

—Ve a traer agua.

—No voy, porque los pescaditos se burlan de mí.

—Sí vas —le ordenó la vieja.

Al llegar, comenzaron a burlarse de él. Le decían: —Eres un huevito que sacaron del agua con una red.

Al regresar a su casa le pidió a su abuela: —Hazme un anzuelo. Les voy a enseñar, para que ya no se burlen.

La siguiente vez que fue por agua se llevó su anzuelo. Llegó a donde estaban los pececitos y les advirtió:

—Para que aprendan a no burlarse de mí.

Comenzó a sacarlos y los echaba en su sombrero. Regresó trayéndolos a la casa.

—¿No te dije que los iba a sacar del agua?

—Ay, hijo. ¿Para qué te afanas? Debes echarlos otra vez al agua —le ordenó la vieja.

Y los volvió a echar al agua, pero les advirtió que no volvieran a burlarse de él y les dijo que a partir de entonces los hombres los buscarían para comérselos.

Regresó a donde estaba la vieja. Un día fue a la milpa con sus padres adoptivos y al llegar, los tordos comenzaron a gritarle:

—Eres un huevito, eres un huevito.

—Los tordos se están burlando de mí —le dijo a la vieja.

—No les hagas caso.

—No me gusta que se burlen. Abuelo, hazme un arco y una flecha —dijo el niño.

El abuelo no sabía que quería dispararle a los tordos. El niño no sabía que los tordos eran las gallinas de su abuela. Mató a muchos y cuando la abuela llegó al lugar donde los había matado comenzó a regañarlo: —Ahora tienes que revivirlos.

—Los maté porque se burlaron de mí —respondió el niño, y comenzó a revivirlos diciéndoles que nunca volvieran a burlarse de él. Los aventó a un árbol.

El niño hizo otras cosas más que no debía haber hecho. La vieja le dijo:

—Haces muchas maldades, no obedeces, ¿cuántas veces te he dicho que no hagas algo? Y ¡nada!, luego vas y lo haces.

Le dijo a su esposo: —Vamos a tener que comernos al hijo. Nos lo tenemos que comer. Le diré que suba al tapanco. Al anochecer beberemos su sangre.

El niño subió a dormir, pero ya sabía que lo iban a matar. Arriba del tapanco se puso de acuerdo con el murciélago.

—Cuando suba mi abuelito, le cortas la cabeza —y se subió hasta arriba.

Cuando fue hora, la vieja dijo: —Nuestro hijo ya se durmió.

—Duerme —confirmó el viejo. Se dirigió a donde suponía que estaba el muchacho, pero él estaba fuera, encima del techo. El murciélago bajó y le cortó el cuello al viejo. La mujer oyó gotear la sangre, la probó y dijo:

—No está sabrosa la sangre de nuestro hijo.

Le preguntó al hombre: —¿Por qué no contestas? Te quedas con la mejor parte, con la carne, y me dejas aquí abajo bebiendo lo que no está bueno. No seas tacaño, bájalo para que lo comamos juntos. Entre los dos lo criamos, no es bueno que te lo comas tú solo.

Pero el viejo no le contestaba. Fue a ver y lo encontró muerto, era suya la sangre que estaba bebiendo. Se molestó mucho por la muerte de su esposo.

—Ay, tú, hijo, ¿por qué mataste a tu abuelito? Ahora sí te voy a comer. El niño se fue muy lejos pero ella lo persiguió. Miraba hacia atrás y oía a su abuela decir:

—Detente, vamos a platicar.

—Déjame, soy muy fuerte y puedo destruirte —le decía el niño—. Soy el que dará de comer a todos los hombres.

Pero como la vieja lo siguió persiguiendo, se subió a un árbol en el llano, junto a la playa, y vio desde allí que todo el campo se venía quemando.

—No me comas, si lo haces, te va a alcanzar el fuego. Mejor ven aquí, súbete al árbol y verás cómo se está quemando todo. Si tratas de comerme, te quemarás.

La vieja no sabía que iba a quemarse. Mientras miraba, el niño escapó entre las llamas que se acercaban cada vez más. Cuando volteó y no vio a su hijo, comenzó a gritarle:

—Ay, hijo, ¿por qué vas a quemarme?

El niño se alejó y la vieja se quedó en el encanto; se quemó y murió. Libre del peligro, el niño siguió su camino. Al llegar a orillas del mar comenzó a tocar su tambor. Huracán lo oyó y dijo:

—¿Quién estará tocando el tambor? —y mandó a un hombre para que averiguara—. Ve a preguntar el nombre del que está tocando el tambor.

El hombre llegó donde estaba el niño y le dijo: —Vine a verte, dime tu nombre.

—Soy el que tiene brotes en las rodillas. Soy el que florea. Eso irás a decir.

El hombre regresó con Huracán e informó: —No me quiso decir su nombre.

—Ve otra vez —ordenó Huracán—. Dile que debe decirte cómo se llama. El hombre regresó y le dijo al niño: —Vine a preguntarte tu nombre. Debes decirlo, porque Huracán quiere saberlo.

—Muy bien —dijo el niño—, mi nombre es *Homshuk*. Dile que soy el que está en su cáscara, el que será comido.

El hombre regresó con Huracán y le informó: —Me dijo que su nombre es *Homshuk*, que es el que tiene brotes en las rodillas y da frutos.

—No te dijo su verdadero nombre —dijo Huracán—, es un nagual.

Entonces el niño le dijo a la tarántula: —Hazme una casa porque va a llover muy fuerte, Huracán va a mandar una tormenta y necesito protección.

La tarántula hizo lo que le pidió. Esa noche llovió muy fuerte y en la mañana llegó el mensajero de Huracán y el niño seguía en la playa, tocando su tambor. No le había pasado nada, Huracán dijo: —Es nagual.

Vino una tortuga y le preguntó a *Homshuk*: —¿Qué haces, tío?

—Aquí estoy tocando el tambor. Quiero cruzar el mar, si eres buena gente me llevarás.

—Te llevo.

—¿No vas a engañarme?

—No, no te voy a engañar —le aseguró la tortuga.

—Ve, prueba, a ver si sabes nadar bien —le dijo *Homshuk*. Y la tortuga le mostró que era buena nadadora.

—Me voy a subir en tu lomo —dijo *Homshuk*. Después de nadar un trecho corto la tortuga gritó:

—Ay, tío, se me está quebrando el pecho.

—¿No me dijiste que podías aguantar? —y la tortuga se regresó a la playa. Desde entonces a estas tortugas se les llama pecho quebrado. Entonces llegó una tortuga más grande y preguntó: —¿Qué estás haciendo, tío?

—Bueno, aquí estoy tocando el tambor. Si eres buena gente me atravesarás al otro lado del mar. Si me cruzas te voy a dar colores que ningún otro animal tiene.

—Si me los das, te cruzo.

El niño pintó en ese momento a la tortuga, se subió a su lomo y cruzando el mar lo llevó a donde estaba Huracán. Desde entonces esas tortugas están pintadas de muchos colores.

—¿Qué buscas? —le preguntó Huracán.

—Nomás voy pasando —le dijo Homshuk.

—Eres un nagual —dijo Huracán, y ordenó que lo encerraran.

En la tierra de Huracán había varias clases de cárceles: en una había tigres hambrientos, en otra había serpientes hambrientas, en otra había flechas que luchaban constantemente. A Homshuk lo metieron en la jaula de las serpientes.

—Eres nagual y aquí te van a comer —le dijo Huracán.

Pero cuando fueron a la mañana siguiente vieron que estaba sentado encima de una culebra. No se lo habían comido. Las otras serpientes ya no estaban allí, pues Homshuk les dijo cuando lo encerraron:

—No deben hacerme daño pues soy un hombre fuerte y es necesario que viva para darles comida a todos los hombres. Es más, ustedes deberían vivir en los bosques y en las montañas.

La siguiente noche lo metieron a la jaula de los tigres y les habló de la misma manera, como había hablado a las serpientes. Se quedó sólo con un tigre que le servía de asiento.

Cuando Huracán vino a ver qué había pasado le dijo: —Ahora te vamos a meter con las flechas —y lo llevaron allá para que muriera.

Homshuk les dijo a las flechas: —No me hagan daño, ustedes servirán para ayudar a los hombres a defenderse y para cazar.

Cayeron todas al suelo y él las recogió, las acomodó en un hato y se sentó encima de ellas.

—Ése es nagual —dijo Huracán al día siguiente, cuando vio que el muchacho no había muerto. Se puso a reflexionar y por fin dijo:

—Así no vamos a poder matarlo, porque es nagual, pero no puede quedarse a vivir entre nosotros.

—No soy nagual —dijo Homshuk—, soy buena gente y serviré de comida a todos los hombres. No debes intentar matarme.

—Bueno, vamos a hacer una competencia y si ganas puedes quedarte a vivir aquí. Pero si pierdes, debes morir.

—¿Y cuál es la competencia?

—Bueno, a ver quién puede lanzar una piedra desde aquí hasta la otra orilla del mar —le explicó Huracán.

—Pero yo no sé tirar. Bueno, antes de hacer la prueba, déjame conseguir mis propias piedras.

El niño fue al bosque y llamó al pájaro carpintero.

—Estoy en peligro; si no me ayudas, Huracán me va a matar.

—¿Qué quieres que haga?

—Bueno, quiero que vayas a la otra orilla del mar y cuando yo aviente piedras, tú golpearás un árbol, para que Huracán crea que son las piedras que aviento que le dan al árbol.

Y regresó. —¿Por qué tardaste tanto? —le dijo Huracán—. ¿Dónde están las piedras?

El niño aventó una piedra y al rato escucharon a lo lejos tra, tra, tra.

—¿Oíste? —preguntó el niño—. Mi piedra llegó al otro lado del mar, y con tal fuerza que rebotó de un árbol al otro. Ahora te toca a ti.

Huracán lanzó una piedra con todas sus fuerzas, pasó un tiempo y no escucharon nada. Se declaró perdedor.

Pero Huracán ya tenía la idea de matar al niño. Después de consultar con su gente, ordenó que pusieran una enorme hamaca entre dos grandes árboles que crecían a orillas del mar. Una vez puesta, fue a preguntarle al niño:

—¿Te vas a quedar aquí o vas a cruzar el mar? Yo y mi familia nos vamos a ir a la otra orilla. Si quieres venir es fácil cruzar con esta hamaca.

El niño ya sabía las intenciones de Huracán, pero sabía también que nada le sucedería.

—Está bien, iré con ustedes —aceptó Homshuk.

—Entonces súbete a la hamaca —le dijo Huracán y comenzó a mecerla tan fuerte que lo echó muy lejos, al mar. Creyendo que Homshuk había caído al mar, detuvo la hamaca. Pero el niño salió.

—Sí, es una manera muy buena de cruzar el mar, llegué hasta la mitad pero no crucé porque no sabía hacia dónde iban a ir ustedes. Mejor adelántense y yo los alcanzo.

—Está bien, vamos a ir adelante nosotros —dijo Huracán, y se subieron a la hamaca.

Para esto, Homshuk había llamado a la tuza, le dijo:

—Señor tuza, quiero que me corte estos árboles, rápido—. La tuza salió a cumplir el encargo.

—¿Listos? —preguntó Homshuk.

—Sí —respondieron todos. Comenzó a columpiar la hamaca.

Cuando estaba meciéndose más recio, la tuza terminó de roer las raíces y la hamaca y los árboles salieron disparados y se hundieron en el mar. Todos murieron menos Huracán, que se salvó de milagro aunque se rompió una pierna, pues había caído desde muy alto.

Cuando llegó a la playa, pidió:

—Perdóname, ahora sí ya sé quién eres.

—¿Y qué me vas a ofrecer? —preguntó el niño.

—Cuando estés seco te echaré agua en la cabeza —contestó Huracán.

Y desde entonces en los meses de junio y julio, cuando Homshuk no tiene agua para crecer, se la da; y desde entonces Huracán ha regado las milpas en estos meses para que el hombre tenga maíz para comer. (*popoluca*)²⁷

Este primer mito del niño-maíz incluye el enfrentamiento con Huracán, es relevante el fragmento donde el niño oculta su nombre a Huracán y se burla de él; carece de nombre porque aún no es alimento de los hombres. El maíz conformará una civilización a su alrededor como nuevo sustento, pues los hombres anteriores comían carne cruda, se comían entre sí, carecían de la humanidad que otorga el consumo del maíz: los viejos eran caníbales y los murciélagos degolladores —aún se cuentan historias de la vieja chichima. Por ser la primera mazorca un niño, el primer acto agrícola es también el último acto caníbal. A veces el niño maíz es hijo de colibrí, que con su plumón o su presencia preña a una doncella:

Pues dicen, que este era un hombre que se llamaba Sentiopil. Él vino de un pajarito, vino del colibrí, del chupamirto. Ese hombre nació de la hija de una anciana. Ella tenía una hija. Como ya les dije, comían

²⁷ George M. Foster, *Sierra Popoluca Folklore and Beliefs*, pp. 191-196. Narrado por Leandro Pérez en Sotapan, Veracruz.

carne cruda, se comían a los cristianos; comían a veces al cristiano, a sus propios hermanos. Les decían *tsitsimimej*. Eran los anteriores. Y el chupamirto conoció a la hija de la anciana caníbal y se la llevó; se llevó a la muchacha *tsitsimit*.

Entonces el chupamirto hizo su hijo, pero no lo hizo cristiano sino sólo hizo una bola de sangre. Entonces lo fue a enterrar a la orilla de una fuente. Al lado del manantial brotó una mata de maíz rojo, del que llamamos *tsikat*. Ahí creció. [...] Ese hombre era como hijo de Dios, aunque no había sido bautizado, era hijo de Dios. Dios le dio poder. (*náhuatl*)²⁸

El niño-maíz es criado por viejos salvajes —como el sol y la luna, como muchos héroes culturales nacidos de huevo o de madre doncella, preñada por resguardar en el pecho a un ave que cae en su telar de cintura. Siempre es güero —se llama incluso Antonio Güero en mazateco—; sus cabellos son delgados, dorados y finos como los del elote. Esta singularidad, y el haber nacido de huevo, le ocasiona la burla de todos los animales, a quienes castiga y marca: de allí en adelante llevarán en su naturaleza la maldición primera. El niño crece muy pronto, derrota a quienes lo criaron e intentan comerlo. En otro relato náhuatl —la historia del niño-maíz se cuenta en distintas lenguas de Veracruz— quema a los *tsitsimimej*. Luego recoge las cenizas en una olla grande y las tapa. Se la entrega al sapo para que las vaya a tirar al mar —como en todos los mitos, los participantes adquieren sus características a consecuencia de su participación en las hazañas narradas: como premio o castigo por su diligencia o torpeza. Del sapo se explican las nalgas caídas —los ancestros lo patearon— y la piel rugosa —le aventaron arena o lo picotearon los insectos.

El sapo quería saber qué era aquello que le entregaron, aunque le había dicho que no abriera la olla; él, por tonto, la abrió y entonces

²⁸ Taller de Tradición Oral de la Sociedad Agropecuaria del CEPEC, *Lo que oímos contar a nuestros abuelos*, pp. 59-73.

salieron muchos bichos que lo llenaron de piquetes. Adentro había moscos, avispas y muchos otros animales. Los piquetes de esos bichos dejaron al sapo con la piel áspera, por eso el sapo se ve con el lomo rasposo, porque lo picaron esos bichos. Sí señor. (*náhuatl*)²⁹

El carácter portentoso del niño-maíz es indispensable para terminar con sus adversarios —sea Huracán o sean sus padres de crianza— quienes le imponen tareas imposibles, como aventar una piedra que llega al otro lado del mar o acarrear agua en una red.

Pues ya no era un cualquiera, él era también un sabio que enseguida supo que le estaban deseando el mal. Y dicen que agarró el *matayahuale* y fue al río para traer el agua. Pero, ¿cómo podría traer el agua en ese *matayahuale*? No se podía. El agua pasaba en el *matayahuale* porque era una red. Pero él supo cómo hacerlo. Dicen que cuando llegó al río llamó a las arañas y al poco rato llegaron un montón de arañas y empezaron a tejer, le empezaron a remendar con sus hilos el *matayahuale* a *Tamakastsin*. Y así pudo llevar el agua. Cuando llegó donde estaban sus abuelitos diablos, éstos se admiraron y se dijeron: “¿Acaso él es más sabio que nosotros?” (*náhuatl*)³⁰

En la versión recopilada en Pajapan, al sur de Veracruz, el énfasis se pone en otro elemento: la regeneración del maíz y la peregrinación para encontrar a sus verdaderos padres y volver al lugar de su nacimiento.

Se cuenta que había un viejito y una viejita que no tenían hijos, eran los dos solos. Tenían una milpa y se iban a trabajar, a limpiar

²⁹ *Ibidem*.

³⁰ Genaro González Cruz, en *Nueva narrativa náhuatl*, pp. 23-37. Un *matayahual* o *matayahuale* es una red unida a una vara amarrada en redondo, usada por las mujeres para pescar camarones de río. Se usa también como cuna de los niños muy tiernos o para guardar en alto la comida y resguardarla de los animales.

la milpa. Un día encontraron dos huevos grandes y los llevaron a su casa; uno lo empolló una gallina y el otro se lo comieron. Pasaron unos días y del huevo que empolló la gallina nació un niño. Los ancianos se admiraron y dijeron: —Caramba, cometimos un error comiéndonos el otro, quizás era una muchachita (de haber nacido ella, el maíz sería más fecundo).

Los ancianos no sabían realmente quién era el niño; creció y, mientras sus padres adoptivos iban a la milpa, a él lo enviaban a traer agua a un manantial. En ese lugar había unas iguanas que se burlaban de él constantemente diciéndole: —Elote, elote, orejas mochas; en *Ta'gatawatsaloyan* está tu padre.

El niño avisó a su padre adoptivo y le pidió que le hiciera una trampa para cazar iguanas (una vara larga con un lazo en la punta, llamada *pi'chawan*). El anciano le hizo el instrumento y el niño fue al manantial. Vinieron las iguanas nuevamente a burlarse de él: —Elote, elote.

No logró atrapar a ninguna pero le trozó la cola a una. El niño les dijo: —No vine a estar jugando con ustedes, sino porque mi padre me envía a traer agua porque en la milpa le da sed... Váyanse y no me molesten más porque un día las voy a lazar y jamás las soltaré; las llevaré entonces con mi padre para que se las coma—. Las iguanas se espantaron mucho y ya sólo le gritaban desde lejos.

El muchacho siguió creciendo y entonces se ofreció que fuera a un viaje a Oaxaca, las gentes de ese tiempo iban para allá, pero a pie. Hicieron sus *totopoxtes* y sus tortillas para irse. El muchacho, que sabía que era el Dueño del Maíz, quiso ir con esta gente.

Pidió permiso a sus padres adoptivos y éstos se lo concedieron. Tanto amaban los ancianos al muchacho que le concedieron ir. El muchacho no pidió bastimentos para el camino.

Se fueron y llegaron primero a un lugar para pasar la noche. Los viejitos de la peregrinación, que no sabían la naturaleza del niño, le recomendaron que arreglara el lugar en donde iba a dormir con muchas ramas, porque allí había hormigas arrieras que se comían a la gente. El muchacho sólo tendió tres ramitas y se acostó.

Al amanecer el joven estaba vivo; pero sólo le quedaban los cabellos, pues toda su carne se la habían llevado las arrieras.

—Ya ves —dijeron los ancianos— te lo advertimos; no hiciste caso y por eso te hallas así.

—Déjenme, yo sé lo que voy a hacer—. Lo dejaron ahí y al poco rato apareció una arriera que venía a quitarle otro poco de carne. El Dueño del Maíz agarró uno de sus cabellos y amarró a la arriera por la cintura, diciéndole que la soltaba con la condición de que llamara a la jefa de las arrieras. La apretó tanto que a eso se debe que las hormigas tengan la cintura delgada. Esta arriera fue y llamó a su jefa; una arriera de gran abdomen, la cual ordenó a las demás restituir la carne del joven. Lo pusieron tal y como estaba antes y alcanzó corriendo a los peregrinos. Hasta le pegó una patada al que iba atrás. Llegaron a otro lugar para dormir y los ancianos advirtieron al joven que no durmiera cerca de las piedras, porque eran comedoras de gente. El joven no hizo caso y se acostó en una gran piedra, en una piedra "bonita". Cuando amaneció, la piedra se había tragado al Dueño del Maíz y de éste no asomaba más que la cabeza; pero aún estaba vivo. Después de reprenderlo nuevamente, los ancianos optaron por abandonarlo.

Al poco rato llegó un pájaro que cantaba: "Orínate el pecho, muchacho, orínate." (*mela'xixa chogotsin, mela'xixa chogotsin*). El joven siguió el consejo del pájaro y la piedra lo soltó.

Alcanzó nuevamente a los peregrinos; pero éstos no sabían cuál era el verdadero motivo del viaje del joven. Éste en realidad iba en busca del lugar en donde vivía su verdadero padre: *Ta'gatawatsaloyan*.

Llegaron por fin cerca de este sitio y el joven se despidió de los peregrinos diciéndoles que no se preocuparan por él. Los peregrinos, que habían visto sus hazañas, optaron por dejarlo seguir su camino.

Lentamente se acercó el Dueño del Maíz a un rancho que se hallaba en un solar refrescado por la sombra de un árbol de chicozapote, que estaba bastante cargado de frutos. El joven vio a una anciana que, amarrando su telar de cintura al árbol, empezó a tejer un enredo.

Cuando la anciana se quedó dormida, él subió al árbol y desde ahí lanzó un fruto ya maduro sobre los hilos del telar. La anciana despertó, partió el fruto y lo comió. "Ojalá cayera otro. Pero ¿quién riega estos chicozapotes?"

La anciana comió hasta tres. Entonces el joven le gritó: —Mamacita, si quieres otro, aquí hay maduros.

—¿Quién eres tú?— preguntó la anciana.

—Soy *Si'ntiopiltsin*.

Entonces la anciana pidió al joven que bajara para conocerlo.

Después de conversar un rato, el Dueño del Maíz preguntó por su padre; la anciana, triste le comunicó que ya tenía varios años de haber muerto.

El joven pidió a su madre que le mostrara el lugar en donde estaba enterrado su padre, para así revivirlo. Recomendó a su madre que se fuera a su casa y que, cuando viera a su esposo vivo, no llorara ni lo tocara. La anciana no creía que su hijo pudiera revivirlo y se fue a su ranchito. El joven sacó el cadáver de su padre, lo golpeó, y éste empezó a adquirir vida. Todavía no completaba su resurrección, y como un borracho lo llevaba a su casa. La anciana, en vez de contenerse al ver a su esposo, prorrumpió en llantos y corrió a abrazarlo. Al momento de tocarlo, el padre del Dueño del Maíz se convirtió en un venado y huyó al monte por entre unos acahuales... (*nahua*)³¹

Ta'gatawatsaloyan, "El lugar donde son secados los hombres" se encuentra en el norte de Oaxaca, aclara García de León. ¿Qué milpa será aquella donde fue encontrado, cuando apenas sucede todo esto para que aparezca el maíz? La siguiente es la versión totonaca, escrita por una niña a quien le contaron el cuento su padre y su abuelo. El que el maíz sea una persona sería fortuito, podría ser un niño cualquiera, pero su aparición en el mundo logrará atemperar la naturaleza violenta de sus familiares maternos.

³¹ García de León, Antonio, "El universo de lo sobrenatural entre los nahuas de Pajapan, Veracruz", pp. 300-302, narrado en Pajapan, Veracruz, por Aniceto Antonio Martínez.

Había una vez una señora que tenía su hija y su hija tenía un jardín. Todas las mañanas se paraba tempranito a regarle agua a su jardín y después empezó a venir un chuparroso.

—A saber qué tendrá mi jardín que viene un chuparroso. Lo voy a agarrar —le dijo a su mamá.

—Ay, ¿cómo lo vas a agarrar, si no se dejan atrapar?

Se dejó agarrar el chuparroso. Dijo que se iba a dormir con él.

—Tú sabrás si lo aplastas y lo matas.

En la noche se convertía en muchacho. Tres noches durmió con él.

Cada mañana se iba a regarle agua a su jardín y llevaba al chuparroso en el pecho. Después se pusieron de acuerdo, se iban a casar.

Se fue el chuparroso y regresó la muchacha y le dijo a su mamá:

—El chuparroso se fue.

Como quiera, la muchacha iba a regar su jardín todas las mañanas.

Un día la muchacha fue a regar y no regresó, tardaba mucho.

Xuxapo, su hermano, era músico y estaba tocando: *tengo, tengo, ten*.

Se asomó la mamá. Ya la llevaba volando, la llevaba volando el chuparroso.

—Xuxapo, sal, es tu hermana, tumbala.

Le pegó en el pescuezo, le tumbó la cabeza a su hermana.

La mamá levantó la cabeza y la echó en un cajón. Estaba brava la viejita y le dijo:

—Te voy a comer, muchacha, porque no entiendes consejos.

El joven llegó rápido a su casa y le avisaron:

—Si no vas a rescatar a la muchacha, su mamá se va a comer la cabeza. Ve a rescatarla, su mamá ya puso a hervir el agua. Si no vas con alguien que te ayude, no rescatarás la cabeza de tu muchacha.

Entonces buscó a alguien que fuera a rescatarla. Pero no encontró, todos los animales estaban ocupados. Triste llegó a donde andaban trabajando los animales.

—¿Quién de ustedes puede ir a traer la cabeza de una muchacha que es mi novia?

—Nosotros no tenemos tiempo, estamos trabajando.

La tuza tumbaba palos, los pájaros picando le decían: —Estamos trabajando.

—Pero si te comprometes a trabajar por mí voy a traer la cabeza de tu muchacha —dijo la tuza.

Por eso trabajó el muchacho para los animales.

Se fue la tuza. Y él se asomaba a ver si llegaba, si ya estaba llegando a la casa de la muchacha. Ya iba llegando. Llegó y entró escarbando.

La tuza llegó hasta abajo del cajón donde estaba la cabeza de la muchacha. Empezó a trozar la madera. Pero oyó el ruido la mamá.

Brava, la mamá.

—Pícara, ¿qué cosa tienes? Ay, espérate tantito, el agua ya está hirviendo.

La tuza le hacía más rápido y que troza la madera y que saca la cabeza.

Luego, luego la mamá bajó el agua hirviendo, destapó el cajón y ya no estaba la cabeza. Tiró el agua por el agujero donde corría la tuza.

Tantito le llegó, tantita agua hirviendo, pero como quiera se llevó la cabeza a donde estaba el muchacho.

—Gracias por hacerme el favor.

Se llevó la cabeza para su casa y se la cosió al cuerpo. Revivió la muchacha y de allí se casaron y después tuvieron un hijo. Vivían con el niño, después la muchacha se acordó de su mamá y le dijo al chuparrosa:

—¿Por qué no vamos a visitar a mi mamá?

Ya se le olvidó el coraje. Se fueron, llegaron. Allí estaban la mamá y el cuñado del chuparrosa, Xuxapo. Llegó el chuparrosa y empezó a platicar con su cuñado. Dice Xuxapo:

—¿Por qué no vamos a volar, vamos a pasear a ver quién puede más? Se fueron bajando, bajando la loma.

—¿Todavía puedes?

—Sí.

Allí quedó.

La mujer estaba con el niño y le dijo a su mamá:

—Voy a traer agua mientras llega tu yerno, cuídame al niño.

Pero a la mamá todavía no se le pasaba el coraje. Y mientras la mamá se fue por el agua, la abuelita mató al niño, le chupó la mollera.

Llegó acarreando el agua y preguntó por el niño:

—¿Todavía no despierta tu nieto?

—No, está bien dormido.

—¿Todavía no llega tu yerno?

Se fue a ver al niño y estaba muerto. Se enojó la mamá del niño.

—Ahora te lo comes, no se va a enterrar.

También al papá lo habían matado. Lo mató su cuñado, Xuxapo.

Enterraron al niño y donde lo enterraron, nacieron al otro día muchas milpas. Se dio maíz y lo cortó la abuela, lo pizcó. Sacó la abuelita su nixtamal y lo fue a lavar al río. Se le quedó un granito. Y en eso vino un pescador y atarralló el nixtamal, ya se había convertido en niño.

Se lo llevó a su casa y creció, creció y ya grande fue a casa de su madre y le dijo:

—Yo soy tu hijo.

—Yo no soy tu madre.

—Sí, eres mi mamá. Me llevaste a casa de mi abuelita y me mató.

También mi tío mató a mi padre, pero ahora te voy a vengar porque lo mataron.

Se fue a casa de su tío y se lo llevó volando hasta donde ya se cansó, cayó donde había matado a su cuñado, le tronaron los huesos. Mató a Xuxapo.

Como quiera, su papá revivió y el niño le dijo:

—Si quieres vivir con mi mamá, no comas nada.

—¿Por qué? Tengo mucha hambre, no voy a llegar hasta allá.

—Si quieres vivir no comas guayabas, porque te vas a transformar en venado.

Se lo llevó, ya iban llegando cuando estiró la mano hasta donde estaban las guayabas, se las comió y se transformó en venado.

El niño lo soltó para que se fuera y llegó solito diciendo:

—Mi papá no obedeció lo que le dije. Le dije que no comiera guayabas porque se iba a transformar en venado. Pero como no entendió mejor me voy a trabajar. Pero tú no te vayas a quedar triste porque voy a trabajar lejos, te mandaré dos gotas de sangre. Ponle

un palito a la primera y será chile. La segunda será tomate y yo ya me voy ahorita. (*totonaco*)³²

El niño-maíz vuelve con su madre, revive a su padre músico. Cuando el padre intenta volver al mundo, la madre tergiversa las indicaciones del hijo —mal transmitidas por alguna lagartija o una iguanita— y se pierde para siempre la posibilidad de retornar a la vida tras la muerte: sólo el niño-maíz muere y revive, pero ya no como humano, sino como planta. A veces, es el padre mismo quien desobedece y transgrede las restricciones: come frutas prohibidas o mira lo que no debe, y por eso se convierte en venado y nos condena a la mortalidad.

Entonces Tamakastsin cumplió tal como le dijeron. Y de veras, cuando llegó al río vio el montón de animales que él había matado y que estaban enhormigados. Pero él en su corazón no se conmovió y empezó a amontonar juntos pescados y zanates, y comenzó a brincar siete veces y a los pocos momentos revivieron esos animales que ya estaban muertos. Después agarró las semillas del coral y una por una las fue metiendo en los ojos de los pescados. A los zanates les metió puro maíz en los ojos y uno por uno fue metiendo al agua los pescados. Y los fue aconsejando, les dijo: —Ahora ustedes van a servir algún día de alimento para mis hijos que van a vivir. El que podrá agarrarte, podrá comerte y el que no, pues no. (*náhuatl*)³³

El origen de la muerte o la imposibilidad de renacer se relacionan con la falsificación, malintencionada o involuntaria, de los mensajes. La muerte deriva de un malentendido, de una tergiversación —castigada o recompensada con una cola que renace, trajes de hermosos colores o

³² María Antonia Vicente García, "El niño granito de maíz" en *El maíz*, pp. 69-73. Trabajo premiado en el concurso Los Hacedores de Palabras de CONAFE. Escrito en totonaco y traducido por de esta niña de 11 años de Rancho Los Jiménez, Papantla, Veracruz.

³³ Genaro González Cruz, *op. cit.*, pp. 23-37.

una elegante cresta. Esta versión de Sentiopil se enlaza con el ciclo mítico anterior, pues el fin del relato indica que el maíz fue encerrado en un cerro: de allí habrán de sacarlo animales, rayo, personas —tal y como hemos visto atrás.

Hace mucho tiempo vivieron nuestros hermanos, se llamaban caníbales. Así les decían porque se comían el uno al otro. Un colibrí conoció a una joven canibal. No pudo hablar con ella, sólo la pinchó y le quitó un poco de sangre. Entonces mezcló su sangre con la de ella y la puso cerca de un manantial.

Allí creció una planta que dio su fruto, ninguno la conocía. Los ancianos lo abrieron y vieron que contenía sangre. Entonces lo lanzaron en el manantial y se fueron. Cuando regresaron otra vez y fueron a ver, un niño estaba llorando en el manantial. Lo tomaron y se lo llevaron a casa.

Allí creció y le pusieron por nombre Sentiopil —hijo del maíz—, después aprendió música, entonces los caníbales venían ahí y cuando tocaba se regocijaban. Los caníbales decían:

—Que nos regocije, de todos modos nos lo comeremos.

Una vez decidieron comérselo. Le dijeron: —Nosotros te queremos bañar en un temascal.

Encendieron un temascal, querían comérselo a las brasas. Sentiopil fue por dos tortugas y las metió en el temascal. Las tortugas hicieron una pequeña laguna donde se metió el Sentiopil, así no se coció, y cuando lo abrieron estaba vivo. Entonces les dijo a ellos: —A mí ya me han bañado ahora báñense ustedes.

Encendió bien el temascal y metió dentro a los ancianos para que se quemaran. Todos se quemaron. Sólo quedó la mamá de Sentiopil, algunos perros y algunos niños.

Sentiopil no había conocido a su padre. Pensó en reconstruirlo o rehacerlo. Preguntó a los niños: —¿Dónde han dejado los huesos de mi padre?

Le respondieron: —Nosotros no sabemos.

Entonces ordenó a todos los perros que buscaran los huesos de su

padre y fue a decirle a su madre: —He regresado para formar a mi padre, pero no debes verlo cuando lo traiga.

Su madre no resistió y lo miró. Entonces en la mano de Sentiopil se deshizo el cuerpo de su padre.

Le dijo a su madre: —Te había dicho que no lo miraras, mi trabajo se ha descompuesto. Ahora ya no podré hacer a mi padre otra vez, es mejor que vaya a sembrar.

Invitó a muchos animales para que lo ayudaran a cultivar el maíz precioso. Cada animal lo ayudó en la siembra, lo cultivaron, lo recogieron y lo guardaron en una gruta rocosa llamada Kueskomatepek, la montaña de la casa del maíz. (*náhuatl*)³⁴

Con ayuda de muchos animales auxiliares, el joven escapa de sus enemigos, vuelve a donde está su madre, e intenta revivir a su padre. La lagartija dice mentiras y Sentiopil le corta la lengua. Decepcionado llega a la orilla del mar donde lucha contra el rayo y sus secuaces —a quienes debe vencer para obligarlos a que le otorguen la lluvia que requiere para renacer cada año, ya como planta. Los episodios son nativos, y también calcados de los relatos de aventuras y proezas llegados de ultramar, y conservados como propios por las comunidades que las cuentan en lenguas indígenas.

El santo del maíz se retiró y llegó a la orilla del mar, donde había muchas matas de cedro y estaba la casa del Centello, o sea el rayo, y empezó a derribar los cedros para sacar tablas y para construir su casa. El Centello escuchó el ruido del hachazo y la caída de los árboles de cedro y mandó al tigre para que fuera a ver quién hacía tal ruido y le ordenara marcharse. El tigre, muy furioso, llegó hasta donde estaba derribando cedros el santo del maíz y dijo: —¿Quién eres? ¿Por qué haces tanto ruido? Me dijo el Centello que por favor te retires. ¿Quién eres, pues?

³⁴ Enzo Segre, *Metamorfosis de lo sagrado y de lo profano*, pp. 173-174. Narrado por Pedro Santos Castañeda.

El santo del maíz contestó: —Yo soy el que parezco *clavito* y a la vez *dobladito*.³⁵

—Ah, si no me dices quién eres te mataré ahorita mismo.

El santo del maíz contestó: —Si me vas a matar antes hagamos una apuesta: si pierdo, me matas; de lo contrario, sufrirás tu merecido castigo.

El tigre dijo que estaba de acuerdo: —Dime qué apuesta vamos a hacer.

El santo del maíz dijo: —Yo voy a rajar este trozo de cedro hasta la mitad y tú terminarás de rajarlo.

El santo del maíz rajó hasta la mitad del trozo del cedro y le dijo al tigre: —Ahora mete la mano antes que yo suelte el trozo.

Al soltarse aquella madera el tigre no pudo detenerla y se cerró, quedando atorada la mano del tigre. Por más que hizo esfuerzos no pudo sacar la mano y quedó castigado durante tres días. El tigre, viendo que no le era posible liberarse, pidió perdón, prometiendo no hacer daño al santo del maíz.

Cuando volvió a la casa del Centello éste le interrogó por qué no había regresado. El tigre relató lo que le había sucedido y dijo:

—Fracasé; no pude matar al hombre que hace ruido.

En ese momento empezó a escucharse otra vez el ruido, y el Centello preguntó: —¿Quién es?—. El tigre respondió y dijo al Centello: —No me dijo quién era; ¡y por poco me mata! Dice llamarse el clavito y a la vez dobladito.

El Centello ordenó entonces al toro que fuera a matar al hombre que hacía mucho ruido, pero el tigre le dijo al toro: —No vayas; fíjate que yo que soy más fuerte fracasé y por poco muero. A ti es fácil que te mate.

El toro le dijo al tigre: —Con patadas y cornazos mataré al hombre que hace mucho ruido.

³⁵ Por clavito se entiende la pequeña mazorca de maíz apenas espigando; por dobladito se entiende la pequeña vaina del frijol apenas brotada. Ambos frutos, juntos en la milpa, se parecen en las etapas iniciales de su formación. Nota de Marcelino López Arias.

Cuando llegó al lugar donde estaba derribando árboles el santo del maíz, el toro dijo: —¿Quién eres? ¿Por qué haces tanto ruido?

El santo del maíz contestó al toro: —Yo soy el que parezco clavito y a la vez dobladito.

El toro respondió: —Seas quien seas, traigo la orden del Centello que por favor te retires de aquí, y si no lo haces te mataré.

El santo del maíz le contestó: —Si me vas a matar, antes hagamos una apuesta. Si pierdo, me puedes matar; si resulta lo contrario, tú sufrirás un castigo.

El toro aceptó el reto, y metió la mano en la abertura del trozo de madera que el santo del maíz había abierto, y cuando la soltó, la mano del toro se quedó trabada. Y por mucho que echó fuerza, no pudo sacar la mano, y así quedó castigado el toro durante cinco días. Vencido por la sed y el hambre el toro se rindió; le pidió perdón al santo del maíz prometiéndole no hacerle daño.

El toro regresó a la casa del Centello y fue interrogado por éste.

Relató todo lo que le sucedió y continuó: —No me dijo quien era, me castigó. Mira cómo vengo bien flaco, ¿verdad?

El Centello, viendo que sus soldados habían sido derrotados, dijo: —Voy a ir a matarlo personalmente.

Cuando el Centello llegó a donde estaba derribando el santo del maíz, le dijo: —¿Quién eres?, ¿por qué has desobedecido mis ordenes y castigado a mis soldados? Voy a matarte ahorita mismo.

El santo del maíz le dijo al Centello: —Antes de matarme tendrás que vencerme. Haremos pues una apuesta: si tú ganas me matarás, si pierdes, recibirás el castigo merecido.

El Centello le dijo al santo del maíz: —De acuerdo, dime cuál es la apuesta.

—Vamos a tirar una piedra hasta el otro lado del mar. Prepárate, pues.

—Te ganaré— dijo el Centello viejo. Entonces el santo del maíz llamó a la codorniz y le pidió: —Te daré un buen plumaje, pero me vas a servir como una piedra; a la hora de lanzarte tenderás tu vuelo haciendo ruido con tus alas.

La codorniz aceptó el compromiso. El santo del maíz llamó después al pájaro carpintero y le dijo: —Tú serás un buen sabio para el hombre, pero hazme un gran favor: cuando la codorniz llegue al otro lado del mar, tú golpearás con tu pico con todas tus fuerzas en un árbol seco para que se oiga como una piedra.

El pájaro carpintero aceptó la propuesta del santo del maíz. El Centello buscó una piedra, la lanzó y cayó en medio del mar.

Entonces el santo del maíz lanzó a la codorniz que tenía en la mano. La codorniz tendió su vuelo haciendo mucho ruido con sus alas. Y el Centello dijo: —¡Oye cómo zumba! ¡Mira, ya desapareció!

Al poco rato el Centello y el santo del maíz escucharon que al otro lado del mar sonó la caída de la piedra en los troncos de los árboles, golpeando muy fuerte. Entonces el Centello viejo le dijo al santo del maíz: —Bueno, tú has ganado; pero ahora yo te reto a otra apuesta: si pierdes, te mataré en el acto.

—De acuerdo— dijo el santo del maíz—. Dime qué apuesta vamos a hacer. El Centello habló: —Vamos a correr hasta al otro lado del mar.

El santo del maíz se apresuró a buscar a la tuza y le habló así: —Tú te alimentarás de mí, pero me vas a hacer el favor de cavar un hueco a medio mar, para que cuando pase corriendo con el Centello se caiga en la trampa.

La tuza aceptó e hizo un hueco a medio mar. Cuando el santo del maíz y el Centello llegaron corriendo a medio mar el Centello metió un pie en el hueco que había hecho la tuza y no pudo sacarlo.

Entonces Centello le dijo al santo del maíz: —Hombre santo y espíritu del maíz, sácame de aquí y te perdonaré la vida; dime en qué puedo ayudarte.

El santo del maíz dijo al Centello: —Sí, te diré lo que necesito. Para sobrevivir quiero que cuando yo esté tierno me bañes con agua de lluvia, para que crezca. Así lo harás año con año, hasta los siglos de los siglos.

El Centello dijo: —Así lo haré, no tengas cuidado.

Entonces el santo del maíz sacó al Centello del hueco, pero ya no pudo caminar porque estaba roto de la rodilla. El santo del maíz le

dijo al Centello: —Ya que no puedes caminar, te haré una casa aquí, a medio mar.

—Sí —dijo el Centello—, desde aquí anunciaré la llegada de la lluvia en la tierra para bañarte y cumplir con mi deber.

El santo del maíz regresó en la tierra y se convirtió en maíz, sobreviviendo hasta hoy en día. El Centello o rayo, quedó en medio del mar, y desde allá truena y relampaguea cuando empieza a entrar el tiempo de agua en la tierra. (*zoque popoluca*)³⁶

La segunda parte puede ser parte del mito de Sentiopil o narrarse como una historia independiente: la lucha del niño-maíz o cualquier otro muchachito contra el Centello o Huracán. En esta contienda contra el Rayo, lo despeña y lo deja tullido. Hay múltiples comparaciones entre el dios Tullido identificado por los arqueólogos, en las representaciones mayas antiguas y el que aparece en este y otros relatos. Huracán Tullido es motivo de investigaciones y controversias hace tiempo entre etnólogos y arqueólogos. El viaje al otro lado del mar a veces es explícitamente con el propósito de buscar a su padre en el lugar donde están los muertos —lo cual acerca el mito al cuento maravilloso— aunque algunas veces nuestro protagonista es sometido a pruebas y castigos diferentes a los que sufre en los relatos de ultramar.

Lo fueron a traer y lo metieron a la cárcel donde están los machetes vivos. Cuando llegó ahí Tamakastsin, les dijo a los machetes:

—¡Ah, hijitos míos! ¿qué están haciendo aquí? Ustedes les van a servir algún día a mis hijos que más después vivirán.

Agarró uno por uno y murieron esos machetes vivos y lo fueron a meter luego donde están las hachas vivas, y las mató a todas. Pero luego lo fueron a meter donde están las culebras y cuando llegó ahí les dijo:

³⁶ Marcelino López Arias, "El santo y el espíritu del maíz", en *Agua, mundo y montaña*, Taller de Tradición Oral de la Sociedad Agropecuaria del CEPEC, pp. 19-26.

—¡Ah, hijitas mías! ¿Qué están haciendo aquí? Ustedes van a servir algún tiempo para mecapales de mis hijos. (*náhuatl*)³⁷

Las versiones de este mito pueden ser más complejas o más simples, algunas incluyen motivos de cuentos maravillosos, elementos prehispánicos o personajes del santoral cristiano que participan en la contienda contra Huracán. Este mito es uno de los más complejos y completos del mundo indígena. En ocasiones, el niño-maíz se limita, escuetamente, a llenar las trojes con su sola presencia o se convierte en nixtamal al ser remojado en agua.

Hacia muchos años, había sequía y hambruna. Ya no había maíz. La gente vivía como nosotros, en la penuria, pobres, sin posesiones. Un día dos niños, un varón y una mujer, pasaron por las rancherías. Les decían a los habitantes que tenían hambre y pedían que les diesen de comer. Pero nadie quería dar de comer a los niños y recibirlos en su casa. De noche ya, los niños llegaron a la casa de una mujer, le dijeron que tenían hambre y le pidieron que les preparara algo de comer. La mujer les dijo que no podía darles de comer porque no tenía nada en casa, ni un nixtamal.

—¡Levántate! —le dijeron los niños—, ve a ver tu *nixcón*, quizás encuentres nixtamal.

—Pero, ¿cómo va a haber nixtamal si hace tiempo que no hay maíz?

—replicó la mujer. Los niños insistieron y la mujer se fue a mirar en la cocina. Allí descubrió que, en efecto, su olla estaba llena. Preparó entonces tortillas y los niños se las comieron todas. Ya era tarde y los niños no habían llegado a su destino. Decidieron permanecer donde su anfitriona y le dijeron: —No vamos a acostarnos en el suelo.

Vamos a subir al tapanco. Bárrelo bien porque está sucio y amarra bien las tablas del tejado.

Los niños subieron al tapanco y se acostaron allí. Durante la noche, la mujer oyó un ruido espantoso que provenía de arriba pero no se

³⁷ Genaro González Cruz, *op.cit.*, pp. 23-37.

atrevió a ir a ver lo que pasaba. Cuando se levantó al día siguiente, los niños ya no estaban, pero el tapanco estaba lleno de mazorcas. Allí donde se había acostado la muchacha había maíz amarillo y donde durmió el muchacho, maíz blanco. Por eso el maíz amarillo crece más rápido que el blanco, porque las niñas se desarrollan más rápidamente que los niños. Los vecinos se arrepintieron porque los niños habían pasado por muchas casas sin que nadie quisiese ayudarlos y vieron entonces que bien hubiese valido la pena recibirlos. Los niños eran espíritus, el *dhipaaka*, el corazón de la mazorca, la vida del maíz. (*teenek*)³⁸

Muchos motivos que datan tiempos muy antiguos —según puede constatar en imágenes o en el *Popol Vuh*— se mezclan en la versión tepehua con cuentos maravillosos de ultramar. La música y las fiestas aparecen con frecuencia en estas historias.

Había una mujer se había casado con un hombre que sabía tocar música, pero en ese lugar había unos hombres que no querían escucharla; celebraron un baile y banquete invitando con insistencia a aquel hombre, para que viniera a tocar. Al llegar al baile, primeramente, le invitaron a cenar. Le sirvieron en un plato grande; al acabar querían servirle más y él dijo que ya no podía. La intención de aquellos hombres era matarlo con la cena, darle mucha comida para que se le reventara el estómago. Como no lo lograron, le invitaron a jugar pelota y se fue con ellos. Los hombres eran varios, cada uno con una pelota en la mano: aquel hombre no pudo agarrar todas las pelotas al mismo tiempo cuando se las aventaron. Lo mataron con las pelotas, porque eran de fierro. Fueron a tirar lejos a ese muerto, pero la mujer de aquel muerto estaba embarazada. Dijo: —¿Para qué lo quiero si ya no tiene padre?, mejor tomaré medicina para abortar—. Y en ese momento el niño oyó lo que pensaba, aunque apenas estaba en el vientre de su madre,

³⁸ Anath Ariel de Vidas, *El trueno ya no vive aquí*, pp. 491-492.

y le dijo: —No haga eso mamá, tomará la medicina cuando llegue el momento de mi madurez, no antes. Yo le digo cuándo; y que me entierren cerca de donde usted siempre va a lavar.

Más tarde, cuando llegó el plazo, nació el niño muerto y fueron a sepultarlo donde él había dicho, a un lado de unas piedras donde aquella mujer siempre iba a lavar. Y un día vio unas matitas de maíz en esa sepultura y empezó a arrancar las hierbas malas, limpiando para que creciera aquella matita que más tarde dio elotes. Los cortó, hizo *xames*. Al día siguiente se fue a chacalear con otras mujeres y llevó su xame para comer cuando tuviera hambre. A mediodía lo sacó de su morral y le dio una mordida, tenía un sabor amargo, y dijo a sus compañeras: —Mi xame no sirve, está muy amargoso, prueben—, y todas probaron y dijeron que sí, amargaba. Lo volvió a guardar, y ya de venida dijo: —Voy a echar mis xames al pozo —y que los arroja. Pero de ese pozo salió una tortuga de su cueva, agarró un xame y se lo llevó. Y ese xame se convirtió en un niño, que la tortuga cargaba. Cuando el niño se ensuciaba, la suciedad le escurría encima de la concha, porque ella no podía limpiar al niño. De tanto ensuciarse le dejó pintada la concha.

Más tarde creció el niño y la acamaya le hizo una flecha. El niño empezó a flechar a los peces, nomás jugando. Y la tortuga, su abuela, le dijo: —No les hagas así a los peces, pobrecitos, no los hagas sufrir. Pero el niño no oía, no se aplacaba, seguía con su flecha. Un día se enojó la abuela y le dijo a la *acamaya*: —Hazle otra flecha más grande al niño, para que vuelva con su mamá, porque no entiende, está acabando con los peces.

La pobre acamaya comenzó a construir la flecha, pero al momento de terminar, por descuidada se cortó, rajándose por la mitad la palma de la mano con el cuchillo; y por eso la mano se le quedó en forma de tenaza.

Al niño le dijeron: —Vete con tu mamá, o busca dónde puedas encontrarla.

Y se fue. Llegó a la casa de su mamá y vio un montón de chachapales asoleándose en el patio. El niño no sabía cómo entrar a esa casa

porque su madre lo desconocía. Entonces, empezó a pegar con su flecha a los chachapales, uno por uno, haciéndoles agujeros. Y se volvía a ir. Aquella mujer tapaba o borraba los agujeros de los *chachapales*, sin saber quién se los hacía.

Un día el niño encontró al escorpión y como no sabía hablar bien le dijo: —*Ulu, ulu*, correteáme—. Entonces el escorpión empezó a corretearle y el niño fue hasta la casa de su mamá y le dijo: —Mamá, mamá, este *ulu* me está correteando.

Aquella mujer dijo: —¿Quién eres, de dónde vienes?

—Yo vine de donde usted me fue a dejar —ella dijo que no se acordaba. Entonces el niño empezó a explicarle lo que le sucedió a su padre, cuando murió y de su pasado.

—Pues de allá vine —le dijo a su madre y en seguida preguntó por el instrumento de su papá: que si no lo habían guardado. Y la madre respondió que no: —El instrumento de tu papá se acabó de despegar y ya no está.

Pero él le dijo que estaba en el tapanco, subió y lo encontró.

Entonces, empezó a tocar, oyéndose al mismo tiempo dos voces, como si fueran dos las personas quienes tocaban, aunque el instrumento fuera nomás uno. Se oían guitarra y violín. Es entonces cuando nació la música, pero no cualquiera, sino la de costumbre. Los hombres aquellos que no querían oír la música volvieron a esa casa, se enojaron porque nunca habían escuchado esa música, el padre era el único que sabía tocar. Preguntaron quiénes eran los que tocaban y la mujer respondió que ninguno: —Es que llegó el día, el momento en que el dueño lo hacía, por eso toca solito el instrumento. El niño se había escondido y aquellos hombres se fueron. Entonces el niño volvió a salir y volvió a tocar. Regresaron aquellos hombres y dijo el niño: —Yo soy quien tocó el instrumento.

Aquellos hombres, llenos de ira, planearon matarle como habían hecho con su padre.

Aquellos hombres invitaron al niño a tocar en un baile y él dijo que sí, que nada más se alistarán. Y se fueron aquellos hombres. Cuando terminaron de alistarse le dijeron al gallo que avisara al músico

para que viniera, y al llegar a la casa del músico dijo: —Yo vengo al mandado, que ya es hora que vayas.

—Descansa, pasa adentro, ahorita vamos —dijo él. Más tarde, que llega el ganso y dijo: —Yo vengo al mandado, me dijeron que ya es hora que vayas.

—Ahorita vamos, descansa primero, después vamos juntos—. Entonces el ganso pasó y se sentó y el niño les dijo: —A ustedes, si los matan, nacerán más.

Al poco rato llegó el aguililla y dijo: —Yo vengo al mandado, ahorita mismo tiene que ir conmigo— y se fueron.

Al llegar al baile, le invitaron a cenar primero, pero él ya había dicho al tuzo que hiciera el favor de agujerear los chachapales para que no lo mataran, y así lo hizo. El niño músico llegó al banquete y le sirvieron. A la segunda vez que le iban a servir ya el mole estaba vaciado de todos los chachapales, y es que le había dicho a la tuza, antes de ir al baile: —Me ayudas, irás allá donde voy, porque aquellos me quieren matar con la pura comida, si ves que me sirven, entonces tú empiezas a agujerear los chachapales para que se vacíen todos.

La tuza cumplió la orden de aquel hombre. Como no pudieron matarlo en esa forma, entonces lo invitaron a jugar pelota y se fue con ellos. Cada uno llevaba su pelota de fierro y al llegar al campo empezaron a jugar. Aquellos hombres se formaron y él solo, en medio, y que le avientan las pelotas y todas las agarró. Entonces dijo: —Ahora voy yo—. A cada uno le aventó su pelota y que los mata. Cuando sólo quedaban tres hombres, pidieron: —No nos mates, déjanos como semilla.

Entonces aquel músico dijo: —Les dispensaré nada más que me enseñen dónde fueron a tirar al difunto mi padre.

Entonces fueron, y al llegar aquel hombre comenzó a recoger los huesos de su padre formándolos como estaban antes, y al terminar dio siete brincos por encima de los huesos.

Al poco rato se levantaron y se formó una persona idéntica a como era antes, y le dijo a su padre: —Ahora vamos a la casa papá, te llevo cargando, cierra los ojos.

Lo cargó espalda contra espalda de manera que el padre divisaba para arriba. Al llegar a un monte grande comenzó a gritar el papá y él dijo a su padre que no abriera los ojos y continuaron. Al pasar debajo de un árbol se cayó una hoja y al caer aquel hombre cargado dio un brinco y el cargador dijo: —Yo ya te dije que no abrieras los ojos, pero ahora ni modo, los perros son para ti, las balas son para ti y las moscas también. Lleva este pañuelo para que espantes las moscas—. Aquel hombre recibió el pañuelo y se fue convirtiendo en venado y el pañuelo en su cola.

Entonces el hijo siguió. Al llegar a su casa dijo: —Yo fui a encontrar a mi padre, lo traía cargando y le dije que no abriera los ojos, pero cuando llegamos al monte, cayó una hoja seca, abrió los ojos y dio un brinco y se fue. Le dije que los perros, las moscas y las balas son para él. Ahora vamos para abajo—, le dijo a su madre, y se fueron. Al llegar a un río vieron un lagarto acostado boca arriba. Aquel hombre se acercó y le preguntó: —¿Qué tienes en la boca? Abre más.

Y en ese momento que le corta la lengua, y se fueron. Al llegar donde está el señor San Pedro dijeron: —¿Nos das permiso de pasar para ver qué hay más allá?

Y el señor San Pedro dijo que sí. Pasaron y se fueron. Le dijo a su madre: —Te dejo aquí, a ti todos los días te cantarán, todos los días pagarán, todos los días estarás limpia y fresca donde estés, retoñarás y darás semilla. Ella se convirtió en *santa rosa*, y el hijo se fue para abajo. Siguió más lejos y miró una víbora amarrada con cadenas. Entonces se le acercó y le pegó. La víbora dio un movimiento rápido, tronó y relampagueó. En ese momento se comenzó a nublar y al poco rato cayó un aguacero. Aquel hombre comenzó a mover la lengua de lagarto que llevaba y se comenzó a nublar más y tronaba y relampagueaba. Los viejos o truenos se bajaron y fueron a preguntar al señor San Pedro si alguien había pasado o si había dado permiso de que pasara alguien. San Pedro dijo que no.

Los mandaron que fueran a ver quién era. Se fueron y empezaron a buscar; por fin que lo encuentran y lo llevan a donde está el señor San Pedro y le dijo: —Le pedí permiso a usted.

El señor San Pedro dijo que no se acordaba, entonces aquel hombre dijo: —A usted le pedí permiso cuando pasé con mi madre—. El señor San Pedro quedó pensativo, al poco rato se acordó y dijo que sí era cierto.

—No te haremos nada, nada más que le des a cada quien un pedazo de lo que tienes, con lo que haces nublar y llover—. Comenzó a repartirles a uno por uno. Al terminar se fueron. Hasta la fecha. (*tepehua*)³⁹

Mujeres de maíz

La **habitación favorita** de la diosa Nacawé está en las profundidades de la tierra, y brotan de su regazo los árboles, arbustos y plantas que proporcionan a los huicholes sus principales alimentos. Por lo mismo tiene el ídolo pintado el cuerpo y la cara con manchas negras, rojas y amarillas que simbolizan el maíz de los mismos colores. En la cara tiene figurada una planta de frijol, por medio de una línea curva irregular de la que parten otras cortas rayas laterales.

El marido de esta diosa es el armadillo, animal que posee la conocida habilidad de abrirse madrigueras bajo tierra, perdiéndose de vista al menor peligro. El pecarí de rugosa cara y el oso le pertenecen igualmente. (*huichol*)⁴⁰

La Madre de los sustentos es una vieja pero el maíz aparece en el mundo como una doncella: Nuestra madre *Kúkuru*, Madre del maíz que siempre crece, Madre joven del maíz —le llaman los huicholes. *Watákame* sale en busca de maíz y en vez de recibir mazorcas le entregan a una muchacha, que toma por esposa. También le dan indicaciones precisas de cómo debe tratarla; la suegra no cumple, la trata como a una persona común, no como a una mazorca tierna. La muchacha regresa a su casa, lastimada: así se pierde el maíz. El joven del mito, se ve obligado a

³⁹ Roberto Williams García, *Mitos tepehuas*, pp. 87-92. Recopilado en Pisaflores, Veracruz.

⁴⁰ Carl Lumholtz, *op. cit.*, pp. 277-278. Recopilado en 1904-1905.

sembrar basura, tamo o polvo de maíz, del cual crecen otras plantas durante cinco años, dando frutos distintos antes de poder cosechar, por fin, mazorcas verdaderas. Este héroe cultural, primer sembrador y sobreviviente del diluvio que trajo a la muchacha-maíz a este mundo, al sembrar cambia de nombre; es *Taumurrawi* en la segunda parte de relato. En el primer caso es el ancestro soltero que encuentra esposa; el segundo nombre corresponde a su cualidad de primer coamileador quien, como tal, descubrió los métodos para sembrar e instauró las ceremonias que acompañan al maíz, desde la siembra hasta la cosecha, almacenamiento y modo de cocinarlo o fermentarlo. Durante las veladas donde se canta al maíz —antes de la siembra, en la fiesta del elote, en la ceremonia de la cosecha o del maíz tostado— el *marakame* y sus segundos narran la misma historia, cantando a lo largo de toda la noche las gestas y epopeyas, la creación del mundo y de nuestro sustento. Se repite y se recuerda cada una de las palabras y ceremonias que hizo allá y entonces para decir y hacer lo mismo aquí y ahora y asegurar así que la cosecha sea buena.

En un lugar llamado Prikita, Casa sagrada de los ancestros, nació el maíz entre nuestras antiguas madres, entre nuestros ancestros. Ellos habían nacido del otro lado del mar y allá se pusieron de acuerdo, decidieron cómo formar el mundo. Cinco veces caminaron y cinco veces pararon, poblando el mar. Por último, consultaron otra vez para saber dónde iban a formar su pueblo. Así llegaron desde el otro lado del mar hasta la playa; allí, formaron un pueblo cinco veces más grande, en la orilla del mar, por el lado del oriente. Éstos son quienes por primera vez formaron todas las cosas, los que hicieron el primer *calihuei* o casa sagrada. Allí llegó nuestra madre Kúkuru, Madre del maíz que siempre crece, Madre joven del maíz, a la casa sagrada.

Las personas tenían comida, pero todavía no conocían el maíz. Una hormiga arriera lo encontró y empezó a robárselo. La gente del pueblo de Wátákame también quería tener maíz. Iban a ver a las arrieras y las encontraban haciendo esquites. Les preguntaban

de dónde traían el maíz y ellas contestaban que del calihuei, pero echando mentiras.

Watákame fue con ellos a traer el maíz, pero por la noche, en el camino, le mordieron las pestañas mientras dormía y ya no pudo ver. ¿Cómo iba a caminar? Se quedó allí. Poco a poco pudo ver de nuevo. Después, la paloma Kúkuru le enseñó el camino: en cuanto la veía, volaba; Watákame la buscaba donde se había escondido y la paloma volvía a volar y a esconderse otra vez. Así hicieron hasta que llegó ante una casa. Watákame se acercó despacito, llegó y saludó. Vino a recibirlo la dueña de la casa. Watákame le platicó lo que le había sucedido y cómo había llegado hasta allí.

La Madre del maíz le preguntó a sus hijas si alguna se animaba a irse con Watákame. Nuestro hermano Watákame pensó: "Vengo por maíz y me están dando una muchacha. ¿Qué le voy a dar de comer? ¿Cómo voy a mantenerla?"

Las hijas eran las cinco muchachas-maíces: la mayor se llamaba *Jayuama*, maíz azul; la siguiente era *Saulima*, maíz colorado; la tercera era *Sayula*, maíz pinto de blanco y rojo; la cuarta era *Tusame*, maíz blanco, y la última era *Tarrawime*, maíz amarillo.

La madre les preguntó una por una cuál quería irse con él pero ninguna aceptó. Watákame se regresó a su casa y cinco veces regresó por alguna de las muchachas. A la quinta vez, la mayor aceptó. Su madre le advirtió a Watákame que no la maltratara:

—Cuando llegues a tu pueblo haces un calihuei donde se quedará la muchacha. No va a moler, no va a cocer nixtamal. Durante cinco años tu madre debe hacer ese trabajo. Debes darle de comer chocolate de agua y tortillitas, así se va a mantener durante cinco años. Al sexto año ya podrá moler y hacer tortillas. Sólo con esa condición se irá contigo.

Al llegar a su pueblo Watákame hizo el calihuei; pronto lo terminó. Allí metió a la muchacha y así apareció el maíz en su pueblo.

En la noche, en su calihuei, él mismo colocó maíz en el norte, en el sur, en el oriente, en el poniente y en el centro. Al amanecer, había maíz por montones: en el sur estaba el maíz azul; en el norte estaba

el maíz colorado; en el poniente estaba el maíz blanco, en el oriente estaba el maíz pinto, y en medio estaba el maíz amarillo. Así aparecieron el pueblo y el mundo.

* * *

La madre de Watákame entró al calihuei y quedó muy sorprendida: hacía mucho tiempo que sufrían hambre. ¡Qué alegría! Puso nixtamal, torteo y comieron. Así se obtuvo el maíz.

Cuando llegó la época de coamilear, Watákame empezó a limpiar y a sembrar. Habían transcurrido cuatro años, Watákame *Taumurrawi* coamileó y sembró. Un día cuando estaba trabajando, la señora empezó a decirle a su nuera:

—Tú no trabajas, no haces nada, no torteas. Ya estoy aburrida de tanto tortear. Ve tu esposo, en cambio, ése sí trabaja.

Uká ikú, la Mujer maíz, sin decir nada, aguantó que su suegra la regañara.

Watákame seguía trabajando, limpiaba la milpa. Una vez, su madre se le ocurrió ir a ver el coamil. Se asomó desde arriba. Taumurrawi tenía mucha gente trabajando con él. La mujer regresó a su casa y le dijo a su nuera:

—Tu marido tiene mucha gente trabajando en el coamil y tú ahí sin hacer nada, sin tortear. Si los trae, ¿qué les vamos a dar de comer? *Uká ikú*, oyendo a su suegra, sacó maíz y puso nixtamal. Cuando el maíz se coció, la muchacha se despellejó; cuando molió, empezó a sangrar: ella misma se estaba moliendo.

Al ver esto, la suegra le ordenó que dejara de moler y ella torteo.

La muchacha se metió a su casa y no volvió salir. Cuando su esposo regresó por la tarde, la buscó y no la halló; la casa estaba vacía, tampoco había maíz.

—¿Dónde está mi esposa? —le preguntó a su madre.

—Entró en la casa, ¿no está allí?

—No, ¿qué le dijiste?

—Le dije: “No estás torteando y mi hijo tiene mucha gente

trabajando en su coamil”. Puso nixtamal y cuando molió empezó a sangrar. Le dije que dejara de moler y se metió a la casa.

Watákame regañó a su madre:

—¡Sabías que no debía hacer nada durante cinco años! ¡Todavía le faltaba un año! Debe haberse regresado a su casa, ¿por qué la maltrataste?

Watákame la siguió hasta casa de sus padres. Llegó, pero no pudo verla. Saludó a sus suegros y les preguntó:

—¿No ha llegado su hija? Vine por ella.

—Sí. Llegó muy lastimada, ya no te la vamos a dar —dijeron los padres de la muchacha—. No cumpliste lo que te dijimos, tu madre no pudo aguantar. Ahora, te vamos a vender el maíz, ya no te lo vamos a dar.

Le dieron maíz de todos colores a Watákame Tuamurrawi y le dijeron:

—Debes sembrarlo, pero no vas a cosechar verdadero maíz; debes sembrar durante cinco años las semillas de lo que coseches; sólo después de cinco años tendrás verdadero maíz.

Watákame regresó a su casa y al llegar le dijo a su madre: —No me la dieron sus papás. Me dieron maíz para que siembre cinco años. Así seguiré toda la vida, para siempre.

Watákame cumplió con todo lo que le dijeron. Sembraba y nacían toda clase de yerbas. Él guardaba las semillas. Pasaron cinco años antes de que tuviera maíz como el que le habían regalado.

Por eso, todavía hoy, siguen trabajando en el mundo los huicholes. Si la mamá de Watákame no hubiera regañado a su nuera, algunas mujeres podrían dar maíz. Y los hombres no tendríamos necesidad de coamilear ni de sembrar, así hubiéramos vivido. (*huichol*)⁴¹

Konrad Preuss, en 1909, recopiló diversas versiones del mito de la muchacha maíz. En uno de sus textos huicholes las muchachas son maíz amarillo, maíz rojo, maíz negro, maíz pinto, maíz blanco, flor de

⁴¹ Elisa Ramírez Castañeda, Guadalupe Valdés et al., *Canciones, mitos y fiestas huicholas. Wirrarika Irratsikayari*, pp. 43-48. Recopilación de René Núñez. Narrado por Antonio Rentería.

calabaza, amaranto rojo. Ninguna se quiere ir con el primer sembrador y cada una ofrece sus razones —que son descriptivas de lo que sucede en el mundo real— cuando su madre les pregunta si se irán con el joven.

—Maíz pinto, ¿te vas?

—No voy. Mañana o pasado mañana me va a regañar. Camino muy despacito.

—Flor de calabaza, ¿te vas?

—No, me cortará con un cuchillo.

—Amaranto rojo, ¿te vas?

—No, me tirará al suelo. [...]

La madre de las muchachas ordenó al joven:

—Construye cinco trojes y una choza bonita. Durante cinco días coloca flores rojas de cempasúchil en el sur, flores amarillas de cempasúchil en el norte, salvia en el oriente, tempranillas en el poniente, y en el centro vas a colocar flores de Corpus. Durante cinco días enciende una vela. No vayas a regañarlas. Las dejas en la casa que tienes que barrer muy bien. (*huichol*)⁴²

En la versión cora, el sembrador regresa por la muchacha, lastimada tras moler y poner nixtamal. Los suegros la regresan: ya no sirve, ya no la quieren ni la protegen. La infeliz muchacha regresa, convertida en mujer común y corriente pues se ha perdido ya su virtud de reproducir el maíz.

Ahora empezó a echar tortillas. Luego quiso poner una tortilla en el comal, pero el fuego la quemó. Así siguió moliendo y lloraba porque el fuego la había quemado. Ahora puso otra tortilla. Después de cinco (tortillas) la mano se le quedó pegada en el comal. Levantó un griterío. Mientras que estuvo gritando, llegó un aire, se levantó un remolino y la jaló. (*cora*)⁴³

⁴² Konrad Preuss, en *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit*, pp. 159-161.

⁴³ Konrad Preuss, *La expedición a Nayarit*. Mecanuscrito inédito traducido por Ingrid Geist, pp. 488-497. Narrado por Haciano Felipe en Jesús María, Nayarit.

El mito donde aparece el maíz como mujer es común entre coras, huicholes, tepehuanos y mexicaneros de Durango; es mucho menos frecuente en el sur. La versión tseltal del origen del maíz se junta con la creación del sol en esta versión de Tenejapa, donde se cuenta que el zorro fue recompensado por haber salvado al Señor Ángel: como premio recibe a la madre del *xut*, niño que se convertirá más adelante en sol. Este Ángel es el rayo o relámpago, asociado siempre con la lluvia, la aparición del maíz, la siembra, la cosecha. Entre todas las hijas del Ángel, la elegida por el zorro fue la Madre del maíz.

Un día el Señor Ángel salió a bañarse al río. Estaba dentro del agua cuando lo sorprendió y lo atacó un enorme animal. Comenzaron a luchar, pero el Señor Ángel no podía defenderse, porque no traía su arma. El animal, que era parecido a un cocodrilo, ya le había tragado las dos piernas cuando, por casualidad, el zorro pasó por la orilla del río.

—Ayúdame —le pidió el Señor Ángel

—¿Cómo, si no vengo armado?

—Ve a mi casa y trae mi escopeta. ¡Pronto!

—Pero no sé dónde vives.

—Mira, voy a romper mi camisa; el pedazo de tela te llevará hasta mi casa.

El zorro siguió el trozo de trapo que volaba y llegó a la cueva donde vivía el Señor Ángel. Su señora era una rana; le dio el arma y le recomendó que no la destapara ni la mirara —mucho menos que la fuera a usar.

El zorro regresó y entregó la escopeta.

—¡Muchas gracias! Ahora escóndete: no vayas a asomarte; cava un foso y allí te entierras para que mi arma no te alcance.

El zorro cavó el foso y allí se metió. Como era curioso, quería ver la batalla entre el cocodrilo y el Ángel. El Señor Ángel disparó y su contrincante cayó fulminado, pues su escopeta era el rayo. Hasta ahora, se le llama Señor Ángel al relámpago unido al trueno. También murió el pobre zorro. Lo alcanzó el disparo y le flameó el pelo.

Cuando el Ángel salió a la orilla para agradecer su ayuda al zorro lo encontró chamuscado en el playón. Le sopló y así lo revivió. Luego, lo invitó a su casa para pagarle sus servicios.

—No gracias, no me des nada —dijo el zorro— también yo te debo la vida.

—Bueno, si no quieres paga, cástate con una de mis hijas, para que así seas mi yerno.

El Señor Ángel tenía cuatro hijas: *Sme' Ixim*, Madre del Maíz, tenía el pelo rubio y la ropa llena de masa; la Madre del Frijol era morena y tenía el pelo negro; la Madre de la Jícara era meca, tenía la piel muy blanca y la cara redonda; la Madre de la Calabaza tenía la piel y el pelo entre rojizo y amarillo.

El zorro vio a las cuatro mujeres y eligió a la Madre del Maíz. Se casaron y tuvieron dos hijos.

En aquellos tiempos nadie sembraba maíz, pero la mujer quería que su marido hiciera una milpa para mantener a sus hijos.

—Yo no sé trabajar, no es mi costumbre. Además, nada te falta, pues te traigo todo lo que necesitas.

No quería sembrar, era holgazán. La mujer insistía, quería que sus hijos fueran sembradores. El zorro se negaba.

—¿Por qué quieres que limpie el monte? Yo no estoy acostumbrado a sufrir para comer. Si no pasan hambre, ¿para qué quieres que siembre?

Peleaban mucho. Por fin el zorro se cansó de los reclamos de su mujer y la abandonó. Salió al monte y ya no regresó. Hasta ahora el zorro roba comida a los otros para mantenerse. (*tseltal*)⁴⁴

44 Pérez Conde Pedro y Elisa Ramírez Castañeda, *Leyendas y cuentos de Tenejapa*, pp. 125-158. En la versión tsotsil recopilada por Guiteras, no hay vínculo entre la Madre del Maíz casada con un haragán y el Xut, ni con el mito del nacimiento del sol y la luna. El marido haragán salva al padre de la virgen de una terrible culebra, semejante a un brazo peludo, que lo ataca en el río. Este flojo le lleva su tambor al rayo y se casa con ella, procrean dos hijos. Ella abandona a los niños con recipientes que se llenan solos de comida cuando el marido la golpea, y los niños que tendrán el mismo fin que los de la historia de Tenejapa: convertirse en ardillas.

En la Chinantla también hay una virgen madre del maíz. El abuso de las mujeres es la causa del color rojizo de los olotes, porque las mujeres se limpian con él la sangre en los relatos mixe, tseltal, ñhañú.

Había un hombre y una mujer; el hombre se fue a trabajar y la mujer se quedó en la casa. Ella tenía una hermana y siempre le daba maíz. El hombre lo sabía y reclamaba a su mujer por qué estaba haciendo esto —porque la hermana no quería ayudar con el trabajo. El hombre le pegó a su mujer, ella lo abandonó y se escondió, y esa misma noche desapareció el maíz. Al final se descubrió que esta mujer era la Virgen madre del maíz. Después llamó la gente a la chuparrosa, ésta les enseñó dónde estaba el maíz; estaba muy lejos, entonces dijo el hombre a la mujer; —yo no aguanto ir tan lejos—. Pero la gente quería tener maíz, hablaron con el ratón. Fue pero no trajo nada, porque se comió el corazón del maíz. Entonces mandaron a la tuza, ésta les dijo:

—¿Cómo voy a hacer yo esto? Yo estoy muy vieja, no tengo la barriga grande, no aguanto.

—Todos nosotros vamos a comer maíz no solamente tú, para que tú aguantas. La tuza se metió debajo de la tierra trajo una mazorca entera y buscaba una milpita y la trajo, ella siempre anduvo de un lado a otro debajo de la tierra, donde la tierra estaba amontonada y desde entonces la gente tenía nueva semilla de maíz. (*chinanteco*)⁴⁵

Yernos flojos o diligentes

El mito que relata cómo llegó el maíz al mundo se une a otra historia, donde dos yernos siembran por primera vez su milpa. A veces se elimina el relato del origen del maíz, y se cuenta solamente la historia de dos yernos tratados de manera dispareja por el suegro: el flojo es el consentido y el diligente es despreciado. En una competencia

⁴⁵ Roberto J. Weitlaner, *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, pp. 85-86. Narrado por Luciano Pérez en Tepinapa, Oaxaca.

desigual se gana el maíz real, al domesticársele y obtener granos más sustanciosos; pero se pierden también el maíz mítico y los ayudantes mágicos que lo hacían crecer y prosperar casi sin esfuerzo del coamilero. Tras las bodas, ambos yernos comienzan a trabajar las tierras del suegro.

Sucedió así: Un viejo y su esposa tenían dos hijas; el padre decidió que las muchachas ya estaban en edad de elegir marido. La celebración del mitote, donde él cantaría, era buena ocasión para escogerlo. Les recomendó a sus hijas:

—Cuando bailen, toquen las manos de los hombres, quienes las tienen ásperas son los más trabajadores.

Iguana y Pájaro-flojo estaban cerca y escucharon estas palabras; llegando a sus casas se lavaron las manos con cal.

Esa noche comenzó el mitote, el viejo cantó, los invitados bailaban. Las muchachas tocaban las manos de los hombres al bailar; se dirigían con ellos hasta el altar del patio, sujetándolos.

Así hicieron con todos y por fin llegó el turno para bailar con los de las manos ásperas; los retuvieron, agarrados de las manos, hasta que terminó el baile. Avisaron a su padre.

—Ya encontramos a los que nos recomendaste.

—No los suelten, bailen con ellos hasta que termine el mitote, luego nos arreglaremos.

Comenzaron a bailar otra vez, y cuando ellos querían retirarse las muchachas los sujetaban de las manos y los regresaban hasta el patio. Bailaron así hasta que amaneció.

El viejo llamó a Pájaro-flojo y a Iguana. Les dijo:

—Bailaron toda la noche con mis hijas, les agarraron las manos; y como esa no es la costumbre, ahora tienen que casarse con ellas. Ya no regresarán a sus casas, aquí se quedarán a trabajar y para atender a mis hijas.

—Bueno, pues nos quedamos —aceptaron. Y así se fueron a vivir en la casa de los suegros.

Pájaro-flojo pidió al suegro que le diera un machete y un hacha para ponerse a trabajar.

—Voy a comenzar la roza del terreno para hacer mi coamil.

El viejo le dio las herramientas y el yerno se marchó. Llevaba en su morral una olla y su maíz.

Llegó hasta una cueva, recogió leña, acarreoó agua. Sacó su olla, prendió la lumbre y puso a cocer el maíz. Mientras la olla borboteaba, se acostó a descansar y se quedó dormido. Despertaba a ratos para atizar la lumbre y otra vuelta se volvía a dormir. Acostado en la sombra, avivaba la lumbre, dormitaba. Cuando el maíz estuvo cocido se levantó por fin —el sol ya estaba cerca del horizonte. Comió su maíz, bebió su agua, quedó satisfecho; luego lavó la olla y la metió al morral. Como ni el machete ni el hacha tenían huella de haberse usado, para que nadie se dieran cuenta los golpeó contra una piedra hasta que se rompieron. Así los quebró.

Ya era tarde cuando regresó. Le avisó a su suegro:

—No sirvieron tus herramientas. Los árboles de por allá están muy duros; se quebró el hacha, se quebró el machete. Encárgame otras herramientas.

El suegro le consiguió otra hacha y otro machete y volvió a salir para trabajar.

Mientras tanto, el yerno Iguana tejía mecates junto al arroyo. Su suegro lo regañaba:

—¿Por qué no trabajas?

Pájaro-flojo dizque trabajaba, él dizque sí salió a rozar, regresó otra vez con las herramientas rotas.

—¿Pues qué están tan duros los árboles que talas ? —le preguntaba el suegro.

La tercera vez que salió al desmonte, el suegro, desconfiado, lo siguió hasta la cueva y lo espió: vio que dormía y comía; vio cómo quebraba el machete y el hacha, pero no le dijo nada.

Cuando regresó a la casa, Pájaro-flojo pidió otro par de herramientas. Entonces el suegro le reclamó enojado:

—¿Por qué me pones en vergüenza? ¿Por qué me engañas? No se ve tu trabajo por ninguna parte.

Comenzó a pegarle al yerno con un palo, lo corrió de la casa, le aventó piedras.

—Vete, Pájaro-flojo, ¿por qué haces así? Vete, lárgate, no te quiero por aquí, ya no regreses nunca.

Pájaro flojo huyó corriendo.

—Eres un flojo, no quieres trabajar.

—*Tu, tu*, contenté a tu hija un rato —decía al irse—; *tu tu* —cantaba al caminar.

Y el viejo ya no quiso al yerno flojo.

* * *

Mientras tanto Iguana seguía tejiendo su mecate, ya tenía bastante. Entonces decidió: —Ya voy a desmontar mi coamil.

Se fue al monte. Amarró uno con otro los mecates y rodeó todo el terreno. Jaló el mecate y los árboles comenzaron a quebrarse: se quebraron. Cuando ya había tirado todo el monte soltó el mecate y se marchó.

Transcurrió una luna y la Iguana le dijo a su mujer que ya era tiempo de quemar lo que había trozado.

—Avisale a tu madre que se encierre en el cuscomate y que se cubra, no sea que la mate el humo, porque voy a quemar el desmonte.

La mujer fue a avisarle a su madre: —Tu yerno va a quemar.

No hizo caso. —¿Qué cosa va a quemar, si no rozó? ¡Miente! Nomás se la pasa haciendo mecate, no trabaja.

—Pues así dijo: que te encerraras para que no te llegue el humo.

—¿Para qué voy a encerrarme? Miente.

Iguana se fue a quemar el desmonte y como la suegra no le creyó no se encerró; se quedó ahí sentada y la alcanzó el humo, se ahogó. Cayó al suelo, la mató el humo, ahí quedó.

Cuando terminó de quemar, Iguana regresó y preguntó a su esposa:

—¿Se encerró tu madre?

—No, allá está tirada.

—¿Qué le pasó?

—La mató el humo.

—¡Pero yo avisé para que se cubriera!

—Pues no te creyó.

Iguana se acercó a su suegra y le habló:

—Levántate, ¿qué te pasó?

Se acercó y le dio una patada. Ni se movió. Le dio otra patada; al rato se levantó.

—Me quedé dormida.

—Vaya que dormiste, el humo te mató.

—No estaba muerta, nomás estaba dormida.

Al levantarse, le salía humo por la nariz, por las orejas y por el culo.

Poco a poco se recuperó, siguió viviendo.

El yerno le dijo a su mujer: —Pídele un poco de semilla a tu madre—. Y ella fue.

—¿Para qué la quiere si todavía no hace su roza? —respondió la suegra.

—Eso fue lo que él me dijo que pidiera.

No le dio nada, ella le avisó a su esposo:

—No quiere dar nada.

—Bueno, entonces busca cascaritas, paja, polvo de maíz, de calabaza y de huate.

Ella recogió con cuidado la basurita y se la entregó. La Iguana la recibió y se marchó. Sembró ese desperdicio en los surcos. Cuando terminó, regresó a su casa.

Ya le tocaba desyerbar. Al salir le pidió a su mujer que le llevara tortillas a mediodía.

Cuando llegó a su coamil, Iguana se arrancó las uñas y de ellas se formaron personas. Toda esa gente caminaba por la milpa, desyerbando.

La mujer echó tortillas y se las llevó a su marido. Cuando estaba cerca del lugar, ya casi para llegar, vio a muchas personas.

—Son muchos los que están trabajando y yo traigo pocas tortillas, ¡no van a alcanzar, es bastante gente!

Se regresó a su casa, preparó un canasto de tortillas y volvió a donde estaban trabajando. Cargaba toda esa comida, apenas si la aguantaba.

Cuando llegó, vio solamente a su marido. Los demás ya se habían ido.

—¿Y los que estaban trabajando contigo? ¿A dónde se fueron?

—No, no vino nadie, trabajo solo.
—Pero yo los vi, por eso me regresé a hacer más comida.
—No, estoy solo, torteaste muchísimo.
—Es que vi a muchos trabajadores. Acércate a comer, aquí está tu bastimento.
Cuando Iguana terminó de trabajar, regresó a su casa. Al día siguiente la mujer le llevó comida otra vez; vio a mucha gente pero ya no se regresó, le dio de comer solamente a su marido.
Dos días tardaron apenas en desyerbar todo el campo.
—¿Cómo es posible? —le preguntó su mujer.
—Pues sí, ya terminé.
—Dile a tu madre que vaya a cuidar que nadie nos robe. El huaute ya está maduro, dile que traiga un poco.
Ella fue a decirle a su madre.
—Ve a traer huaute.
—¿De dónde quieres que lo traiga, si no sembró nada?
No creyó. Fue para allá y se metió entre las matas de maíz. El brillo rojizo del huaute se extendía hasta la lejanía. Quiso cortarlo pero un vigilante corrió hasta donde estaba y la picó. Luego la atacó otro. Los guardianes eran muchos, todos la picaban. La vieja caía, se revolcaba, quería correr —pero los espanta-pájaros la golpeaban con sus picos. Se levantó con trabajos y regresó con las manos vacías.
—¿Quiénes son tus vigilantes? ¿Por qué no me avisaste? ¡Mira cómo me lastimaron!
—Ve otra vez —le dijo la Iguana— voy a decirles que te dejen pasar. Volvió con su chiquihuite, tantas eran las calabazas que parecían piedras en un cerro pedregoso. Llegó lejos y a la milpa todavía no se le veía la orilla. Caminó hasta mediodía y no se terminaba. Por fin creyó, regresó con el canasto lleno de elotes y calabacitas.
—Mi yerno sembró —dijo al volver—. Iguana tiene bastante terreno sembrado.
Comieron. Y ya quiso al yerno, porque le daba de comer. Pero no le duró mucho, volvió a sentir rencor y a regañarlo porque era pobre. Y su esposa también lo maltrataba.

Iguana decidió entonces irse al cielo. Se marchó, se llevó el fuego y allá lo escondió, allá se quedó. Ahora es la Estrella Matutina.
(cora)⁴⁶

Al subir al cielo, desaparece el fuego. El hombre-iguana lo escondió. Vemos aquí una inversión del orden usual: en este mito la aparición del fuego es posterior a la del maíz, los coras tuvieron que robárselo a la iguana celeste. Para subir al cielo debían escalar y sólo el tlacuache logró hacerlo, para quitarle la lumbre a la Estrella Matutina. Preuss considera que “el maíz es la estrella matutina o vespertina, que desciende del cielo en primavera y regresa en otoño, de tal manera que estos astros son al mismo tiempo el fuego celeste, que cultiva la parcela en la primavera y después de la cosecha regresa a su morada celeste”.⁴⁷

Se le llama hoy en día milpa del pájaro-flojo al campo con zacate alto, parecido al maíz. Los huicholes dicen también que éste pájaro —Ira— es el que causa una enfermedad llamada flojera. El flojo es un pájaro —el correcaminos, o algún otro de vuelo pesado que no remonta el vuelo y solamente aletea para posarse más lejos—; el recién casado diligente, tras muchas tribulaciones, sube al cielo para convertirse en estrella matutina, en alguna constelación, en lluvia o en algún santo. Hay dos yernos que son rivales —uno de ellos holgazán y el otro muy trabajador— al menos en mixteco, náhuatl y teenek.

Así le pasó a un hombre pobre, y dizque flojo, que tuvo tan buena suerte, que se dice que se transformó en lluvia. Un día, ese hombre mandó a su mujer a pedirle prestada tierra a su padre, pero el suegro no creía que la fuera a trabajar; decía que era un flojo sólo porque lo veía muy humilde. En su casa, su otro yerno vivía con ellos; a ése sí le tenía confianza; tenía fe en el trabajo que iba a hacer, lo veía como si fuera un hombre muy

⁴⁶ Konrad Preuss, de *La expedición a Nayarit*, pp. 470-487. Traducción de Mariana Frenk para el álbum *Toledo/Guchachi*. Narrado por Haciano Felipe en Jesús María, Nayarit.

⁴⁷ *Ibidem*, pp. 470-487. Fragmento traducido por Ingrid Geist.

trabajador. En cambio al otro, no le creía porque era muy humilde. La mujer fue a pedir tierra para su marido; después fue otra vez a pedir un garabato viejo —o sea, un machete curvo. Eso pidió.

—¿Qué tanto pide ese tonto? Si es un flojo; ni es cierto que vaya a usar nada —le dijo su padre a la muchacha, el mero viejo. Estaba muy mortificado; pensaba que le iba a echar a perder su tierra.

—¡No vaya a echarme a perder mi terreno ese menso! Su trabajo no sirve, es de balde. ¡Qué distinto el hijo que tengo aquí!, ¡éste sí es hombre, trabaja bien! El otro, de seguro me va a echar a perder el terreno. Pero vete, pues, qué se le va a hacer, que vaya a sembrar —aceptó por fin—. Que lo mida, pues, y me vienes a decir.

—Bueno, está bien, pues —dijo la hija.

Ella regresó y le avisó a su marido:

—Dijo que lo va a dar, que lo midas.

Entonces su esposo, que es el chupamirto, midió la tierra: dio siete brincos, ésa fue la medida —era un terreno grandísimo.

Volvió a ir a pedir la tierra la mujer, y su padre, como ya había prometido darla, tuvo que aceptar. Ella regresó y le avisó al marido:

—Dice que está bien.

—Bueno, ahora voy a ir a trabajar; llévame mis tortillas a mediodía.

—Está bien.

Se puso a moler. Salió a llevar comida hasta donde estaba trabajando su marido. Al llegar cerca, oyó mucho bullicio; había mucha gente trabajando, por eso se oía tanto ruido.

—¡Ay, Dios! ¿Y ahora? No van a alcanzarme las tortillas, son pocas; no van a poder comer todos. ¿Cómo no me avisó tan siquiera que iban a venir tantos hombres? Hubiera puesto más nixtamal.

Bajó su ollita de frijoles y allí la paró. Bajó su *teconte* de tortillas y allí lo paró. Cuatro veces le brincó por encima para que la comida aumentara y luego fue a donde estaba su marido. Lo llamó:

—Ven a comer.

Llegó él, pero ya no había nadie más; todo estaba en silencio.

—¡Ah! ¿Dónde están todos los que estaban trabajando contigo? Me pareció que eran muchos, cuando venía; me dio mucha vergüenza.

—No te apures, van a comer luego.

El hombre empezó a despedazar una tortilla y tiró los trozos al suelo.

Luego, se sentó a comer.

La mujer se regresó. Detrás de ella, otra vez empezó el bullicio de los trabajadores.

Al día siguiente, se fue de nuevo el hombre; trabajaba de la misma manera. Al cuarto día, ya había terminado de limpiar su terreno, su tlacolole; ya había llegado el tiempo de quemar.

Otra vez mandó a su mujer a ver al mero anciano, para que viniera a pedirle perdón a la tierra y él pudiera empezar a quemar, para que nada le sucediera a esa tierra. La mandó. Llegó ella a hablar nuevamente:

—Ve a rezarle tantito a la tierra, para que mi hombre pueda quemar su tlacolole.

—¿Qué tanto quieren estos flojos? Estoy apurado con mi hijo, voy a ir con él. Y ahora, ¿qué también hizo mucho tlacolole?

—También tlacololeó; tlacololeó él, dice —informó la muchacha.

—¡Ay! Voy a pensarlo y luego llego. Vete y dile que me venga a traer, para que vayamos. A ver si es cierto lo que dice el flojo. ¿Qué estará haciendo en mi terreno? Ni cuenta me he dado. ¿Qué estará haciendo?

Se regresó ella.

—Dice mi padre que irá contigo. Vete tú por él, dice; allá irá él, dice.

—Está bien, pues.

Salió el hombre pobre, fue a alcanzar al señor anciano. Llegaron; empezó a quemar el tlacolole. El anciano entró en medio del tlacolole; allí estaba sentado, hablándole a la tierra. Pero el hombre ya había prendido la parte baja del tlacolole. Entró la lumbre, avanzaba el fuego. Llegó hasta donde estaba el hombre anciano. El fuego empezó a preocuparlo, pensó: "¿Qué estará haciendo ese tonto?" La lumbre siguió caminando, avanzó. Ya estaba allí, lo alcanzó. Le reventó la cabeza, se le salieron los sesos: allí quedaron tirados. Mientras, el dizque flojo andaba por arriba, quemando; iba subiendo, barriendo la orilla de su tlacolole; barriendo iba. Cuando venía ya de regreso, pensó: "¿Qué estará haciendo allí el viejo, todavía?".

Se regresó hasta donde estaba; apenas si se levantaba.

—¡Ay! Me quedé dormido mucho rato en el tlacolole de ustedes. No sé por qué me dormí tanto. Llegué y me senté aquí; no me di cuenta de cuándo me agarró el sueño; dormí mucho.

—¿Qué sí?

Cada cual se fue a su casa.

—¡Ay! No me fue bien, ni tantito. Fui al tlacolole de ese pobre tonto y me quedé dormido mucho rato —contó el viejo.

Y no es que se hubiera dormido, sino que se había quedado tirado en el lugar donde se le tronó la cabeza.

Llegó el día de sembrar y, otra vez, el pobre le dijo a su mujer:

—Irás a ver a nuestro padre, a ver si tiene tantita cabeza de maíz, aunque sea sobra o chiquita, tantita semilla que nos dé para que sembremos. A lo mejor te va a decir otra vez que no hay; aunque sea la cabeza de las mazorcas que nos den, para que sembremos.

—Sí, está bien.

Salió, fue a pedir la cabeza de mazorca. No se la dieron; maíz de trigo, del que tiene espigas fue lo que le dieron.

—Aunque sea esto llévate; no vale la pena darte maíz. El hombre que vive con nosotros, nuestro hijo, es él quien va a sembrar lo bueno. Tu marido flojo, aunque sea con eso que se vaya a entretener. ¿Dónde crees que va a sembrar? ¡No sembrará nada ese tonto! ¡Qué va a sembrar ése, hombre! Este otro, ése luego se ve que es trabajador; inteligente se ve nuestro hijo. En cambio el flojo, no parece que vaya a hacer nada.

—Está bien —dijo ella.

Se regresó. Agarró ese maíz de trigo y se lo llevó. Llegó a decirle a su marido:

—Nada más me dieron esto; dicen que no hay otra cosa, pues ya fueron todos a pedir. Eso quedó nada más, dicen.

—Está bien, va a servir, déjalo allí. Irás nuevamente, esta vez a pedir un tantito de frijol y una poca de semilla de calabaza para que los siembre.

—Sí.

Y salió otra vez y se fue.

—Dice que si tienen un poco de frijol que me den para que él siembre.

—Hum, ¡qué bien molesta ese flojo! ¡Qué tanto quiere ese flojo, hermano! ¡Cómo fastidia! Dale semilla de *chicayota* amarga para que la siembre; que le lleve eso. Aunque no sirva, que eso tenga, pues el pobre tonto no va a cumplir. Mi hijo, éste otro, ése es quien va a sembrar todo lo bueno; con él es con quien comeremos.

—Dice él que también me den un poco de frijol; me pidió también tantita semilla —dijo la pobre mujer.

—Dale ese frijol pichoaca; que se lleve aunque sea esos colorines; que se vaya. Me da lástima mi hija, porque vive con ese flojo, hermano. Le dieron el frijol pichoaca y ella lo llevó, junto con la semilla de *chicayota*. Se fue; llegó a entregarle todo a su marido:

—“Nomás esto”, dicen; “ya no hay frijol”, dicen; “ya no hay semilla”, dicen. Nomás esa semilla me dieron. “Nomás esos frijoles”, dicen.

—¿Qué sí? Sirven, las vamos a sembrar, no te preocupes. Lo plantaremos, déjalas allí, me las voy a llevar.

Salió el hombre y se fue. Allá estaban los que le ayudaban a hacer su tlacolole. Los llamó y llegaron todos.

El otro yerno fue a sembrar cosas buenas en su tlacolole. Pero los ayudantes del pobre sacaron todas aquellas cosas buenas y las sembraron en el tlacolole del flojo. Lo que la mujer había traído de la casa de su padre, fueron a dejarlo los ayudantes del pobre al tlacolole del hombre listo: así cambiaron todo, así obtuvo el flojo todo lo bueno.

El hombre pobre empezó a trabajar, limpió y cuidó su tlacolole; los elotes empezaron a crecer en la milpa. Entonces le dijo a su esposa:

—Mujer, ve otra vez a hablar con nuestro padre, que venga a bendecir la milpa para que podamos empezar a comer elotes. Ya están listos, que venga a bendecirlos para que los comamos.

—Está bien.

Salió una vez más a hablar con su padre.

—Papá, ven tantito a bendecir nuestra milpa, para que empecemos a comer elotes; ya están listos. Mi marido me mandó para que te pida que vayas tantito; dice que vengas a la milpa y la bendigas.

—Nja, ¿para qué? ¿Qué voy a hacer hasta allá? ¡Qué va a servir esa cochinada! No sirve, no es cosa buena; es amargo lo que les di. ¿Para qué voy a comer esa porquería, pues? Falta poco para que nosotros también comencemos nuestra fiesta. Vamos a ir con nuestro hijo, voy a bendecir su milpa, antes que nada. Él sí me preocupa. No voy a ir contigo.

—Pero él dijo que tenías que ir.

—No, pues no iré. ¿Para qué voy si lo que sembró no sirve para nada? Puras cosas amargas plantó. ¿Qué voy a hacer hasta allá? No voy con ese pobre tonto.

—Está bien, pues —contestó la hija.

Se fue a su casa y le contó a su marido lo que le había dicho su padre:

—”No va a tener tiempo”, dice; “tiene mucho trabajo”, dice;

“mañana va a empezar a bendecir también la milpa de mi hijo”,

dice; “que no va a tener tiempo”, dice.

—Dile que no tardará. Ellos harán su fiesta, y ¿nosotros?, ¡pobres!

Que venga aunque sea un ratito a bendecirnos la milpa; regresará pronto. Vete, dile que no tardará con nosotros; dile que venga.

Y ella le fue a insistir.

—Dice que vengas conmigo; dice que no tardarás.

—¡M, ¡qué tanto quiere ese flojo! ¿Por qué me exige tanto? ¡Qué va a sembrar nada bueno! ¡No es bueno lo que sembró! No iré; tenemos trabajo. Mi hijo está apurado para que vaya con él. En cambio a tu marido, ¿qué le apena si lo que tiene no sirve, está amargo? Mi hijo inteligente es quien sembró lo bueno, no como lo que sembró él.

—Me dijo que fueras; eso fue lo que me pidió.

—Vete, dile que no iré; tengo mucho que hacer.

Volvió a su casa y le avisó a su marido:

—”No va a venir”, dice; “tiene mucho trabajo”, dice.

—¿Qué sí? Está bien, entonces.

El pobre hombre platicó con sus ayudantes, con los animalitos que le habían ayudado: el *morrongo* o jicote, el chupamirto y la tuza. Estos animales empezaron a cantar y a tocar detrás de la casa del suegro cuando comenzó la fiesta. Se oía muy bonito su canto. Allí estaban:

—*Tata, ñoo vii; tata, ñoo ndatno; tata, ñoo vii, tata, ñoo ndatno.*

Semilla de tierra buena; semilla de tierra bonita; semilla de tierra buena; semilla de tierra bonita.

Y el mero viejo ordenó:

—Njá. Vayan a traer a esas personas, que vengan a donde estamos; que se acerquen, se oye muy bonito. Que suene fuerte la música; que se vea que estamos de fiesta, pues cantan muy bien. ¿De dónde salieron esos hombres? ¡Qué bien cantan! Llámenlos, tráiganlos.

—Está bien.

Los llamaron y allí estuvieron. Los animalitos prepararon canalitos por debajo de la tierra, para que todo lo que tomaran los de la fiesta se fuera por allí. Y el pobre hombre ya tenía preparadas cuatro ollas; allí las paró en su milpa. Los de la fiesta tomaban y tomaban pero todo lo que bebían se les salía por abajo, y esa bebida llegaba hasta la casa del pobre. Llenaron las ollas. Cuando los animalitos se dieron cuenta de que ya no había más bebida en esa casa, supieron que ya estaba todo preparado en la casa del pobre, pues ya desde antes se habían puesto todos de acuerdo. Se levantaron y se fueron cantando y tocando; cantando y tocando se fueron. Queriendo o sin querer, todos se fueron siguiéndolos.

—¿A dónde van éstos? Voy a seguirlos —dijo el viejo y se fue tras ellos.

—¡Ah!, van a la casa del flojo. Voy a seguirlos. ¿Para qué irán allá?

Si no sembró nada bueno, ¿por qué van para allá también? Voy a seguirlos. ¿Qué irán a hacer? ¿Por qué llamó a esos músicos también? Yo pensé que sólo iban a estar en nuestra casa, y ahora van para allá. Voy a seguirlos y luego regreso.

Los siguió; ni siquiera esperó a comer lo que habían preparado en su casa. Salió hacia la casa del pobre. Todavía no llegaba y ya se oía sabroso: olía a calabaza, olía a cocimiento de ejotes, olía a elotes hervidos. Y todo olía muy sabroso. Llegó.

—Padre, venga, ¿por qué no quería venir? Venga pronto —lo llamaba el pobre.

—Jm, ¿qué cosa hacen, hermano?

—Ah, estamos haciendo esto, y preparamos bebida para que tomen. Se sentaron allí todos. El anciano, quiera que no, tuvo que rezar.

Comió lo que habían preparado y se regresó a su casa.

—Me voy; también así se tiene que hacer en mi casa, con mi hijo. Ya me voy.

Regresó; se fue para allá y lo que tenían era chicayota, ejotes de pichoaca, maíz de trigo. Eso fue lo que obtuvieron; lo bueno, estaba en la otra casa.

Agarró a su yerno listo y lo trompeó en la cara, lo cacheteó, le jaló el copete.

—Vete, no eres buen hombre. ¿Acaso eso fue lo que te di para que sembraras? ¿Qué no fue otra cosa lo que te di? Esto que veo aquí, se lo había dado al flojo; él cosechó cosas buenas y en cambio tú cosechaste lo que era de él.

Lo cacheteó, lo tiró al piso; el yerno se fue llorando, y ahora es el correcaminos que grita por el monte.

Así termina este cuento del pobre que logró tener buena fortuna. (*mixteco*)⁴⁸

Variedades del maíz

Ya vimos cómo se pintó el maíz de colores en la explicación mítica.

Aquí, los cronistas nos hablan de las clases de maíz que se vendían en el mercado, tal y como lo relatan los informantes de Sahagún:

El que vende maíz suele ser labrador o lo compra de los labradores para tornallo a vender. El que es buen tratante en este oficio, el maíz que vende es limpio, gordo, sin ninguna falla, recio y macizo y duro, y cada género de maíz véndelo por sí: el blanco, el prieto o el envuelto uno con otro, el blanco, el amarillo; y por sí el maíz del valle de Tulucan, y el maíz de otros pueblos, ora sea en grano que

⁴⁸ Alonso Solano y Elisa Ramírez Castañeda, *Cuentos de la Montaña de Guerrero*, pp. 147-159. Narrado por Virginia Solano Aguirre en Ocoapa, Copanatoyac, Guerrero.

sea blando, que sea macizo, cada cosa vende por sí. El mal tratante engaña vendiendo su maíz, y el que es bueno envuélvelo con el maíz comido de gorgojo, o el maíz menudo, o con el maíz pudrido o dañado; y el maíz que es nuevo mézclalo con el maíz de dos o tres años, y aun con el de diez años, o con el que ya está dañado o pudrido, o con el que todavía tiene gusano o corgojo, o con el maíz comido de ratones, o con el que se desgrana en la troxe, o con el que está ya muy dañado, que huele mal; al fin, con el que es bien ruin y bellaco. En vendiéndolo, alábalo mucho, y tiénelo en gran estima, poniendo encima el mejor maíz y encubriendo el ruin o el dañado, o el que está gordo, por haber estado en el agua y lleno de granzas.⁴⁹

Pérdida del maíz

Aunado al relato de cómo fue obtenido y sembrado por primera vez el maíz, o separado de él encontramos la explicación de cómo y por qué se perdió la virtud originaria de las milpas y las mazorcas. En tiempos pasados seguramente formaban parte de un solo ciclo narrativo; ahora aparecen en fragmentos. La pérdida del rendimiento del maíz es castigo por la transgresión, curiosidad y descuido; no creer que un solo grano o una sola medida bastan y excederse, tirarlo, dejarlo tocar el piso o desparramarlo, asustarlo: todo esto lo hace mermar. La codorniz, los jóvenes e inexpertos ayudantes del rayo que ponen a cocer más de un grano, como se les ordenó; los que acusan a la mujer de pizcar mal, cuando una sola mata daba redes enteras de mazorcas: ellos terminaron con la medida que siempre saciaba el hambre. La virtud inicial del maíz, rendir tanto como la necesidad exigiera, se pierde para siempre.

Una de las pruebas que el donador les hace a los jóvenes que salen a correr mundo en los cuentos, es darles una tortillita o una tacita de atole; algunos piensan que el viejo es tacaño por ofrecerles tan escasa ración, no creen que puedan llenarse con tan poca comida. Y pierden

⁴⁹ Sahagún, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Libro 10: Vicios y virtudes; cap. XVIII. "De los que venden cacao y maíz y frisoles", pp. 898-899.

aquel bastimento primordial que nunca se terminaba, por incrédulos. Existen también varios ejemplos de recipientes mágicos que nunca se vaciaban; aunque al final siempre se quiebran o son robados. Como quiera que sea, hay que proceder minuciosamente con las primeras indicaciones y respetar las prohibiciones y rituales al cocinar o consumir el maíz.

También se pierde la virtud de las milpas. Los relatos del crecimiento acelerado del maíz aparecen durante la huida de Cristo, quien perseguido por los judíos o demonios pide a los labradores que digan que los vieron cuando apenas sembraban; cuando sus enemigos pasan, la milpa ya tiene mazorcas —allí se resume el largo proceso de sembrar y cosechar granos distintos hasta obtener las mejores cosechas—. El insolente que le dijo que sembraba piedras cosecha piedras porque no reconoce la voz divina.

En algunos mitos, el maíz es anterior al diluvio y en otros aparece cuando se secan las aguas. Huicholes, coras, huaves y nahuas consideran el maíz anterior al cataclismo, dicen que se salvó de un mundo anterior —de allí su carácter sagrado— con el único sobreviviente del diluvio.

El rayo —dueño de la humedad y la lluvia— está asociado naturalmente con el maíz. Un rayo chatino, atrapado en un árbol, regaló el maíz al hombre, agradecido porque lo libera. Entre los teenek el maíz también es considerado el don del rayo a su cuñado, pues se había casado con una mortal.

Al Trueno le gustan las mujeres. A veces se presenta bajo la forma de un hombre joven y se le propone como novio a una muchacha, que más tarde se verá obligada a acompañarlo. Así fue como se llevó a una muchacha un día de aguacero fuerte. Nunca más volvió al pueblo. Después vino un tiempo de sequía y todos los pozos se secaron. El hermano de la muchacha salió un día a buscar agua. Andaba en el monte y se internó en la espesura del cerro. De repente, sin saber dónde estaba, encontró a su hermana lavando ropa en la orilla de un arroyo. Ella le contó que se había casado con el Trueno y que allí estaba su casa. Allí tenían de todo para comer,

mientras que en el pueblo sufrían hambre. El Trueno le dio permiso a su cuñado para quedarse el tiempo que quisiera y de comer toda la fruta que pudiera, pero no le permitió llevársela a su casa: estaba prohibido sacar frutas de ese lugar.

Cuando el muchacho regresó a su pueblo nadie le creyó que su hermana estuviera aún con vida, ni que hubiera un lugar tan cercano con tanta fruta. Entonces regresó al cerro y robó un racimo de plátanos, pero al llegar cerca de su casa se le acabaron.

El Trueno se enojó porque su cuñado había robado los plátanos y lo agarró en el camino diciéndole que ya no podría visitar a su hermana otra vez en el cerro. Pero como era su cuñado, el Trueno le regaló semillas de maíz para que tuviera qué comer. Le dio cuatro semillas —una amarilla, una blanca, una morada y una roja— y se las amarró de las cuatro esquinas de un pañuelo, diciéndole que no lo abriera en el camino, sino hasta llegar a su casa. El muchacho se fue, pero como era muy curioso, en el camino quiso ver qué clase de semillas eran, cómo se veían, si eran bonitas y si le iban a alcanzar para sembrar su milpa tan pocas semillas. Empezó a desatar el pañuelo y cayeron muchísimas. Eran tantas que sólo pudo recoger una pequeña parte. Pensó cómo llevárselas. Sólo pudo traerse un poquito, muchas se quedaron tiradas en el camino. Llegó corriendo a su casa para traer costales dónde cargar la semilla. Pero de repente se oyó el ruido del Trueno y vino un aguacero fuerte. Ya no pudo regresar el muchacho a traer las semillas de maíz. Cuando paró la lluvia regresó por el camino, pero ya no había nada. El agua se había llevado todas las semillas y se perdió la milpa. Es por eso que ahora hay poco maíz y que la milpa no rinde mucho. (*teenek*)^{5º}

Los huastecos fueron creados cuando un dios masticó maíz e hizo masa, así los hizo. Este dios salió de un disco de color rojo. Vivían en un lugar delicioso con una mazorca pegada en el mentón y diario se alimentaban con maíz. Y se reproducían mezclando sus alientos.

^{5º} Anath Ariel de Vidas, *El trueno ya no vive aquí*, pp. 487-488.

Una vez a un hombre, a un maldito, se le desprendió la mazorca que tenía en el mentón, y en ese mismo instante todos los huastecos la perdieron. Arrancó a todos la mazorca que traían en el mentón. Entonces, se enojó el dios Nanahuatl. Y cuando se enojó arrojó a todos los huastecos y los condenó a sembrar y cultivar el maíz solos. (*náhuatl*)⁵¹

Antes se cocía el maíz, y con un solo grano alcanzaba para hacer pozol; con un solo grano de maíz alcanzaba para hacer tortillas; ahora, bastante maíz hay que cocer para hacer tortillas; bastante para hacer pozol. Todo por culpa de la codorniz. Había una muchacha que iba a dejar el maíz al lugar donde estaban trabajando los hombres. Ya son las doce, va la muchacha por un rastrojo, cuando de repente se levantó una codorniz. La muchacha se espantó y tiró el maíz que llevaba; se regó, allí dejó un poco, no lo pudo levantar completo; allí perdió el maíz y por eso ahora se tiene que cocer bastante, ya no de uno, por culpa de la codorniz. (*huave*)⁵²

El dios y la diosa del trueno eran esposos y se pelearon entre sí. Entonces la diosa picó la superficie de sus metates y tiró el polvo sobre las mazorcas que el dios tenía guardadas. Huyó a la Costa Chica. Del polvo brotaron gorgojos y orugas de la palomilla del gusano del maíz; se comieron el maíz. Por eso los gorgojos y las orugas se comen las mazorcas hoy en día. El dios no tuvo qué comer y fue al monte para escarbar y sacar camotes silvestres. (*triqui*)⁵³

⁵¹ Neville Stiles, en *Tlalocan*, vol. x, pp. 18-21. Narrado por Ildefonso Maya Hernández en Chililico, Huejutla de Reyes, Hidalgo.

⁵² Elisa Ramírez Castañeda, *El fin de los montiocs*, p. 63. Narrado por Juan Olivares en San Mateo del Mar, Oaxaca.

⁵³ Elena E. Hollenbach, "El mundo animal ...", en *Tlalocan*, vol. VIII, pp. 462-463. Recopilado en San Juan Copala, Oaxaca.

Los habitantes de las comunidades de la sierra cuentan el cuento del pájaro correcominos, que antes se llamó María Haragana. Hubo antes un señor que tenía una criada en su casa. Este señor ordenaba a sus criados cocer el nixtamal de acuerdo al número de personas que comerían: un grano de maíz para cada uno. El maíz crecía dentro de la olla y así se preparaba el nixtamal.

Un día una de las sirvientas desobedeció al patrón y puso más. La olla se reventó.

Al día siguiente le encargaron que fuera a llevar el bastimento a los que trabajaban en el campo. La criada aceptó y fue a dejar la comida, creyendo que los peones eran gentes. Iba con su canastita en la cabeza rumbo al campo. Cuando llegó vio puros azadones trabajando. Se extrañó y se empezó a reír. Los azadones cayeron al suelo y ya no pudieron levantarse. Regresó a la casa. La despidieron. La echaron lejos. Y fue entonces que se convirtió en pájaro. Empezó a cantar lunes, martes, miércoles, jueves, y hasta ahora canta así. El penacho que tiene en la cabeza tiene forma de canastito, como aquel donde había llevado la comida hasta el campo. (*cakchiquel*)⁵⁴

La historia del Ángel y el cocodrilo de Tenejapa, se empata a veces con el nacimiento del sol; aquí la pérdida del maíz se asocia al origen de las ardillas. La mujer es la hija del Ángel y el marido es el zorro.

Se cuenta una leyenda acerca de las ardillas que existen: *chuch sok*, la ardilla de cola larga y *ts'ej*, la ardilla de cola corta.

Antiguamente una mujer vivía con su marido. Ella empezó a preparar su milpa. Su esposo le preguntó a dónde había ido.

—Nada más fui a rozar la milpa.

—¿Y quién te ordenó que rozaras?

⁵⁴ Pedro Pérez Conde. Mecanuscrito inédito en la Dirección de Educación Indígena, SEP, 1982. Recopilado entre los refugiados guatemaltecos de la frontera.

—Nadie, yo misma pensé en hacerlo; tarde o temprano nuestros hijos y nosotros vamos a necesitar comida.

—Bueno, ahí tú lo ves; a ver qué haces con la milpa que preparaste. Y así pasó el tiempo, el marido mandaba a su mujer porque él no quería ir a trabajar. Un día le dijo a su mujer: —Voy al monte y llegaré tarde.

—Pasa a ver nuestra milpita, para saber si está o no está enmontada.

—Está bien, a ver si puedo pasar.

—Pero, ¿qué te cuesta ir?

El hombre fue a pasear y regresó ya tarde. Cuando llegó le dijo a su mujer:

—Ya regresé. Pasé a ver la milpa. Quién sabe qué cosa les salió a tus plantas en la punta.

—Pues son las flores que tiene que dar el maíz.

—No sé. No me gusta lo que que les vi a las matas en la punta.

—Bueno, mañana iré a ver si es cierto lo que dices.

La mujer fue a su milpa y vio que estaba floreando. Empezó a capar unos cuantos jilotes; se regresó.

—Ya vine, traje un poco de jilote que corté.

—Pero, ¿de dónde sacaste esos jilotes? Cuando yo fui, no había nada de eso.

—Los corté de nuestra milpa.

—Mentira, fuiste a robar en otro lugar. Mejor te pego, para que nuestros hijos no aprendan a ser ladrones; si no, tarde o temprano serán como tú.

Le pegó a su mujer, le sacó bastante sangre de la nariz. Por esta razón los olotes son siempre rojos, hasta nuestros días, porque la mujer se limpió la nariz con ellos.

El hombre volvió a irse al monte. Ella se quedó llorando en la casa, con sus dos hijos. Les dijo:

—Miren hijos, mejor me regreso a casa de su abuelo, porque el papá de ustedes me pegó. Cuando vuelva, le dicen que no saben a dónde me fui.

—Mamá, ¿y cómo vamos a comer si te vas a la casa de mi abuelo?

Llévanos contigo.

—No, aquí se quedan acompañando a su padre.

—No, nos vamos contigo o nos moriremos de hambre.

—Les diré cómo conseguir alimentos: van a golpear tres veces el *tol* y allí tendrán tortillas. También les dejaré una ollita de frijoles; tocarán tres veces allí para tener alimentos. Pero no vayan a decírselo a su padre.

—Está bien, haremos lo que nos mandas.

De esta manera obtuvieron sus alimentos los dos niños, tocando en la ollita de frijoles y en el *bule* redondo donde se guardan las tortillas.

En las tardes su padre llegaba de pasear y se preguntaba cómo obtendrían sus alimentos.

—¿Por qué no se han muerto? Ya llevan muchos días sin comer —les decía ese hombre malo a sus hijos.

—No, no nos morimos porque Nuestro Señor Dios nos está dando la vida.

—¿Y dónde está su mamá?

—¡Quién sabe! Como le pegaste, dejó dicho que se iba para la casa de nuestro abuelo.

—Está bien. Voy a trabajar, ahí ven ustedes cómo hacen para vivir. Y así se quedaban los dos niños en la casa. Cuando regresaba, les preguntaba:

—¿Dónde encuentran comida?

—En ninguna parte, estamos aguantándonos el hambre.

Otra vez los dejó el hombre, se fue a donde le daban de comer a él. Los pobres niños tenían también los alimentos necesarios.

—¿Hasta cuándo se van a morir? Ya no los soporto, me estorban; ¿qué clase de comida tienen? A ver, ¿dónde la tienen escondida? El mal hombre empezó a registrar la ollita de los frijoles y el *tol* de las tortillas, pues sabía dónde los guardaba su mujer. Encontró la ollita llena de frijoles cocidos y el *tol* lleno de tortillas. Los quebró. Así los niños ya no comerían, se morirían de hambre.

El hombre, como tenía alimentos, comenzó a batir su *pozol*.

Los niños pepenaban las migajas de *pozol* que se le caían a su padre, porque ya no aguantaban el hambre.

—No pepenen, déjenlo —les ordenó—, que lo recojan las hormigas.
—Pero mi señor padre, tenemos hambre. ¿Por qué nos quebró nuestro tol y nuestra ollita de frijoles? Nos moriremos de hambre, ¿cómo cree que podremos aguantar tantos días sin comer? Estamos sufriendo.

El hombre salió, de una vez se fue. Los niños quedaron otra vez solos en la casa. Tenían mucha hambre, comenzaron a llorar muy tristes. Estaban sentados en el patio de la casa cuando vieron un zopilote volar por el cielo.

—Primo, primo —lo llamaron—, ven, estamos muriéndonos de hambre, llevamos muchos días sin comer. Por favor, consíguenos alimentos.

—¿A dónde está su mamá? ¿Qué no viven con sus padres? ¿Por qué tienen tanta hambre? —les preguntó el zopilote.

—Se pelearon; ella nos dejó con nuestro papá y se fue con nuestro abuelo. Por eso tenemos hambre, por eso este sufrimiento, no sabemos a dónde ir.

—Pues yo sé dónde está su madre. Si quieren ir con ella puedo llevarlos, pero les advierto que solamente los dejaré cerca, pues si los llevo hasta donde está, se enojará. Está tejiendo en el patio grande que tiene su abuelo.

Les explicó que los llevaría y les ordenó que pusieran trampas para cazar ratones:

—Mañana vendré a comer esos ratones —les dijo el zopilote.

—Está bien, haremos las trampas para ratones; pero con la condición de que vengas por nosotros y nos lleves a donde vive nuestra madre. Con gusto te daremos los ratones que nos encargaste.

—Bueno, entonces mañana me esperan, vendré a comer los ratones que harán el favor de conseguirme.

Los dos niños hicieron las trampas que había pedido el zopilote y lograron atrapar muchos ratones. Al día siguiente vino el zopilote.

—Primos, ¿hicieron lo que les pedí?

—Sí, lo hicimos.

—¡Qué bueno! Pásenme los ratones, traigo mucha hambre y necesito comer. A ver, ¿cuántos atraparon?

El zopilote comenzó a comer ratones hasta quedar satisfecho, hasta tener el buche lleno.

—Ya terminé de comerme sus ratones, súbanse a mis alas.

—Está bien, si va usted a hacernos el favor de llevarnos a donde está nuestra madre.

—Tú que eres el más grande súbete en mi ala derecha, como eres el mayor pesas más. Ahora tú, que eres el más chico, subirás a mi ala izquierda, pues no pesas tanto.

—Está bien primo, usted manda, se hará como usted dice.

Por esta razón el zopilote vuela balanceando las alas hasta la fecha: la que se baja es por el niño mayor que se montó allí, y la que sube es la del niño pequeño, que aún no pesaba mucho.

El zopilote voló y así fue como los niños se iban montados en sus alas. Los llevó hasta donde estaba su madre tejiendo, pero sin llegar hasta donde estaba la mujer; los dejó cerca de donde tejía, pues tenía miedo de que lo viera cargando a sus hijos y, además, nadie podía entrar a la casa y ver a la madre de los niños.

—Aquí nada más se van a quedar —les dijo el zopilote— porque ya están cerca del lugar donde está su madre. No le vayan a decir quién los trajo porque si se entera de cuál es mi nombre, me va a regañar.

—No le diremos nada, gracias por traernos hasta acá.

El zopilote se regresó a buscar su sustento en las montañas, como es su costumbre.

Los niños llegaron donde estaba su madre y le dijeron:

—Madre, llegamos hasta acá porque estamos sufriendo muchísimo.

—Ay, ¿qué buscan aquí? ¿Cómo supieron dónde estaba, quién se los dijo?

—Nadie, venimos acá por nuestra voluntad, queremos estar con usted.

—No, no pueden quedarse en casa de mi padre, va a regañarlos su abuelo. Tienen que ir a vivir con su padre. ¿Por qué vinieron? Les advertí que se quedaran y, además les dejé su tol de tortillas y su ollita de frijoles para que se mantuvieran solos.

—Nuestro padre nos quebró el tol y la olla.
—Está bien, no importa, les daré otra cosa para mantenerse. Le daré mazorca a cada uno, no la vayan a perder, no vayan a voltear para atrás.
—Ah bueno, no voltearemos.
¡Cómo no! Se voltearon a ver, pues ya estaban lejos de donde vivía su madre. El menor volteó y por eso perdieron sus mazorcas.
Ya no regresaron a donde vivía su madre, mejor se fueron a vivir en el monte.
—No tenemos donde conseguir nuestros alimentos —dijo el hermano mayor—, mejor viviremos en el monte; así, lograremos conseguir comida.
—Yo no puedo conseguir nada, soy muy pequeño. Tú ya sabes, pero yo aquí nomás me quedo y ni modo, moriré de hambre.
—No, yo te enseñaré a conseguir tu comida, aprenderás.
Empezaron a trepar en un árbol y sus brazos se convirtieron en patas de animal. Después les salieron pelos en todo el cuerpo y quedaron convertidos en ardillas. Empezaron a comer frutas y todo lo que crece en las milpas de los campesinos.
Por esta razón hay personas en Tenejapa que tienen los apellidos Girón *Chuch*, pues tomaron el nombre de esta ardilla. También existe el apellido Girón *Ts'ej* porque el hermano menor, igual que el otro, se convirtió en esta ardilla, que abunda en Tenejapa.
Así termina la leyenda de estos dos animales, que fueron dos hermanos abandonados por sus padres. (*tseltal*)⁵⁵

Se pierde el maíz al cocerlo, al irlo a entregar; se pierde también al cosecharlo. Cuando se explicó su origen, se dice por qué se repartió desigualmente, como en este ejemplo mixe:

Según cuentan los antiguos, el rey Condoy vivía con su esposa y con su hermana, de nombre María. El rey Condoy se dedicaba al campo, tenía su parcela y cultivaba maíz, frijol y papa.

⁵⁵ Pedro Pérez Conde y Elisa Ramírez Castañeda, *Leyendas y cuentos de Tenejapa*, pp. 57-66.

Una vez mandó a su hermana María a cortar elotes. Le dijo:
—Ve a pizar los elotes, pero ¡ten cuidado! No los cortes todos, pizca sólo unos pocos.

María se fue con su ayate y no tardó mucho. Regresó y le dijo a su hermano:

—Ya pizqué los elotes—. Traía muchos.

—¿Por qué cortaste todos los elotes? —le reclamó su hermano—. Te dije que pizcaras sólo unos cuantos y ya pizcaste toda la milpa. Voy a verla y si es cierto que pizcaste todo, te voy a cortar un brazo.

El rey Condo y fue a la milpa y, al llegar, vio sorprendido que todos los elotes que su hermana había cortado eran de una sola mata. Se regresó.

Cuando llegó a su casa, María ya no estaba. Había huido, temerosa de que Condo y le cortara el brazo. Al salir de la casa, se llevó la mano del metate.

Condo y regresó y le preguntó a su esposa: —¿Dónde está María?

¿Por qué me engañó? La voy a regañar.

—Corrió, tenía miedo de que le cortaras el brazo.

—María, María —la llamó—, espérame, espérame. (*mixe*)⁵⁶

Moniy —así se dice en *mixe*— se fue a tierras bajas, inundó y erosionó las tierras altas de su hermano, perdiéndose la riqueza de la tierra *mixe* y del maíz que crecía en ella.

No hubo mazorcas desde un principio —pero los instrumentos trabajaban solos y los antiguos tenía la capacidad de transformar partes de su cuerpo en ayudantes, como narran los coras alguna versión de Sentiopil,⁵⁷ o en Chiapas, donde el *kox* trabajaba la milpa con herramientas portentosas. Se pierde para siempre la virtud inicial de las mazorcas y los granos: ser del mismo tamaño que el hambre.

⁵⁶ Elisa Ramírez Castañeda *et al.*, *Cuentos mixes. Ap ayuuk*, pp. 106-110.

⁵⁷ Taller de Tradición Oral de la Sociedad Agropecuaria del CEPEC, *Lo que oímos contar a nuestros abuelos*, pp. 44-50. Recopilado en San Miguel Tzinacapan, Puebla.

El *xut* o *kox*, ambas palabras significan el menor de los hermanos en tseltal y tsotsil, el niño que se convirtió después en sol tras luchar con sus hermanos mayores y matarlos, trabajaba con las herramientas que dejaron aquellos, como había visto que hacían: bastaba con clavar las herramientas en el suelo y ellas trabajaban solas —algunas versiones hablan de un columpio. Al mecerse, el niño menor accionaba las herramientas. El *kox* comenzó el desmonte solo y avanzó mucho, pero al otro día, al regresar al terreno vio que todo había crecido nuevamente como si no se hubiera hecho nada antes. Por más que quisiera, no avanzaba. Alguien le estaba haciendo un daño, cuando la madre vio lo que sucedía, sentenció:

—Tú no sabes hacer nada, nos vamos a morir de hambre.

El niño volvió a tumbar el monte y el monte volvía a crecer mientras él descansaba. Así sucedió tres veces, hasta que decidió averiguar quiénes hacían el mal. Le preguntó al ratón:

—¿Tú no sabes quiénes destruyen mi trabajo?

—Los he escuchado pero no sé quiénes son. No tengo ojos, no puedo verlos.

El *xut* le hizo sus ojos con dos bolitas de trementina y le pidió que vigilara. El ratón, feliz con sus ojos de gotitas de resina de pino en la cara, prometió quedarse de guardia y contarle todo lo que sucediera.

—Tus enemigos son el correcaminos, el conejo, el venado y otros animales más. Tus hermanos quieren desquitarse.

En vez de regresar a su casa, el *xut* se quedó en la milpa espiando y los oyó venir. Traían incienso y venían rezando. Ordenaban a las plantas que volvieran a crecer.

—Levántense árboles, únanse bejucos. ¿Qué culpa tienen ustedes? ¿Qué hicieron ustedes, cuál es su culpa? No merecen que los quemem. Levántense árboles, únanse bejucos.

Y los árboles se alzaban como si nunca hubieran caído y los bejucos se unían como si nunca los hubieran trozado. El *xut* se ocultó a orillas de la milpa y esperó a los animales que sus hermanos habían enviado. Todavía quedaban unos cuantos árboles tirados en el suelo.

Por fin se acercaron. El conejo venía bailando y el pájaro traía copal en las manos. Repetían palabras mágicas:

—Levántense árboles, levántense bejucos. Ustedes no tienen ninguna culpa, ¿por qué han de sufrir el castigo del fuego? ¿Por qué los han de quemar? ¿Por qué esperan en el suelo? Levántense árboles, levántense bejucos.

La maleza volvía a crecer. Con mucho trabajo agarró al conejo. Le jaló la cola y se la arrancó. Hasta ahora se sienta acucillado, para esconder su rabo cortado. El xut agarró al conejo de las orejas y se las jaló. Por eso las tiene largas. Con su cuchillo le pegó en el hocico y se lo partió. Al venado le arrancó la cola. Al correcaminos le pegó en la cabeza con el mango del azadón y le sacó sangre. Agarró al pájaro *tsu* y le pegó con el cabo de la coa. Por eso tiene morada la parte de arriba de la cabeza y rojo a los lados. Desde entonces no puede volar, sólo corre y en su grito se queja de dolor de cabeza: *ui, ui, ui*. Sólo sale cuando se comienza la roza. (*tseltal*)⁵⁸

“Levántense árboles, levántense bejucos” son las palabras exactas que se dicen para levantar el monte rozado en el *Popol Vuh*. El poder de las herramientas se había perdido para siempre; ya nunca volverían a trabajar solas —a partir de entonces, la milpa de todos los hombres se siembra con mucho esfuerzo.

—Ya vi quién me hace este mal —le dijo a su madre—. No te aflijas, le pediré ayuda a mi padre, lo voy a revivir.

—¿De veras puedes?

—Sí.

El xut comenzó a llamar a su padre: —José, José.

El padre se levantó. Al verlo de pie, la madre comenzó a llorar y llorar y llorar.

—¡Volvió mi marido!

⁵⁸ Pedro Pérez Conde y Elisa Ramírez Castañeda, *op. cit.*, pp. 147-158. Recopilada en Tenepajapa, Chiapas. Versión ERC.

—¡No llores, mamá!

Y al verla llorar, el marido desapareció.

—Voy a traerlo otra vez, pero si lloras, volverá a desaparecer.

—Vuélvelo a traer, revívelo, ya no voy a llorar —prometió ella.

El xut volvió a llamarlo, pero su madre no pudo contener las lágrimas.

—Ya lloraste dos veces, ya no podrá regresar. Si no hubieras llorado, los muertos podrían regresar, pero a partir de ahora, ningún difunto volverá a este mundo. [...]

Y le dijo el *kox* al conejo:

—Usted, *k'itstin'*, está jodiendo mi trabajo—, y lo agarró por las orejas.

—Yo fui —dice el conejo—, porque no es su lugar aquí, éste es el lugar de los pecados, usted debe estar arriba, no es de aquí.

Ahora que lo supo el Dios, lo fue a contar a su mamá. También hizo lo mismo con el venado, que tiene orejas de conejo. Dicen que el conejo es el *bankil* del venado, como la tuza es el *bankil* del tepezcuintle.

—Mamá, así dijeron, que no somos de aquí. Voy a visitar el Cielo. Voy primero a ver, mamá.

—Pues, ándate —dijo María.

Fue. Iba contando las horas para llegar arriba: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho y nueve. A las nueve llegó al Cielo. Entonces volvió. Muy contento, que muchos frutales, muchos olores de flores, muy mejor allá. Llegó a contar. Ahora, muy apenada la Virgen.

—¿Cómo voy a subir, cómo subiste tú?

—Vas a ver cómo lo vamos a hacer.

—Sos el *kox*, ¿cómo es que saliste muy listo? —dijo la Virgen asombrada de que su chiquitillo supiera tanto. Y apenada de que cómo va subir su cuerpo al cielo.

El *kox* sólo le enseñó a contar como contó él. Al llegar al nueve ya estaban en el Cielo. Así aprendió la Virgen. Dicen que así subió también el Dios, de antigüedad. Ya no volvieron, pues. Él se hizo Sol y ella Luna. (*tsotsil*)⁵⁹

59 Calixta Guiteras, *Los peligros del alma*, pp. 158-160.

Sucede también que el maíz se pierde, no mítica sino realmente, comido por los animales que adquirieron privilegios sobre las milpas por el papel que jugaron en la aparición del sustento. Nada mítico hay en los animales del cuento de Juan José Arreola, aunque sean los mismos que perjudiquen o aprovechen la milpa.

Los cuervos sacan de la tierra el maíz recién sembrado. También les gusta la milpita tierna, esas tres o cuatro hojitas que apenas van saliendo del suelo.

Pero a los cuervos es muy fácil espantarlos. Nunca andan más de tres o cuatro en todo el potrero y se echan de ver desde lejos. Hilario los distingue entre los surcos y les avienta una piedra con su honda. Cuando un cuervo vuela, los demás se van también gritando asustados.

Pero a las tuzas ¿quién las ve? Son del color de la tierra. A veces uno cree que es un terrón. Pero luego el terrón se mueve, se va corriendo, y cuando Hilario levanta la chispeta, la tuza está en lo más hondo de su agujero. Y las tuzas se lo tragan todo. Los granos de la semilla, la milpa chiquita y grande. Los jilotes y hasta las mazorcas. Dan guerra todo el año. Tienen dos bolsas, una a cada lado del pecho, y allí se meten todo lo que roban. A veces puede uno matarlas a piedrazos, porque se han metido un molcate en cada bolsa y apenas pueden caminar.

A las tuzas hay que estarse espiándolas enfrente de su agujero, con la escopeta bien cebadita. Al rato sacan la cabeza y parece que se ríen enseñando sus dos dientes largos y amarillos. Hay que pegarles el balazo en la mera cabeza para que queden bien muertas, sin moverse. Porque tuza que se mete a su agujero es tuza perdida. Y no porque no se muera, que eso lo mismo da, sino porque Hilario no podrá cortarle la cola.

Los tuceros ganan según las colas que le entregan al patrón cada noche. Antes las pagaban a diez centavos. Si se mataban cinco o seis la cosa parecía bien. Pero de allí hay que tomar lo de la pólvora, lo de la munición y los petardos. Y entre los tiros que se jierran y las tuzas

que se van para adentro, pues hay que entregar cada noche diez o doce colas cuando menos. Cuando al tucero le va muy mal y no lleva ni una cola, el patrón le da veinticinco centavos por la cuerveada.

—Le aseguro, don Pancho, que maté como una docena. Pero ayjo, hay unas reteduras; por más que les desbarate la maceta todavía se me pelan.

—¿Cuántas colas te apunto, Layo?

—Fíjese don Pancho, que maté como doce. Ya mero me daban ganas de ponerme a escarbar para sacarlas...

—Pero colas, ¿cuántas trajiste?

—Pues cuatro nomás, don Pancho.

—Bueno, pues son cuarenta fierros, Hilario. ¿Te los apunto para el sábado o los quieres de una vez?

—Pues mejor démelos.

—Diez, veinte, treinta, cuarenta, Layo. A vez si mañana te va mejor. Jíncales el tejazo en la mera cabeza. Que pases buena noche.

Cuarenta centavos servían para mucho, cuando valía a diez centavos el decilitro de alcohol. Cuando uno se ha pasado todo el día en el rayo del sol matando una docena de tuzas para que le paguen nomás cuatro, dan ganas de echarse un trago, siquiera para no oír lo que diga la vieja. Porque si uno llega con cuarenta centavos, pues de todos modos hay pleito, y así, pues de una vez que costié.

—A ver Tonino, échate uno de a quinto, pero cárgale la mano que ya me anda.

—Eipa Layo, ¿y luego yo aquí nomás viendo?

—En vez de uno que sean dos, Tonino. ¿Quiúbole Patricio, pues qué pasó contigo?

—Pues ái nomás dándole, Layo. ¿Cuántas te matastes ora?

—Me lleva... Maté como doce y casi todas se me pelaron.

—¿Y luego no les jincastes bien?

—No les jincastes... Y en la mera mazorca, pero tú ya sabes Patricio, las tuzas son más duras que los gatos. Oye, Tonino, tráenos otros dos, pero bien serviditos hombre, a éstos no les pusistes nada de mecha.

—No, Layo, la mera verdad tú eres rete tarugo. Yo también tú sabes

que fui tucero con don Pancho y no sacaba ni para el nistamal. Pero luego le hallé el modo de fregar al viejo...

—¿Y cómo le hicistes?

—Pues nada, que me iba al rancho de Espinosa, allá por el Camino del Agua. Allí es un hervidero de tuzas; mataba como veinte y luego se las cobraba a don Pancho como si fueran de su potrero.

—Ya ni la friegas.

—Fíjate que el viejo se ponía re contento. ¡Le daba un gusto! Ponía toda la ringlera de colitas sobre la mesa y me decía: "ya nos las estamos acabando a estas hijas de la sonaja. Dales duro, Patricio, tráeme el colerío aunque me dejes sin un quinto".

Ni un quinto, viejo méndigo... Mas que le llevara todas las tuzas, no digo las del rancho de Espinosa, sino todas las que hay en el llano, ni se le echaba de ver al viejo, aunque me las pagara a peso. Como quien le quita un pelo a un gato.

—Oye, Tonino, esto no emborracha nada. Tráete otros dos, pero que no te tiemble la mano, vale. Échale del que raspa o mejor nos vamos con el Guayabo.

—Aquí están, Layo, y son treinta de los seis tepaches.

—Mira qué Tonino este tan desconfiado. ¿Pues quién te dijo que no te voy a pagar?

—Págame, págame y no estés alegando.

—Pos ahí van cuarenta de una vez para que te traigas otros dos, nomás que no se te vaya a olvidar...

—Oye Layo, esto parece plática de cueteros. Sácate los cigarros...

—¿Y luego pues, por qué dejastes tú lo de la tuceada?

—No, mano, pues el viejo supo de dónde venían las colas y me dio para la calle.

—¿Y cómo estuvo?

—Pues nada, que el tucero de Espinosa, que la llevaba bien conmigo, un día se enojó y dijo que dizque yo me estaba acabando las tuzas, que ya las tenía rete ariscas y que él no mataba ya casi ninguna. Y seguro se rajó, porque al otro día, bueno pues mejor ni te cuento. El viejo se puso negro y hasta quería meterme al bote.

—¿Y qué pasó?

—Pues fijate que el que estaba sembrando lo de Espinosa le pagó a don Pancho las colas que yo le había vendido. Y ni tantito que dudo que don Pancho le cobró de más porque ese viejo jijo la trai desdoblada.

—Y ora ¿qué te haces?

—Pues le estoy dando a los adobes, mano, ni modo. Y ésta si que es una friega. Allí con don Tacho, arriba de la Reja... en las faldas del cerro...

—Bueno, pues yo creo que de todos modos vale más darle a los adobes. Allí cuando menos está el caramba lodo y no hay más que pegarle a dar. Mientras que las tuzas, esas hijas de la mañana hay días que no salen ni a mentadas. (*Juan José Arreola*)⁶⁰

⁶⁰ Juan José Arreola, *Varia invención*, pp. 37-40. El texto es de 1949.

CREENCIAS Y REFRANES

DECÍA MI PAPÁ: EL MAIZAL HABLA. No es bueno tirarlo, recójanlo el maíz. Y si quieres siémbrale, te va a dar producto, porque nos está viendo, mira y llora. Un día me dijo: voy a escuchar a ver si el maíz llora... y de veras, sí escuché que las plantas, el aire, sí llora, habla y dice: hay que cuidarlo. Y así sabemos que está vivo. El maíz está vivo y nos da ensueños. (*náhuatl*)⁶¹

La milpa platica. Cuando se prepara el maíz, un grano le dice al otro: “¡Apúrate!, no te quedes atrás. ¡Tienes que salir rápido!”

La que se sembró el día de hoy tiene que apurarse, para alcanzar al compañero que se sembró antes, para que así dé parejo.

Se platican: “Tenemos que trabajar juntos, para que así nos vayamos desarrollando parejos”. Cuando va a espigar el maíz que es apurado, tiene que espigar también el atrasado.

Cuando están en el suelo, según como caigan al sembrarlos, ya sea en el hoyito o en el suelo, se dan cuenta los maíces y platican entre ellos. Entonces ya nacen medio tristes, medio así, por el piso malo.

Si el lugar está medio abonado, pues así, claro, nacen gorditos, se van rápido; y los otros se atrasan.

⁶¹ Livia Sedeño y María Elena Becerril, *Dos culturas y una infancia: psicoanálisis de una etnia en peligro*, p. 40. Recopilado en Mecayapan, comunidad náhuatl del sur de Veracruz.

Para eso se preparan en la plática: “Que yo tengo que ser como elote”, o una cosa así, o “yo voy a tener maíz lleno, me toca lleno”, esto por el piso.

Las milpas se casan, porque si en una parte en que se sembró maíz amarillo nace un moradito, tiene que pintar todo. Por más que uno escoja al tiempo de sembrar, desgrane uno y le quite el amarillo o el morado, la cosecha se levanta ya pintada, porque se casa en la milpa.

* * *

Reza el dicho que si al tiempo de sembrar la milpa no se les da de comer bien a los mozos y su estómago se queda vacío, ese maíz va a ser una mazorquita: la mitad de grano y la mitad de olote. Por esa razón se atiende bien a los mozos, para que esté lleno su estómago. (*mazateco*)⁶²

La luna creciente es buena en la siembra porque significa que habrá lluvia. La luna menguante no es buena, porque habrá mucho sol. Cuando una mujer tiene su menstruación, no puede ir a la milpa, ni cuando la luna está creciente “porque se mancharía la milpa”; pero sí puede ir cuando hay luna menguante.

Si se siembra el chayote con luna tierna, crecerá muy rápido, pero dará poca fruta, por eso es mejor sembrarlo con luna maciza. (*chinanteco*)⁶³

Él iba también con las fases de la luna. Para doblar la milpa esperaba a que la luna estuviera llena, bien llena. En todo así, hasta para pizar; porque, por ejemplo se piza siempre en luna nueva o en

⁶² Carlos Incháustegui, *Figuras en la niebla. Relatos y creencias de los mazatecos*, pp. 59-60. Textos recopilados en Huautla de Jiménez, Oaxaca.

⁶³ Weitlaner, *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, p. 92. Informante Manuel Dublán, de Ojitlán, Oaxaca.

creciente o en conjunción. Hasta la madera misma. Cuando cortaba madera para las casas, lo hacía en luna llena. Para sembrar también. Al sembrar en luna llena todo salía bien, se obtenía un producto lleno, un bonito maíz.

Lo mismo para castrar los cochinos, caballos, ganado cualquier animal. Así no sale mucha sangre. (*mazateco*)⁶⁴

Mitla, pueblo de almas fue publicado por primera vez en el año de 1938 y es uno de los clásicos de la antropología en México. Elsie Parsons, acompañada de Eligio —amigo, traductor e informante— relata sus visitas a varios *divinadores* que leen maíz —saurino se ha oído que les dicen en algún pueblo, como deformación de zahorí.

En general, el método para echar el maíz, tirar maíz o contar consiste en separar algunos granos de una mazorca y echarlos sobre un petate, para adivinar a partir de las figuras o diseños que forman los granos; o bien, cuando los granos tienen alguna de las caras ennegrecida, se adivina de las caras blancas o negras que muestran. Hay algunas variaciones menores dentro de este esquema: José Hernández, de Matatlán, desgrana cuatro maíces blancos y les tizna una de las caras, con hollín que toma de la olla, recogiendo en un totomostle. Avienta los granos sobre el sarape extendido. Lo repite cuatro veces para responder a mi pregunta:

—¿Volveré a casarme?

—Sí —respondió el maíz— y será un buen matrimonio.

—¿Cómo indica eso el maíz?

—Porque la mayoría de los granos muestra el lado oscuro.

Convenzo a Eligio de que haga una pregunta: quiere saber si tiene enemigos.

—Ninguno —responden los granos, nuevamente negros.

El viejo José tiró seis veces los granos. Cuando llegamos a buscarlo José no estaba en su casa, estaba en otro lado, preparando el

⁶⁴ Incháustegui, *op. cit.*, p. 58.

temascal para curar a una paciente con dolor de oídos; allí escuchó chisporrotear el fuego.

—Señal de visita—dijo José en el momento en que su esposa llegó a avisarle que lo buscábamos.

Dice que el fuego da señales, que le tiene tanta fe como al maíz.

* * *

José Martínez, de San Miguel, es menos convincente. Explica constantemente a su esposa el significado de lo que ve, como para inspirarnos confianza. Arranca catorce granos de una mazorca amarilla; usa carbón para oscurecer una cara, más bien una muesca de los granos. Pone los granos en un petate, con el lado oscuro hacia arriba y hace sobre ellos la señal de la cruz diciendo: “En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo”. Luego, volteando hacia su altar, se santigua. Toma en su mano izquierda los maíces, les sopla, murmura una oración —alcanzo a oír que menciona a La Trinidad, San Pedro de Mitla, San Antonio. Pasa los granos a la otra mano, los sacude y los avienta.

—Sí, mis hijos están bien —aparece claramente tras varias tiradas. En San Baltasar, Rosa Hernández desgrana veintidós granos de una mazorca que resultó doble al deshojarla, para su gran satisfacción. Me hace tomar la mitad de los granos con la mano derecha y la otra mitad con la mano izquierda. Hace la señal de la cruz sobre cada una de mis manos. Luego me indica que debo soltarlos sobre un pequeño traste hondo que pone sobre su altar. Hace un signo de la cruz en la orilla del traste y lo pasa por enfrente de los santos que tiene allí. Se acerca al cuenco y lo pone sobre el petate y allí hace el mismo gesto de abarcar que hizo al santiguarlo: desde el altar, desde el norte, desde el oeste. Cubre el cuenco con otro igual y sacude los granos de arriba a abajo tres veces. Destapa el traste y mira con atención los granos. Me vacía los granos en la mano derecha y me indica que debo echarlos sobre el petate. Creo que el número de granos no importa, excepto en el caso de María García, quien echa la suerte a la manera mixteca.

Pregunto las mismas cosas: —¿Están bien mis hijos? ¿Volveré a casarme? Mi hija la casada, ¿dejará a su marido?

Vuelve a acomodar los granos y a soplarles a cada pregunta. El maíz le responde que mis dos hijos están tristes, pensando en mí. El tercero es egoísta y desobediente. Todos van a abandonar algo importante, debo regresar y arreglar mis asuntos. Tengo un amante al que mis hijos no quieren, no debo casarme pues mi vida familiar sería muy infeliz. Me enoja fácilmente... Viviré mucho... El esposo de mi hija tiene otros amores y la acusa a ella, no se divorciarán. Su vida es un pleito continuo...

* * *

Los granos amarillos de Agustina ya están preparados. Los saca de una cajita de metal. Son como cien. Los agarra con la mano derecha y se los acerca a la boca, les sopla desde la garganta. Empieza por la muñeca y de allí llega hasta la punta de los dedos; luego va de la palma de la mano al dedo pulgar y sopla sobre cada uno de los dedos, en sentido inverso al movimiento del sol. Luego, regresa hacia la muñeca y aquí termina con un soplo más fuerte, de la muñeca hacia el centro de la palma. Se pasa los granos de una mano a la otra ocho veces más o menos, ahuecándolas, rezando. Con los granos en la mano derecha reza y sopla nuevamente. Reza mientras los pasa de una mano a otra:

Excelsa por exelsor
le toca por grande y mayor
sola asolan
nota el mismo piso
entendimiento al as.
Agua rosillo del mar
retemblanza por la paz
toca trébol nacimiento.
Estrella del cielo
alumbra en todo lugar

agua rosillo del mar
ocultativo para siempre
toca a Pedro a Pablo
Adónde está San Miguel, qué planta.

Justamente antes de echarlos, dice:
Eres maíz, eres sabiduría
explicame hoy en este día
para poder explicar.
Eres planeta de flor
eres rueda de la fortuna
a llegar en la mata
les convenza al instante.

Y ya cuando los echó:
Una mata está en la rama
distingue cómo la verdad
llegando en gran romería
y se llega por magistrar.

Estudia su posición y nos dice “lo que le habla el maíz”.⁶⁵

Los adivinadores chontales, para saber la suerte agarran doce granos del maíz; antes de tirarlos les soplan tres veces, enseguida los tiran tres veces, la tercera vez los 12 granos de maíz avisan al adivinador lo que la persona quiere saber, explica Masanosuke Ogita. Esta es la canción del adivinador de maíz:

A mí, el maíz me avisa.
Yo, a mí maíz le pregunto,

⁶⁵ Elsie Parsons, *Mitla, Town of Souls*, pp. 306-310. El rezo está tal y como lo transcribió Parsons del español, no podemos saber si la forma se debe a su español —con frecuencia errático— o al de Agustina, teñido con dejos de mixteco y zapoteco.

tres veces lo tiro
y tres veces me avisa,
¡ay!, el que hace, diez y dos doce el maíz,
el que me va a avisar. Éste,
a éste pregunto,
soplo yo tres veces y lo tiro. (*chontal*)⁶⁶

Desde tiempos prehispánicos, se leía la suerte en el maíz, tirándolo.

Si alguno se le perdía cosa o animal o ave, hacían ciertas hechicerías con unos maíces, y miraban en un lebrillo de agua, y dizque allí veían el que lo tenía, y la casa do estaba, y si era cosa viva, allí les hacían entender si era muerta o viva. Para saber si los enfermos habían de morir o sanar de la enfermedad en que estaban, echaban un puñado de maíz, de lo más grueso que podían haber, e lanzábanlo siete u ocho veces como lanzan los dados, y si algún grano quedaba enhiesto, decían que era señal de muerte. (*Motolinía*)⁶⁷

No sólo los adivinos podían predecir la suerte. El común también tuvo creencias y abusiones que permitían saber lo que ocurriría en el futuro.

Tenían otra abusión: decían que cuando se doblaba la tortilla, echándola en el comal para cocerse, era señal que alguno venía a aquella casa, o que el marido de aquella que cocía el pan, si era ido venía ya, y había cocado la tortilla, porque se dobló. (*Sahagún*)⁶⁸

Una adivinanza y varios dichos:

¿Qué cosa y cosa una jícara azul sembrada de maíces tostados que se llaman *momóchitl*?

⁶⁶ Masanosuke Ogita (recopilador) *Canción de Chontal*, s/f. Versiones en español de ERC, p. 218.

⁶⁷ Motolinía, fray Toribio de Benavente, *op. cit.*, Primera parte, cap. 49, p. 153.

⁶⁸ Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, Libro 5, cap. XIV, p. 463.

Este es el cielo, que está sembrado de estrellas.⁶⁹

Ese acertijo preguntaban los antiguos. Actualmente, persisten en el habla mexicana numerosos dichos, refranes o figuras con dejos de maíz, tamal y atole:

El que siembra su maíz, que se trague su pinole.
El que nació pa' tamal, del cielo le caen las hojas.
Dar atole con el dedo.
Me llovió en mi milpa.
El que tiene más saliva, que coma más pinole.
A falta de pan, buenas son las tortillas
Dientes de mazorca
Burro maicero
Sangre de atole
De carne, de chile, de manteca
Hacer de chivo los tamales
No se puede chiflar y comer pinole
Ni molido ni martajado.

⁶⁹ *Ibidem*, Libro 6, cap. XLII, p. 669.

ORACIONES

Oración en la mesa para proteger la siembra

Tres saludos cuando cae mi palabra, Señor...
para que yo se la ofrezca a los guardianes de las tierras fértiles
y a los llenos de majestad, para el guardador de la semilla,
para el guardador de los plantíos, el que los refresca.
Para el que da rocío a la semilla, para el guardián del cerro,
para el torbellino de fuego y los guardianes de las tierras fértiles,
así como para la deidad del bosque,
para el señor Pahuatún negro,
el señor Pahuatún rojo,
el señor Pahuatún amarillo
para el Pahuatún blanco,
los de los cuatro rumbos del cielo, cuatro rumbos nebulosos.
Tres saludos cuando cae mi palabra en el lugar del dios del agua
relámpago luminoso,
tres saludos cuando cae mi palabra en el lugar del dios de la lluvia
del látigo relampagueante.
Tres saludos cuando cae mi palabra en el lugar del señor de la lluvia
del trueno celeste.
Tres saludos cuando cae mi palabra en el lugar del dios de la lluvia
del látigo lluvioso y relampagueante.

Tres saludos cuando cae mi palabra en el lugar de la hermosa señora
de las gracias [plantas de maíz],
tres saludos cuando cae en el lugar las plantas de maíz hambrientas,
en el lugar del dios de la lluvia del último cielo.
Tres saludos cuando cae mi palabra en la mano derecha del gran dios
de la lluvia,
y en la mano del gran jaguar,
en la primera mesa del gran dios del cielo,
en el primer altar en la mano derecha del señor dios,
cuya bendición se imparte sobre una mesa santa.
Que sea llevada, que sea para una grande y santa primicia [ofrenda],
la de los guardianes de las tierras fértiles,
porque ha sido ofrecida por mí en el día de mis hombres,
en los cuatro rumbos del cielo, cuatro rumbos nebulosos... (*maya*)⁷⁰

Oración de Nicolás Antonio López

* * *

Un sólo Dios Santísima Trinidad, Santísimo Sacramento, Padre
Jesús Nazareno, Padre Señor San Juan, Padre Señor San Pedro,
a ustedes lleguen estas dulces oraciones y esta ofrenda que yo les
doy. De lo que aquí en la tierra se los entrego y se los hago entrega
a ustedes. Que llegue a ustedes. Señor San Pedro con tu mano
derecha, la llave, abres la puerta de allá del Cielo, para que allá en
el Cielo llegue a ustedes. Ustedes reciban estas dulces oraciones,
esta dulce y aromática ofrenda. Se los entrego allá en el Cielo, en la
Gloria, adonde viven ustedes. Yo Nicolás Antonio López, yo su hijito
pequeño, ahora en este día los saludo y los visito con estas oraciones
y con este saludo. En sus manos vaya a valer que ahora les doy estas
oraciones. A ustedes les entrego ahora en este mundo.

⁷⁰ Demetrio Sodi, *Textos mayas*, pp. 61-62. A partir de los textos recopilados por Villa Rojas y Redfield en Chan Kom, publicados en inglés.

Pero que suba allá en el Cielo este saludo; y aquí en la tierra suplico a ustedes adonde sembré mi maicito, adonde cubrí con la tierra el sembrado.

Tú Santísima Trinidad ayuda a este suelo; Nuestro Señor Jesucristo, tú pon tu sangre en este suelo y tu carne en esta tierra de Talocan Tata de estos taloques que están viviendo en el Talocan, taloques sembradores que fructifican la tierra.

Allá tú pon tu sangre bendita y tu cuerpo sagrado para que salga bien esta siembra que tengo en mi sembrado en este suelo bendito, en este suelo sagrado en este suelo amado.

Y encumbre tan lindo en este suelo sagrado y que bien nazca en este suelo bendito y encumbre la milpita para que se forme tu carne.

Que no le pase nada, que nada le pegue alguna calamidad; que no le pase nada, que no le duela nada, que nada le haga daño.

Que no caiga la envidia sobre esto sembrado, que no caiga el envidioso en este suelo, en esta siembra, y pido el milagro ante ti Dios mío, que eres mi hermano, que somos tus hijos.

Que no se lo coma el ratón, el pájaro que daña la siembra, que no le pase nada, que no lo coman los pájaros malos adonde lo sembré y adonde lo puse.

¡Que todo encumbre bien, que nada le pase, tú que eres Dios, que eres el eterno padre, que crezca tan hermoso y tan lindo esta siembra, que todo se encarne, que todo se llene de tu sangre, oh Padre!

Que crezca bonito y que en cada hoja se desarrolle esta siembrita, que florezca tan lindos y tan preciosos elotes, que se pongan varios elotes, dos y tres elotes en cada tallo de esta milpita, a seis mazorquitas que se cuelguen en la milpita.

Pero tú pon tu carne sagrada Señor Jesucristo en esta semilla que tú nos das. Y tú pon tu sangre acá en esta milpa, en esta mazorca, para que en la tierra se logre bonita esta siembra.

Y aunque muchos hombres envidiosos lo vean, y lo pasen mi siembra, pero que no le lleguen estas envidias, ese dolor.

Que no llegue en él un dolor de enfermedad en la siembra; y que no le llegue aquí una envidia de enfermedad, sino que crezca tan

hermoso y tan floreciente y tan buena planta en este lugar del suelo.
Y que crezca y se desarrolle y que se encarnen bien esas mazorquitas.

* * *

Te estoy suplicando y te estoy molestando, regálame esta producción
para en esta tierra, que rinda, que se críe, que se multiplique para todos.
Que no se desvanezca esta semilla y que rinda te pido con tu
Santísima Gracia en tus benditas manos, oh Padre Dios, para que en
la tierra tenga yo qué comer, qué beber, qué alimentar mi cuerpo.
Tenga yo que tomar no más para mí, tu hijo, para otros más, para
todos mis hermanos de este mundo que me pidan, para alimentos
de todos ellos, para todos tus hijos en esta tierra.

* * *

Que nada nos falte, aunque llueva torrencial, sí aunque llueva
mucho, y aunque haga mucho calor, no se sequen nuestras milpas,
que caiga el agua nazareno en esta siembra.
Pero que no le pase nada, que todo le venga y que todo le guste, que
todo quede bien y que todo produzca bonito aunque no haga sol pero
que se dé siempre, pero que ya caiga el agua nazareno sobre esta
siembra.
En esta noche que reciba todo el sereno y que todo se vuelva tierno,
la hoja, la milpa, la siembra, que todo produzca muy lindo.

* * *

Cuando se acaban nuestras fuerzas, nuestro alimento, visitamos
a nuestros vecinos para que nos ayuden con el producto que ellos
poseen. Todavía aquí en este suelo los saludamos pidiendo lo que
nos hace falta en nuestra casa, y esto es lo que nos entristece, y esto
es lo que nos duele en el corazón, porque el pan de cada día no nos
puede faltar nunca.

* * *

Pido a tu Santísima Gracia en mi cocina, que nada me falte, que nada me necesite en mi nexcón, que nunca me falte un grano de maíz en mi cocina, que siempre esté lleno y que siempre nunca nos falte y que siempre haya alimento.

Que siempre venga tu sangre bendita y que haya agua, que haya pan en mi cocina, que nada falte, que todo ya se llene de aroma el calor en la cocina de mi casa.

Que siempre esté produciendo, y que siempre esté lleno mi plato donde yo tomo este sagrado alimento que tú me regalas en este día; que día con día siga habiendo, produciendo, que siempre tenga, que nunca falte, y que siempre haya, y que nunca estemos con las manos vacías.

* * *

Para que no nos falte en este suelo bendito, tú Nuestro Señor Jesucristo, danos para el desayuno, nosotros tus hijos estamos rogando, danos comida al medio día, danos nuestra cena en esta noche.

Y lo que tenemos que tomar, te pido con tu Santísima Gracia que lo reproduzcas, que rinda.

* * *

Tú Señor Jesucristo, dile al Señor San Pedro: "Señor San Pedro que abras las puertas del Talocan, que abras los productos del Talocan Tata, de la Talocan Nana; con tu mano derecha que abras las puertas del Talocan allá". Que allá Talocan Tata, Talocan Nana nos den, nos manden estas fuerzas y este alimento. Los taloques que viven en las montañas, en los cerros, en las vegas y en todo el suelo.

Dulce Jesús, no hará falta el fertilizante y el abono para alimentar las plantas de estas siembras de maíz de milpa, sino con tu fuerza, con tu súplica, lo que te pedimos se producirá todo. Sino tú, con tu Santísima Gracia y con tu milagro, puedes producir todo sin nada de abonos técnicos.

Que se reproduzca nuestra siembra y que rinda para todos nosotros. A vos pido la gracia, a los taloques dueños, a los taloques Nana y a los siete cerros, que ya llegue este alimento y esta siembra y esta semilla para que comamos en este suelo y en este hogar.

Tu Sangre Sagrada y tu Cuerpo Sagrado que se reproduzcan en las semillas, en las plantas; y tú Santísima Trinidad, y tú Santísimo Sacramento, Padre Jesús Nazareno, Padre Señor San Juan, Padre Señor San Pedro, si acaso viene un viento, y si llega algún mal tiempo, pero tú Señor San Juan, dieciocho mil ángeles, arcángeles, ustedes atajen en nuestra siembra, llévenlo por otro lado este viento, que no moleste, que no maltrate nuestra siembra.

Cuando llegue ese viento, para que no tire nuestra siembra, nuestras milpas, que no le haga mal, para que no la eche al suelo, que pase arriba o que pase por otro lado, pero que no llegue a nuestra milpa. Ángeles ataquen este viento; que no maltrate nuestra siembra ese tiempo malo, que no tumbe nuestras milpas, que no se caigan, que no le pase nada. (*náhuatl*)⁷¹

⁷¹ Enzo Segre, *Las máscaras de lo sagrado*, pp.67-72. Fragmentos de la oración de don Nicolás Antonio López, Soquita, San Andrés Tzicuilan, Cuetzalan, Puebla. Versión del náhuatl de Enzo Segre y Bonifacio Méndez.

MILPAS Y MILPEROS

EL CAMPESINO COAMILEA, chaponea, tumba acahualles, roza y quema breñas; desyerba, limpia su tlacolole, riega, arrima tierra, barbecha, pizca. Los primeros sembradores enseñaron la manera de tratar al maíz desde que se entierra la semilla hasta que se almacena. Además de mitos o ceremonias en casi todas las lenguas, en México hay una cultura cotidiana y universal, construida alrededor del maíz que nos acompaña hace milenios: nos singulariza, nos distingue y nos marca día a día, desde la creación del primer hombre hasta la desaparición del último bocado de tortilla; desde el primer suspiro hasta el bastimento que acompaña a los difuntos al sepulcro —o a la ofrenda el Día de Muertos. Héroe culturales, en tiempos míticos enseñaron la forma de trabajar y todas las ceremonias y rituales que son repetidos actualmente. Los primeros sembradores inauguran y ordenan los trabajos y los rituales de las milpas y las trojes. Entre los mazatecos, por ejemplo, Chikon Tokosho le enseñó a los hombres a sembrar y por eso a él se le pide para tener buena cosecha de frijol.⁷²

En este apretado resumen, Zingg habla de los sueños y visiones del primer coamilero huichol —nada tiene que ver con Watakame, que trajo el maíz al mundo y lo cultivó con grandes sacrificios.

⁷² Eckart Boege, *op. cit.*, p. 104, narrado por Bruno Herrera, de Tenango, Oaxaca.

Había un hombre a quien nadie quería porque no tenía nombre. El Sol lo bautizó y le dio el nombre de Palikata. Este hombre se convertiría luego en el dios de la caza del venado. Nakawé, Madre de los sustentos, dispuso que Palikata y Keamúkame se casaran. La diosa les dio todo lo que pudieran necesitar. Keamúkame daba de comer a su hombre las diminutas tortillas que todavía se usan en las ceremonias. Un pedacito de ese alimento bastaba para dejar satisfecho a Palikata. De inmediato Palikata se puso a desmontar una milpa. Convenció al dios del fuego, Tatévali, de que le prestara fuego para quemar el matorral. Tatévali en ese momento era todavía demasiado delicado para ir él mismo: todo el mundo se incendiaría. Entonces le enseñó a Palikata cómo producir el milagro de obtener fuego rezándole a las plumas sagradas colocadas encima de un disco de dios (*teapáli*). Así fue como Palikata pudo quemar todo el matorral seco de su milpa. Keamúkame bautizó la milpa con agua sagrada para impedir que se quemara completamente. Al último, después de una ceremonia, la milpa quedó lista para la siembra. Nakawé les dio a Palikata y a Keamúkame semilla que se reponía mágicamente. En cinco días brotó y entonces lloró como un venadito. Pronto su llanto sonó igual al de un niño. El maíz tenía hambre porque sus padres olvidaron darle alimento. Entonces fue hasta la casa de Keamúkame y comió de las ofrendas dejadas sobre el altar. Keamúkame soñó que debía llevar comida a la milpa. También le fue revelado que había que poner un disco de dios en medio de la milpa. Allí se colocaron ofrendas para los niños-maíz. En cinco días el maíz estaba más crecido. Entonces Keamúkame soñó que debía poner una vasija votiva en la milpa. Ésta desapareció en la tierra haciendo que le brotaran mazorcas al maíz, dos o tres en cada caña. También aparecieron frijoles y calabazas. Keamúkame y Palikata sintieron deseos de comer el maíz. Pero ella volvió a soñar y le dijo a su marido que primero tendría que armar trampas de lazos corredizos para cazar venados. Palikata hizo lo que su mujer le indicara y así se convirtió en el primer cazador de venados.

Palikata puso sus trampas en las montañas y se abstuvo de comer sal y de tener relaciones sexuales con su esposa. Trató de soñar cuándo podría atrapar un venado. Pero le fue imposible soñar, de modo que le rezó a Tatévali. A medianoche, Keamúkame supo que un venado había sido muerto porque cayó una pluma de chamán; era una señal de que matarían un venado.

El hermoso venado fue traído y se le colocó encima toda la parafernalia ceremonial. Se le dedicó la ceremonia huichol completa. Palikata no quería mancharse las manos con sangre, puesto que tenía que ofrendar la sangre al maíz. Por lo tanto, Matasuli se encargó de destazar al animal muerto. Palikata ofrendó la sangre a los cuatro puntos cardinales y al centro de la milpa, donde estaba el altar. De esa forma fue alimentado el maíz. Luego Palikata llevó sus trampas de venado a su casa de dios, para que pudieran descansar. Primero las limpió prolijamente para impedir que ningún pelo cayera en el patio de danza que había sido barrido.

En seguida se pusieron a trabajar durante cinco días preparando el banquete de los primeros frutos. Tatévali cantó para esta ceremonia, que se realizó tal como hoy todavía la llevan a cabo los huicholes. Luego Tatévali ordenó a los hombres que ejecutaran la danza del venado.

Al año siguiente, Tatévali volvió a cantar para la ceremonia del maíz tostado. (*huichol*)⁷³

Y así se hace, hasta ahora, en las comunidades huicholas. La vinculación entre los elotes, calabacitas y niños es clara en la fiesta de los primeros frutos. El peyote nace de las huellas del bisabuelo venado azul y las hojas tiernas de las matas son “orejas de venado”. Si la milpa se resiente por el frío o el viento, bala como venadito tierno y a los niños se les ponen nombres como Jilote, Flor de maíz, Guía de calabaza y otros semejantes durante la fiesta del tambor y del elote.

⁷³ Robert M. Zingg, *Los huicholes. Una tribu de artistas*, pp. 149, 150.

La interpretación de Lumholtz respecto de la asociación del peyote-maíz-venado es cierta y en este caso el complejo maíz-venado no podría ser más claro, puesto que se realiza una cacería ceremonial del venado y se usa la pintura del rostro propia del peyote. La nueva cosecha de maíz y calabaza es sagrada y como tal está llena de impurezas. Por consiguiente, tanto dicha cosecha como la gente deben ser purificadas (y volverse tocables antes de que se puedan comer, sin riesgos, los primeros frutos). Durante toda la noche se ofrendan las primeras calabazas y elotes cosechados por cada familia participante en esta fiesta (junto con las usuales preparaciones de cerveza y tamales). Dichas ofrendas se colocan sobre los altares de las respectivas casas de diosa, que se alzan alrededor del patio de danza frente al templo (aunque fuera de las épocas de festejos la gente vive diseminada a bastante distancia del lugar). Mañana se traerán las calabazas y los otros alimentos y bebida y se los dedicará todo el día en un canto acompañado de música de tambor y carracas, el primero tocado por el chamán, las segundas, en las manos de las mujeres y los niños. Luego de cantar todo el día a las calabazas, al maíz e incluso a los frijoles, estos frutos y la parafernalia ceremonial deberán ser ungidos con la sangre del venado que se supone atraparán los hombres entregados todo el día a la cacería ritual, mientras sus mujeres se quedan en el lugar de la ceremonia cantando todo el tiempo para ayudar al buen éxito de la empresa.

* * *

El rasgo principal de todo el arreglo es la diosa del maíz hecha con un taburete lleno de elotes tiernos y vestida con la indumentaria femenina huichol, así como vimos que era rellena con perfolla de maíz en la fiesta dedicada a la diosa de la tierra.

* * *

La diosa está prácticamente cubierta con galas femeninas y aunque su forma es algo indefinida se la puede reconocer como la representación de una mujer.

La parte superior de la figura, para indicar una cabeza, está rodeada con una cinta nueva y ancha, tejida a mano. En ella se han clavado muchas plumas de chamán, que definen su carácter sumamente sagrado. (*huichol*)⁷⁴

En todo nuestro territorio se hacen ceremonias al sembrar, pizar, guardar el maíz. Reglas, sacrificios y rituales, diferentes en cada lugar, parecen ser la norma de los campesinos. Estas son las notas de un diálogo entre una investigadora y un campesino.

Se va a comenzar a sembrar en Todos Santos. Van a sembrar cada veinte días. Según si es tierra fría o tierra templada, y según lo que se va a sembrar. En tierra templada van a empezar en Todos Santos, y en tierra fría van a empezar en febrero. Siembran hasta mayo. Ya en junio no siembran.

Cuando siembran van a ayunar tres días. Comienzan el ayuno el domingo, y continúan el lunes y el martes. Temprano el miércoles, amaneciendo, van a quemar seis velas de a veinticinco centavos en la milpa, en la tierra. En medio del tablón pondrán las velas, y llevarán *pom* para la Tierra, Dios en el Cielo, la Virgen, San Pedro. Aquellos que saben nombrarán a un mayor número de santos.

—Y, ¿quién rezará?

El dueño de la milpa es quien va a rezar. Antes de venir al pueblo, rezan todos, desde el presidente, hasta los regidores, hasta los alguaciles. Si no saben buscan quien sepa bien. Primero en sus casas y después aquí en la iglesia, delante de San Pedro: que vean que pase bien su cargo como lo pasó el primer justicia, que no se enferme y que ninguna fuerza ajena domine su alma, que no haya envidia, y que pase bien su cargo.

⁷⁴ Zingg, *op. cit.*, pp. 214-215.

—¿Tienen alma los cerros, las montañas?
Hay un ángel en cada cerro. El cerro, la montaña tiene alma como también lo tiene el agua —lagos, lagunas, ríos, manantiales—. Se reza a la tierra.

* * *

La luna debe de estar maciza para cortar los palos para hacer la casa. Se picará la madera si se corta un palo cuando la luna está tierna. Para doblar el maíz, la luna tiene que haber salido, pero no debe estar maciza todavía. Cuando es todavía joven se siembra la caña de azúcar. El maíz sólo puede recolectarse cuando la luna es grande, maciza.

* * *

Los que trabajan la tierra se fijan en la luna. Ya pasó la fecha de la siembra en tierra fría. Sólo se está sembrando un poquito en las orillas de pueblo. Cuando se oculta el sol y la luna está un poquito alta en el cerro del poniente, se siembra el maíz. Está maciza la luna cuando el sol se ha puesto y la luna está brillante y grandota del lado oriental. Anoche estaba una luna chiquita en el medio del cielo a la hora que se fue el sol. Ésa se llama una luna tierna. Cuando la luna está maciza siempre se levanta en el oriente. Para rezar no se fijan en la luna: pero en el día sí: buscan el jueves o el sábado.

* * *

Aparece en sueños como mujer, o como tío, o como un viejito pasado. Si es mujer es la Tierra y si es hombre es alguna alma, el ángel o algún santo. El ángel protege a los hombres. Por eso se reza en el Cerro. Acabando la misa aquí en la iglesia, se va a rezar en el cerro. Porque es el cerro

que cuida la vida, la milpa, que están junto al cerro. Allí está nuestro trabajo, nuestra vida.

* * *

Cuando hay algún enfermo y murió otro compañero en la misma casa o en casa vecina, se pasa *moy* en todas las articulaciones, estómago, cabeza, y se pone en su cabecera el tecomatillo. También van a acompañar al enfermo cinco mazorcas grandes en su cabecera o debajo de su cama. Así van a espantar tentación, que no lo vaya a ganar. El pilico o *moy* está disuelto con ajo; van a mascar el ajo, así van a untar. Como es *x'ob* la mazorca, tiene alma y lo va defender. La *x'ob* es ángel porque es *x'ob*.

Cuando ya se tapiscó todo el maíz, como no está todo porque lo ha comido en parte la tuza, ratón, pájaros, perro —se mencionan todos los animales del mundo que saben comer elotes. Hay que respetar al maíz, llamar su alma, el alma del tanto que se perdió del tablón sembrado. Va rezar con cuatro bolitas de pom. Va rezar el dueño de la casa si sabe rezar, o la mujer que está tocando con su mano el maíz todo el día. Decimos “Señora *x'ob*, Señora Ángel, que regrese el alma del maíz; que no se vaya su alma porque comieron los animales; que llamen su compañero que se perdió para que tengamos fuerza para comerlo, que está entero su alma de la milpa.

* * *

Cada pueblo tiene una sola Madre de Maíz, una sola *x'ob*. (*tsotsil*)⁷⁵

La Madre del Maíz, es un atado de mazorcas sin defecto alguno—en número determinado— que se guarda sin desgranar en el altar, o sobre el horcón, para sembrar al siguiente año. Escogiendo así el maíz, desde hace centurias, se ha llegada o tener el grano más apto para cada

⁷⁵ Calixta Guiteras, *op. cit.*, pp. 132, 136, 148, 176.

lugar. La polinización cruzada permite que nuevas mazorcas nazcan, pero la Madre, según se dice, proviene del primer maíz sembrado por los ancestros: se le ata, conserva, sahuma y reza antes de sembrarla al siguiente año.

El ritual de la milpa entre los mayas es el siguiente:

La primera obligación del nativo para con los dioses tiene lugar desde el momento que elige el terreno para hacer su milpa. Esta obligación consiste en improvisar, en el propio terreno, un pequeño altar de troncos donde deposita tres o cinco jícaras de *zacá* o atole de maíz. Después, procede a llamar a grandes voces a los *yuntzilob* para que bajen a recibir su bebida fresca. Los gritos se prolongan por algún tiempo, procurando que sean escuchados en toda la extensión que se trata de cultivar. De este modo, los *kuilob kaxob* o guardianes del monte, queden enterados de que ya el terreno estará ocupado por un hombre amigo y, desde luego, deberán cuidarlo y evitar allí culebras y otros animales dañinos; también deberán influir para que los árboles que se han de talar no opongan tanta resistencia ni hagan daño alguno al agricultor. Por su parte, éste no ha de talar más superficie que la que espera sembrar. De lo contrario, los *kuilob kaxob* podrían castigarlo por haber cortado árboles que todavía pudieron seguir viviendo.

Por lo común, talar el monte es tarea fácil si se tiene la ayuda de estos guardianes; de lo contrario, podrían ocurrir accidentes ocasionados por los árboles que caen. Sobre este punto, no faltan nativos que crean que los árboles pueden actuar a voluntad con propósitos de maldad; así, un informante nos platicaba que, en cierta ocasión, tuvo que recurrir a la ayuda del *H-Men* para lograr apaciguar a los árboles que talaba, pues, todos se le querían caer encima y daban muestras de estar bastante molestos.

La siguiente ofrenda ceremonial es la que tiene lugar en la milpa cuando llega el tiempo de quemar el monte que se ha talado.

Entonces la ofrenda consiste de siete jícaras de *zacá*, que se ponen en el suelo, frente a una pequeña cruz de madera. La dedicatoria

es hecha por el propio milpero, quien, puesto de rodillas, recita las siguientes oraciones cristianas: Padrenuestro, Avemaría, el Salve, el Credo, Yo Pecador y Señor mío Jesucristo; este conjunto de oraciones es conocido con el nombre de *payalchí* o rezo, y es de rigor saberlo a toda persona adulta.

El objeto fundamental de esta ceremonia es pedir al *Cichcelem-Yum* que mande al *kakal-mozon-ik* (fuego-remolino-viento) o viento que aviva el fuego del monte talado. Como ya sabemos, es creencia bastante extendida de que este viento está formado por almas en pena que pagan así los pecados que cometieron en la tierra. Cuando este viento tarda en venir o sopla muy débilmente, el milpero lo llama mediante un silbido especial que es muy conocido en toda la península. La ayuda de dicho viento es de suma importancia, pues, sin él, la milpa quedaría mal quemada y, en consecuencia, difícil de sembrar. El agricultor, por su parte, ha de procurar que la quema se lleve al cabo antes de que las primeras lluvias, pues, de lo contrario, quedaría imposibilitado para hacerlo, perdiendo así la ocasión de usar el terreno talado. Para preservarse de este peligro, el milpero suele acudir a alguno de los dos escribas que hay en el cacicazgo, el cual, usando un almanaque impreso en Mérida, le puede anunciar la clase de tiempo que ha de hacer en cada uno de los meses venideros. El sistema de adivinación llamado *xoc-kin* (cuenta de los días) que consiste en hacer el citado pronóstico mediante observaciones basadas en cada uno de los 31 días de enero, es aquí mal conocido y de poca importancia. El H-Men de Tusik, que fue el más explícito de nuestros informantes sobre ese punto, sólo supo decirnos que las observaciones se habrían de hacer en los 18 primeros días de enero, de acuerdo con el orden siguiente: del 1 al 12 correspondería a un día por mes, contados en su orden natural; de los días restantes a uno por cada dos meses contado de igual manera. De este modo, la clase de tiempo prevaleciente el día 2 de enero, comparada con la que ocurre en la segunda parte del día 13 del mismo mes (de las 12 a las 6), revela el tipo de tiempo que ha de reinar durante el segundo mes del año, es decir, febrero. Según nuestro informante, los 13

días restantes de enero quedan totalmente excluidos de la cuenta.
(maya)⁷⁶

Canciones cardenches

Bien haiga el hombre trabajador
El que trabaja la agricultura,
Regando el suelo con su sudor
En tierra blanda y en tierra dura,
Sufriendo el frío y sufre el calor
Bajo y el alta temperatura.

Es lindo es cierto cuando florece
Principalmente la tierra santa,
En ella mira nacer la planta
Una esperanza en él permanece,
Cuando ya ve que la mata crece
En la esperanza nace el amor,
Como las flores brindan candor
También la brisa prevenimiento
Para aumentar el bellecimiento
Bien haiga el hombre trabajador...

La agricultura, senda sagrada
En todo el mundo se ha confirmado,
Siendo un proceso lo más amado
Por San Isidro fue principiado,
Allá en la Siria donde él sembraba
En cada hoja nació una flor,
Se comprobaba tan tal primor

⁷⁶ Alfonso Villa Rojas, *Los elegidos de Dios. Etnografía de los mayas de Quintana Roo*, pp. 314-316. La adivinación de los días es muy semejante a las cabañuelas, modo de predicción europeo.

Como una gloria aquello admiraban
Aquellas gentes decían, cantaban
Bien haiga el hombre trabajador...

Y las futuras generaciones
Siguen amando la misma empresa,
Al ver la bella naturaleza
Hacen futuras grandes criaciones,
A ellas brinda sus producciones
Con la semilla como esplendor,
Así le ordena el Padre Hacedor
Dadle el sustento al ser viviente
Por eso aplaude todo creyente
Bien haiga el hombre trabajador...

Desde que empieza a su labranza
O sea que empieza a labrar la tierra,
Es como el hombre que va a la guerra
Y de volver tiene la esperanza,
Pero con Dios nunca hay desconfianza
Como el creyente ante un confesor,
Aunque sea el hombre más pecador
Le pide a Dios que le dé el sustento
Y brinda honores cada momento,
Bien haiga el hombre trabajador...

Yo he conocido esos movimientos
La agricultura la más sagrada,
Tiene su yunta y su buen arado
Bien peltrechado en sus implementos,
Cruza su tierra a los cuatro vientos,
Queda pensando como el autor
Cuando improvisa si es trovador,
Es ilustrado por su memoria

Comprar bienes forma la historia
Bien haiga el hombre trabajador...

El agricultor
Con el arado, con el arado
o se acaba el hombre como alcanfor,
por el destino de agricultor
que es un trabajo duro y pesado.

¡Ah! cómo sufre el agricultor
su triste suerte lo está matando
todos los años vive regando
la tierra ajena con su sudor,
para él no hay viento, para él no hay sol,
no hay nieve, ni frío templado
toda la vida esclavizado
por trabajar en la agricultura,
se va acercando a la sepultura
con el arado, con el arado...

Si el sol le quema, el calor le embriaga
con pocas ganas unce su yunta,
con sacrificios sale a la punta
sin más consuelo que el guaje de agua
su cuerpo herido como una llaga
adolorido y despedazado,
loco del viento, del sol quemado,
se acaba el hombre sin compasión
ya no le aprieta ni el cinturón,
con el arado, con el arado...

Si siembra tierras engramilladas
allí se esprime como estropajo,
sale en la tarde de su trabajo
sus pocas fuerzas inagotadas,

sus pobres piernas descoyuntadas
su pobre cuerpo martirizado,
llega y se sienta desconsolado
adolorido de los pulmones,
ya mero larga los pantalones
con el arado, con el arado...

Desde que siembra aquella semilla
todo a la suerte lo está arrojando,
porque el maicito que va tirando
es alimento para la hormiga,
lo desquelita con gran fatiga
por ver si acaso da resultado,
tira la escarda sobre mojado,
sigue el maicito descogollando,
pero el pobre hombre se va secando,
con el arado, con el arado... ⁷⁷

María Concepción, campesina indígena, originaria del poblado de Vinazco y que actualmente vive en la comunidad de El Aguacate, ha trabajado toda su vida en el campo y, a pesar de sus ochenta y cinco años de edad, aún tiene fuerzas para moler su nixtamal y preparar sus alimentos. Con su cabello canoso y su semblante ya marchito, delicadamente, a paso lento, coloca la leña en el fogón donde va a hervir sus frijoles. Por ratitos se detiene para descansar y aprovecha estos momentos para recordar aquellas experiencias que no se han desvanecido de esa mente lúcida que aún tiene:

—Asina hemos creído siempre, asina nos han enseñado nuestros padres y nuestros abuelos, a respetarnos entre nosotros y a respetar la tierra a la que agujereamos sus espaldas pa' sembrar el maicito, el frijolito, las calabacitas y el chile. Pa' nosotros la tierra tiene

⁷⁷ Socorro Perea (compiladora), *Décimas y valonas de San Luis Potosí*, pp. 184, 235. *Bien haiga*, cantada por Herculano Vega Zamarrón.

vida propia como los hombres tienen sus vidas. La tierra no está muerta, siente y se alimenta por sí misma. Cuando nosotros vamos a sembrar nuestras semillas pa' alimentarnos, primero pedimos permiso a la tierra haciéndole un ofrecimiento, también pedimos permiso cuando vamos a levantar una casa o cuando cortamos un árbol pa' ocupar la madera.

Cuando sembramos maicito pedimos permiso pa' que las matitas crezcan bien y así cosechar grandes mazorcas. En el día de la siembra ofrecemos una comida a todos los hombres que nos ayudan a sembrar el maíz. Mientras los hombres trabajan en la milpa, las mujeres nos quedamos en la casa pa' preparar la masa, poner el café, lavar el pollo y hacer el moli que se va a ocupar en la comida. Cuando las matitas van creciendo porque la tierra les está dando su alimento, el sol su luz y el cielo su agüita, cuidamos que los animales del monte *tekuanimej* y los pájaros no se las coman. Todos los días nuestros hijos *tlajpiaj* en el campo, pa' que los tordos y los papanes no se acerquen sobre el maicito que está reventando o las matitas que están creciendo.

Cuando las matitas ya están grandecitas y la maleza también ha crecido junto con ellas, le damos una primera limpia con güingaro o con azadón, arrancando toda hierba que no le ayuda en su crecimiento. Así las matitas se sienten contentas y continúan creciendo. En esta limpia nosotras las mujeres también ayudamos a nuestros viejos. De esta manera el trabajo no se hace pesado y lo hacemos con gusto.

* * *

—Cuando las matas ya empiezan a jilotear, nuevamente nuestros hijos o nuestros nietos *tlajpiaj* en la milpa, pa' que los mapaches y los tejones no se coman los jilotes. Cuando los jilotes crecen, se convierten en elotes grandes, en estos días nos preparamos pa' dar gracias a la tierra y a su creador. Damos gracias al que nos da la lluvia, al que nos da la luz pa' que los mateados y las plantas estén

verdes, y también damos gracias al maíz, porque el maíz, al igual que la tierra, ¡también tiene vida!

El día del ofrecimiento lo fija el *tlamatketl* de la comunidad y él nos dice qué cosas se necesitan pa' la ofrenda; también nos dice lo que a cada uno de nosotros le corresponde hacer. Casi siempre los hombres ponen el arco frente al altar y nosotras lo adornamos con bonitas flores. También a nosotras nos corresponde arreglar la mesa que se halla frente al altar. Sobre ésta colocamos un mantel grande y ponemos *popochtli* con copal, colocamos tabaco, aguardiente y otras cosas que nos indica el *tlamatketl*. Los hombres van a la milpa a cortar los elotes y nosotras nos quedamos pa' preparar la comida, que se va a servir en la ofrenda. Casi siempre hacemos *chiltlakuali* de pollo en este *iljuitl*.

En el momento en que se hace la ofrenda, toda la comida se pone frente al altar y es entonces cuando el *tlamatketl*, con un *popochtli* con brasas y copal y un *topo* de aguardiente en la mano, inicia sus oraciones y cánticos en lengua náhuatl pa' agradecer al señor de la tierra, de la lluvia y del maíz. Cuando termina sus oraciones y cantos de agradecimiento, todos los que estamos ahí nos sentamos a comer. Más tarde, cuando ya todo se terminó, el *tlamatketl* regresa a su casa con un morral lleno de elotes que la familia le regala.

Concha deja de desgranar por un momento. En seguida toma un puñado de maíz y lo arroja a los pollos que se han acercado al corredor de su casa. Luego, balanceando su cuerpo de un lado a otro, y casi arrastrando sus pies agrietados por su descalzo andar, se acerca a su pequeño fogón para destapar el *chichapal* de frijoles que ha puesto a cocer. En seguida regresa adonde estaba anteriormente para continuar con su labor. Por un momento no expresa palabra alguna, su mirada queda fija en el montón de mazorcas que tiene bajo sus pies. Se le ve pensativa, como si ordenara una serie de recuerdos que pasan por su mente, recuerdos que fueron una realidad en su mocedad. Como si de súbito interrumpiese sus pensamientos, exclama:

—Recuerdos, sí, sólo son recuerdos. La ofrenda de agradecimiento que se hacía en tiempos de elote casi en todos los pueblos de nuestra

región ha dejado de hacerse. En nuestro municipio sólo lo hacen en Chalingo y Tamoyón Segundo. Muchos pueblos ya no hacen este ofrecimiento, porque ya poco siembran maíz, pos las tierras ya no están en manos de los *maseualmej*, las tierras las tienen los *coyomej* y los *coyomej* no tienen por costumbre hacer agradecimientos por medio de ofrendas. En algunas rancherías que han dejado esta costumbre a veces llaman a los catequistas, pero no es igual; ellos sólo rocían con agua bendita unas cuantas espigas de la mata de elote, ya ni siquiera el *totajtsij* (sacerdote) se acerca a las rancherías pa' bendecirlas, y cuando lo hace hay que pagarle. Ellos todo lo cobran: si bautizan, cobran; si hacen una misa pa' un muerto, cobran. Pa' todo cobran.

Todo lo que nosotros hacemos y creemos, los *coyomej* no lo pueden entender, ellos sólo esperan que las tierras den pastura pa' alimentar a su ganado, pero nunca se inclinan pa' agradecer; ellos sólo quieren escuchar que suene el dinero en sus bolsillos cuando venden sus animales, pero jamás agradecen al que manda la lluvia pa' que crezca la pastura en los potreros. Nosotros cuidamos y alimentamos bien a los pocos animales que tenemos y que ocupamos en el trabajo del campo, pero ellos maltratan y malpagan a nuestros viejos, que les chapean sus potreros.

Los *coyomej* nunca podrán entender nuestras creencias. Tampoco los *totajtsij* pueden entendernos. Algunos de estos hombres hasta están amañados con los *coyomej*. Nosotros tampoco podemos entenderlos a ellos... (*náhuatl*)⁷⁸

Hasta ahora han hablado los campesinos, en otras lenguas. Veamos lo que nos cuentan sobre el tema algunos escritores, en español.

Al mediodía Marcela coge la hoz clavada en las junturas del muro, se echa una soga al hombro y parte. No hay un celaje que tamice los rayos cenitales; el cielo está limpio como un satén. En las ramazones

⁷⁸ Rafael Nava Vite, *La Huasteca. Uxtekapac*, pp. 134-137.

se acurrucan silenciosos los pájaros; las gallinas, a la sombra de mezquites y huizaches, matizan el verde esmalte del prado con el vivo colorear de sus plumajes; jaspes de oro y negro, capuchas de perdiz, albos plumones esponjados; reflejos metálicos, crestas sangrientas y ojos inyectados. Unas esconden la cabeza bajo un remo; otras, como insoladas, abren el pico.

Marcela entra en el milpal, abriéndose paso a través de una apretada fila de lampotes y maíz de teja, cuyos aurinos florones cabecean al separarse bruscamente. Los tallos de las aceitillas y las blancas flores despetaladas caen al rudo golpe de la hoz. Zigzaguea la rozadera a lo largo del surquerío y las cañas se doblagan al paso de la robusta moza.

Al cabo de media hora regresa por el mismo surco, recogiendo los haces de yerba tronchada, enrollado el mandil a la cabeza y la gavilla de pastura a todo el caber de sus brazos enarcados. Tira al suelo el pesado montón y ya fuera de la milpa se detiene a tomar aliento, sudorosa.

Un alfombrado encendido se extiende a sus pies: cinco llagas y lampotillos, yedras azules, maravillas moradas y blancas estrellas. Como pétalos arrancados por el viento revolotean vívidas mariposas. Una libélula hiende el aire abrasador con su mirífico tisú bordado de oro. El sol quema, los pájaros se pierden discretamente en las enramadas; la inmensa sabana está desierta. Como una voz vagarosa y llena de misterio descende el rumor de la montaña. De cara al poniente yérguese la Mesa de San Pedro como un monstruo que contemplara impasible las llanuras verdes, las lomas azules, las pálidas serranías esfumadas apenas en el azul zafirino que se pierde en el infinito azur. Hacia el suroeste blanquea el risueño caserío de la peonada de San Pedro de las Gallinas. (*Mariano Azuela*)⁷⁹

Había empezado ese tiempo fastidioso —particularmente cuando empieza—, que va de las cosechas a las siembras, en regiones de

⁷⁹ Mariano Azuela, *Mala yerba*, en *Obras escogidas*, p. 39. El texto es de 1909.

tierras flacas, atenuadas nomás al temporal. Días vacíos. Como si de pronto una corriente de agua, un aire violento, un ruido sostenido que cesa de golpe, metieran tumbos de mar a los oídos, los reventaran y los dejaran sordos. Como la sensación de aislamiento de estómago. Mareo. Destanteo. Agobio de las horas muertas, en ausencia de quehaceres urgentes. Horizontes ilimitados a la ociosidad. Reinado de la gana. Tirarse al sol, bocarriba, mañanas y tardes enteras. Andar por andar, por matar el tiempo. Buscar pláticas inútiles. Jugar baraja. Chupar y chupar. Semanas y meses de aburrimiento. Emigración de vecinos. Los ranchos abandonados. La desolación de las tierras. El trágico esplendor del sol sobre los campos erosionados. Las sombras escasas de transeúntes como ánimas en pena. La desolación de huizaches y nopaleras. Y peor, cuando el año ha sido funesto; mermaron las cosechas o —como ahora— se perdieron. El hastío se agrava con el desaliento en estos primeros días de inactividad. Tardan en reflorecer la resignación y la esperanza.

* * *

Se quedaban contemplando la extensión del Llano en la mayor resequedad, a la salida de la cuaresma. La delgadez de la luz, del aire, agrandaba las distancias, las acercaba y afinaba detalles en la lejanía: sobre la sierra y la circunvalación de los montes, nítidamente aparecían de bulto los árboles, dando a simple vista la impresión de distinguir sus especies y número, la diferencia de ramas y hojas, como si en esa época del año los ojos fueran catalejos, tuvieran alas o imanes, capaces de llegar o atraer la pinta, el hierro de los animales que discurrían como juguetes en parajes distantes, o la fisonomía de remotos transeúntes, o las particularidades de las casas esparcidas en lontananza; los ojos como lupas aplicadas al fino dibujo de cercas, de surcos, que trepando y cayendo a líneas rectas, parcelan el panorama, con apariencia de capricho pueril, tras el que se oculta el drama, la larga historia de ambiciones, luchas, muertes

y sobrevivencias transitorias, cubiertas por el olvido, pero que un día causaron tribulación, de la cual sólo restan cicatrices en el paisaje, cicatrices armoniosas a la vista, pero que incitan renovadas ambiciones, luchas, cambios de líneas en el sesgo de cercas y surcos con que los apetitos triunfantes han de substituir las viejas cicatrices a ras de la tierra, de la dominación efímera de la tierra.

Para los desterrados en este rincón del mundo, la cuaresma se reduce a sentir los colores con que la resequedad cubre campos y montañas, revistiéndoles metálica solemnidad. Según es la hora y la temperie del día, el gran velo oxidado refulge o amortigua sus matices. A la mañana, el sol —oblicuo en la iniciación primaveral— unta de sangre tierna, luminosa, los altos acantilados, los desmoches y resquebrajaduras de la cordillera, como pedazos de espejos encendidos en carmín, o tajos de corales al fuego; albean al oriente los casorios dispersos; al oriente se hacen leves, a esta hora del primer sol, el cobre con el estaño y el plomo, que tiñen la vista, mientras al poniente, contra el sol, enardecen su foscura, mezclándose a golpes de luz. El aire seco rompe obstáculos y distancias a la transverberación, que hiere ámbitos y dilata los ardientes, profundos, contritos colores cuaresmales, a medida que sube la mañana el camino del mediodía. La implacable, creciente crudeza de reflejos muestra la desnudez, la desolación de la tierra; su piel despellejada por todas partes; manchada de inflamaciones y gangrenas; como nazareno caído en medio de montañas, todo el cuerpo azotado, encarnizadamente azotado por turbas de huizaches, que invaden el escenario, encarnizadamente. Llegó el sol a la cruz del meridiano; el clamor de los colores crepita en las retinas, a lo largo y lo ancho del horizonte: crisol de minerales vespertinos, donde luchan colorados con cárdenos, ocre y amarillos, cobaltos, azufres y pedernales, en abotagamiento agravado conforme los mediodías avanzan al fin de las secas. Colores requemados: costra de sangre oreada en la extensión del Llano. Transcurridas las tres horas de agonía, los colores entran en reposo, se suavizan, juegan con los huizaches, las veredas y cercas; corren por las laderas; lamen

mansamente las heridas y costras del paisaje; aclaran perspectivas, resaltándolas. El ocre sangriento se mitiga. En su descendimiento, el sol derrama yodo gradualmente cargado: al bronce y los fulgores del oro sucede la escarlata, la grama, la púrpura, el yodo puro, fuerte, con resplandores bermejos. Llegado al triunfo de la primavera, el sol vencedor agranda los días para que los colores prolonguen su batalla. El mundo vuelve a dividirse: las tierras al occidente caen condenadas a rápidas sombras; el oriente levanta defensas de luz. El cielo invierte los campos: hogueras deslumbrantes al poniente; asomos caliginosos en levante. Al yodo se mezclan azafranes y añiles. El gran velo vuelve a ser morado, corroído de oxidaciones y escaras, que avanzan de poniente a oriente, precipitando lutos. Hay unos días —de marzo, de abril— en que, desligado del cobre, queda el estaño flotando sobre las bajas tinieblas, a la vez en lucha contra los broncas resistentes del poniente, fundiéndolos poco a poco en plata, sin romper la claridad, avivada por momentos, perceptiblemente soldada a la del día. Es la luna nueva de la Semana Santa. La luna que guía el regreso de los que han ido a los remotos oficios y procesiones del pueblo lejano. La primera luna de la primavera, hecha con plata de antigua ley.

* * *

Eh, si con el cambio de cielo, que lloviera regularmente, como ahora está sucediendo, cambiara la tierra, lo seguro es que también cambiaría el modo de ser de los hombres, que por fuerza son el vivo retrato del lugar en que viven. Los de acá son secos, duros, insensibles, desobligados con las mujeres, porque la tierra es así. Y la tierra es así, porque así es el cielo que la cobija: desobligado, inconstante, apenas la moja en pedazos y entra en calmas, o cuando se suelta no es más que para arrastrar en la corriente las capas cultivables, dejando el puro tepetate y los huizaches, o para aventar granizo que acabe con las milpas. Mejor pensado, los hombres son como el cielo, y las mujeres como la tierra. Eh, si cambiara el cielo

del Llano, cambiarían los hombres y las pobres mujeres del Llano, aquí, como yo, no más tristeando, parecidas a milpas con chagüiste cuando llegan las calmas. Esto mismo se lo dije anoche a Rómulo y no le gustó. Se lo estaba diciendo a causa de las esperanzas que nos ha hecho concebir el temporal, quién sabe si porque se murió el cochino ése, indecente, o por obra de que Miguel Arcángel ha resultado buen zaurín; es el caso que, como milagro, el temporal ha sido parejo hasta ahora; da gusto contemplar el campo y ver que las milpas jilotean el campo, muy verde, como hace años no sucedía; el ganado gordo; los zarzos de las casas van llenándose de quesos; a ver si en agosto no viene la calma y se lo lleva el diablo todo, como siempre. A pesar del peligro, estoy contenta por el cambio del cielo; a mis años, no sé qué me pasa: como si me hubieran quitado un peso de encima. (Agustín Yáñez)⁸⁰

¡Ya soy agricultor! Acabo de comprar una parcela de cincuenta y cuatro hectáreas de tierras inafectables en un fraccionamiento de la Hacienda de Huescalapa, calculada como de ocho yuntas de sembradura. Esto podré comprobarlo si caben en ella ocho hectolitros de semilla de maíz. La parcela está acotada por oriente y sur con lienzo de piedra china, abundante allí por la cercanía del Apastépetl. Al poniente, un vallado de dos metros de boca por uno y medio de profundidad sirve de límite. Al norte, una alambrada es el lindero con mi compadre Sabás. Este lienzo es de postes de mezquite, que a tres metros de distancia cada uno, sostienen cuatro alambres de púas, clavados con grapas y arpones. Los arpones son alcayatas de punta escamada para que no se salgan, y hechizas. Las forjan los aprendices de herrero con desperdicios de fierro y las entregan en los comercios a centavo y medio la pieza. Esta aventura agrícola no deja de ser arriesgada, porque en la familia nunca ha habido gente de campo. Todos hemos sido zapateros. Nos

⁸⁰ Agustín Yáñez, *Las tierras flacas*, pp. 200-201, 339-340, 391. Publicado inicialmente en 1962.

ha ido bien en el negocio desde que mi padre, muy aficionado a la literatura, hizo famosa la zapatería con sus anuncios en verso. Yo heredé, y me felicito, el gusto por las letras. Soy miembro activo del Ateneo Tzapotlatena, aunque mi producción poética es breve, fuera de las obras de carácter estrictamente comercial.

Aunque bien acreditado, mi negocio es pequeño, y para no dañarlo con una arbitraria extracción de capital, preferí hipotecar la casa. Esto, no le ha gustado a mi mujer. Junto a mi libro de cuentas agrícolas, que estoy llevando con todo detalle, se me ocurrió hacer estos apuntes. El año que viene, si Dios me da vida y licencia, podré valerme por mí mismo sin andar, preguntándole todo a las gentes que saben. Lo único que me ha extrañado un poco es que para la operación de compraventa han tenido que hacerse toda una serie de trámites notariales muy fastidiosos. El legajo de las escrituras es muy extenso. Tal parece que esta tierra, antes de llegar a las mías, ha pasado por muchas otras manos. Y eso no me gusta.

* * *

Contraté para trabajar la tierra a un mayordomo, con sueldo de un peso diario. Él a su vez apalabró ocho peones o gañanes con paga de cincuenta centavos pelones, porque como yo no tengo maíz ni frijol de cosechas anteriores, no pude contratarlos a base de ración, o sea una medida de maíz y un litro de frijol diario, más veinticinco centavos en efectivo. El trato fue verbal, y cada uno recibió diez o doce pesos como acomodo, que deberán restituir abonando cincuenta centavos a la semana. El gañán que recibe este dinero se llama a sí mismo vendido y no puede trabajar ya de alquilado, como hacen los que no tienen acomodo y trabajan libremente por días o semanas.

Una vez formada la cuadrilla, vamos a proceder a la limpia de la tierra, que es de rastrojo porque fue sembrada el año pasado. Las que no lo han sido se llaman descansadas y son las preferidas por medieros y parcioneros, que esperan de ellas, como es natural, mayor rendimiento.

* * *

Estamos haciendo la limpia con guango, machete corto y ancho, de punta encorvada. El cabo o agarradera es tubular, de la misma pieza y un poco cónico para encajarle un palo como de medio metro y poder blandirlo horizontalmente a derecha e izquierda y hacia abajo como guadaña. Así se derriban los rastrojos que quedan en pie y las plantas aventureras que en estas tierras florecen, como el moco de guajolote y el chicalote. El primero produce una semilla leguminosa que abonan la tierra; es signo de fecundidad su abundancia.

—Abundancia, ¡madre! Somos un pueblo de muertos de hambre. El chicalote, planta de hojas escotadas y espinosas, da unos cascabeles llenos de semillitas negras como granos de mostaza. Los muchachos y las mujeres de los mozos las recolectan para venderlas en el mercado, donde son muy solicitadas por su aceite, que se utiliza en jabonería. En toda la región se recogen de quinientas a seiscientas toneladas de esta oleaginosa silvestre, que alivia en su tiempo la miseria de las clases menesterosas...

—Alivia, ¡madre! Este hombre no sabe lo que dice. En todo caso aliviaba, porque el chicalote se está acabando en Zapotlán, como el tule de la laguna... Vayan a ver: ¿dónde está el tule? ¿Dónde está el chicalote? Y es que el año pasado, del hambre que teníamos, no dejamos nada para semilla...

La limpia del campo puede hacerse por tareas individuales o en grupos, según le convenga más al patrón. La tumba se lleva a cabo en la mañana, y por la tarde se amontona el rastrojo y la maleza y se le prende fuego.

* * *

La limpia duró tres semanas. Ya hacen falta los bueyes. Hoy tomé en renta ocho yuntas, comprometido a pagar por cada una ocho hectólitros de maíz en cosecha, desgranado, harneado y limpio, de buena clase y puesto a domicilio del arrendador. Todo se me

multiplica por ocho: compré ocho arados de fierro, de los llamados de un ala, pues aquí ya casi no se trabaja con arados de palo. Y luego los aperos y avíos: ocho yugos escopleados, ocho cuartas, ocho pares de coyundas de cuero crudo, bien engrasadas con sebo de riñonada, ocho barzones y ocho otates con puya... Ah, y una castaña grande para el agua de beber.

* * *

Se nombró a uno de los gañanes para bueyero, quedando el mayordomo y siete peones para uncir cada uno su respectiva yunta. El bueyero tiene que dormir en el campo; para eso hubo que construir en la ladera de una barranquilla, junto a un frondoso tacamo, el pequeño rancho que le servirá de albergue, y donde habrán de guardarse los aperos de labranza. Al alba tendrá que reunir los bueyes para echarles la hoja, porque al rayar el sol deben ya estar listos para el trabajo.

* * *

Poco más de una semana se ha llevado el deslome, primer fierro del barbecho. Consiste en abrir con el arado el lomo del antiguo surco, que con el beneficio y cultivo de la cosecha anterior ha quedado reducido a la hilera de montoncitos de tierra que arroparon cada uno su planta. Hoy por la mañana, en tanto que las yuntas daban la primera vuelta, el bueyero procedió a hacer la lumbré y yo me quedé a almorzar con los mozos. Ya hechas las brasas, cada quien saca de su morral un tambache de tortillas. El mayordomo manda: "A tender, muchachos". Todos se apresuran a echarlas sobre fuego. Algunas tortillas las llevan apareadas, esto es, cara con cara y con frijoles adentro, de esos negros que a ellos les gustan tanto. No falta quien traiga además un tasajo de carne, un trozo de pepena o de cecina. Cada quien consume de su ración lo que le conviene, dejando lo suficiente para la otra comida, que se compone de lo mismo. Todos

llevan su sal y sus chiles para darle gusto al bastimento. Mientras dura la comida de medio día, se desuncen los bueyes para que también ellos coman cada uno su manojo de hoja y se les conduzca luego al aguaje más próximo. Aquí, en el Tacamo, tenemos dos barranquillas que nos sirven de agostadero, porque por ellas bajan corrientes de temporal.

* * *

Una vez terminado el deslome, hemos procedido a cruzar, esto es, a arar la tierra en sentido inverso al de los surcos. Cada hilo va rompiendo como veinticinco centímetros de tierra, que voltea el ala del arado. Van la yuntas al sesgo, una detrás de otra, en escuadrilla, lo que se llama ir en reata. Hay otro sistema, que a mí no me gustó, en el que cada yunta va por separado abriendo su besana. No me gustó, porque hay que calcular muy bien las besanas para que no les queden becerros: le dicen así al espacio de tierra que queda sin arar en medio de la besana y que debe ser cerrado en una o dos vueltas. Esto da por regla general, uno o dos surcos malhechos en cada tramo de veinte o treinta metros. Y yo no quiero malhechuras. Este segundo fierro se da como en dos semanas, al terminar, ya podremos tener lista la tierra para rayarla y sembrarla. Sólo en terrenos muy duros o engramados es necesario dar otro fierro sesgado. Cuando se aproxima el temporal, según las muestras de nubes, vientos y otras señales que estoy aprendiendo, procederemos a rayar la tierra.

* * *

Ya con mi tierra acabada de rayar, se me presentan, como a todos los agricultores, dos posibilidades: sembrar en seco, o esperar a que llueva para que la tierra esté bien mojada. Si uno tiene fe en que pronto viene el temporal, vale la pena anticiparse y exponer la semilla al daño de cuervos, tililes y tuzas. Si se retrasa el temporal,

o no llega en firme, las milpas no nacen como se debe. Pero si en término de una semana cae una buena tormenta, se viene muy pronto y pareja la nacencia. Ni qué decir que yo voy a anticiparme. Creo que seré el primero que se arriesga. Ya me anda por ver brotar las milpas. Además, oí decir que cuando se siembra sobre mojado, la milpa también nace dispareja, porque la operación dura entre quince y veintidós días y cuando ya hay plantas listas para la escarda, otras apenas comienzan a nacer. Prefiero confiar en la Divina Providencia, y mientras llueve, le revolveré unas piedras al Credo. Voy a poner a todos los mozos a que espanten los cuervos y a que maten los titiles y tuzas con escopeta.

* * *

No tengo palabras para describir las jornadas de la siembra. Los mozos van descalzos por los surcos. Colgado al hombro llevan el costal de la semilla, como una hamaca. Con pasos medidos van arrojando los granos y los tapan echándoles tierra con el pie. La cuadrilla parece entregada a una danza lenta y antigua. Los mozos, ensimismados, olvidan sus canciones, sus dichos y sus chanzas. Al volver a mi casa, me vine despacio, solemnemente, sin arrear ni una sola vez al caballo. Como si todas mis esperanzas, y lo mejor de mí mismo, quedara depositado en la tierra. Antes de montar, eché algunos granos de maíz en un surco. Me fijé bien dónde los puse. A ver si tengo buena mano de sembrador. (Juan José Arreola)⁸¹

El ruido aumentó. Era más prudente no ir a ver qué sucedía. Un ruido semejante acompañó al primero: algo caía, caía sin cesar, silbando dulcemente. Era como si dos costales de maíz dejaran escapar el grano por un agujero.

—¡Ora sí, el canijo está destripando los costales!

⁸¹ Juan José Arreola, *La feria*, en *Narrativa contemporánea I*, pp. 374-378, 383, 388, 392. Publicado inicialmente en 1963.

Los silbidos se multiplicaron. Todos los costales se vaciaban a gran velocidad. La trastienda se iba llenando de maíz, estaba seguro de eso. Con precaución miró hacia allí: la puerta colmada de granos se desbordaba y el maíz avanzaba por la tienda. Asombrado miró a su alrededor. Estaba entre costales. Arriba de la puerta de salida había tableros cargados de sacos de ayate. En ese momento se abrió el primer costal y los granos cayeron sordos, en un chorro dorado, sobre el suelo. Luego se agujereó el segundo costal, luego el tercero, luego el cuarto, luego la tienda entera llovía maíz de todas sus paredes. El lugar del mostrador se fue estrechando. Vio que la puerta de la calle que antes había atrancado cuidadosamente estaba siendo bloqueada, pues los costales de arriba también estaban agujereados. Se levantó como pudo y a zancadas, enterrándose en el grano hasta los muslos, llegó a la puerta. Con dificultad levantó la tranca y logró, haciendo un esfuerzo, abrir una rendija, husmear la noche y salir a la calle.

—A estas horas, señor, estaría allí sepultado en el maíz, y “el maldito sin cabeza” me tendría cogido de los pelos para toda la eternidad. Pero me le fui. Y me le fui no solamente de Amate Redondo sino de Perfecto Luna, porque cuando lo busque ya no lo va a hallar. Ahora soy Crisóforo Flores. ¡Lo que es tener un poco de presencia de ánimo! ¿Verdad, señor? Por eso le preguntaba si creía usted en los muertos, porque antes “del sin cabeza” tampoco yo creía.

—¡Ah! —contestó el desconocido de pie junto al narrador. Este apenas tuvo tiempo para ver el rostro sin rostro de su nuevo amigo: el cuerpo del desconocido terminaba sobre los hombros.

—¡Se endemonió! —dijo Don Celso al día siguiente. Me soltó todo el maíz y murió en medio de la huizachera. ¡Caray! ¡Y parecía tan buen muchacho el tal Perfecto Luna! (*Elena Garro*)⁸²

Era correr por el monte sin sentido. Era pisotear un sembrado. Exactamente pisotear un sembrado. Los surcos están ahí, paralelos,

⁸² Elena Garro, *Perfecto Luna*, en Gustavo Sáinz, *Los mejores cuentos mexicanos*, p. 92. El cuento se publicó originalmente en 1958.

con su geometría sabia y graciosa. Son rectos y obedecen a esa disciplina profunda de la tierra que les exige derecho, honradez, legitimidad. Míraseles su extensión como una malla sobre el humus y la vida que late, ordenando el crecimiento. Obedecen a un designio, a una voz plena y poblada de materias, que desde abajo decreta el milagro de la comunión con las cosas del aire, para que el pan se dé entonces como un hijo y encuentre casa la espiga y el sudor levante su estatua. Pero el odio demanda también su establecimiento y pisar un surco conviértese en una negación fortalecedora. Entonces se desata el hombre como un animal oscuro cuyo goce simple se compone de la desolación y el caos. Tiene el alma un poder furioso y una impureza avasalladora que se desencadenan libres y sin freno. La destrucción erige su voluntad y adelante no hay nada, pues la ceguera lo ocupa todo y hay un insensato placer en que el sembrado se convierta en pavesas y la semilla se calcine. La Revolución era eso; muerte y sangre. Sangre y muerte estériles; lujo de no luchar por nada sino a lo más porque las puertas subterráneas del alma se abriesen de par en par dejando salir, como un alarido infinito, descorazonador, amargo, la tremenda soledad de bestia que el hombre lleva consigo. (José Revueltas)⁸³

Poco queda ya de aquellos sembradíos, ceremonias, reverencia por el maíz. Los sufrimientos y los cultivos de ahora son otros. También los indígenas y sus relatos, el mundo rural y sus creencias, el clima y los lugares donde pervivía el mito. Quienes siguieron sembrando, quedaron, metafóricamente, vendidos. Sólo la amenaza del hambre y la desigualdad siguen siendo las mismas.

Me volvieron a llevar a la tierra caliente. Esta vez los viejos se habían quedado en casa: fui sólo con los dos hermanos. Llegamos donde vivía el hombre que tenía el maíz y me dejaron vendido con él por

⁸³ José Revueltas, *El luto humano*, en *La narrativa contemporánea I*, pp. 343-344. Publicado inicialmente en 1943.

dos fanegas. Llevamos cuatro bestias y los hermanos se cargaron del maíz que recibieron a cambio de mí. Entonces me dijeron: "Aquí quédate; volvemos por ti dentro de ocho días". Pero ya no volvieron. Todos los días llegaba un ladino que vivía en una hacienda cerca de Acala; era el dueño de la tierra, y el zinacanteco del maíz le pagaba por sembrar en ella. Uno de esos días, después que hablaron el zinacanteco y el ladino, me dijo el señor del maíz: "Mira, Juanito, ahora aquí te quedas para siempre. ¿Viste esas cuatro bestias que llevaban dos fanegas de maíz? Es la paga que yo di por ti. Tú las vas a desquitar; pero no conmigo. ¿Has visto ese hombre ladino que viene aquí todos los días?; a él le vas a pagar el maíz que se llevaron. Él vino hoy a decir que viene mañana para llevarte, porque no tiene hijo, porque está sólo con su mujer."

Los viejos no supieron que me habían vendido sus hijos, o tal vez fueron ellos los que quisieron que me vendieran. Lloré porque iba a quedarme lejos. Los viejos no me pegaban; nunca me regañaron. Quería regresar y seguir viviendo junto a ellos... Tal vez me querían; pero eran pobres y no tenían maíz, no hacían milpa, no tenían tierra. Lloré mucho porque no podía volver. ¡Cómo volver, si estaba vendido para que ellos comieran! (*tsotsil*)⁸⁴

Yo estoy ganando bien en la venta. Pienso en mi señora, todo el día va al campo con mis hijas y mi hermana, y cuando llegan, tienen que moler. Se cansan mucho, yo sé. Yo ya no voy, estoy flojo para este trabajo. Yo trabajo mucho en mi venta pero no en el campo.

* * *

Yo estaba pensando, "Están sufriendo las mujeres de mi casa", y un día les dije: —Mejor ya no vamos a sembrar. Yo puedo comprar maíz—. ¡Todas me regañaron! Me dijeron que no vamos a tener qué

⁸⁴ Ricardo Pozas, Juan Pérez Jolote. *Biografía de un tsotsil*, en *La narrativa contemporánea I*, p. 184.

comer, que no va a haber ni calabazas, ni elotes, ni melones, nada. Yo estaba pensando en el maíz, pero es cierto; sacamos frijolito, semilla, calabacita, zacate, muchas cosas. Es mucho gasto para comprar todo. Somos hartos aquí, y aparte los animalitos comen. Tengo mis marranitos, unos treinta, mis burritos son cinco, también tengo mulas y vacas, todos comen maíz y zacate.

Mi señora dice que quiere sembrar, que va a estar triste si no tiene su milpita, que si no siembran no van a estar contentas en la casa. Ella quiere ver su trabajo. Lloró mi mamá, dijo: "Ay, hijito, ¿por qué hablas así? ¿Qué vamos a poner de ofrendas? Tú nunca vas a poder descansar de la lucha [el comercio]". Ella dice que tenemos que sembrar porque así nos manda Dios.

Yo les dije que está bien, que vamos a sembrar. Pues yo estaba pensando en ellas, que se cansan mucho. Mi señora dijo que no está floja, que aguanta, que nunca me dijo nada. Pues estamos de acuerdo. Si quieren trabajar, a mí también me conviene porque no tenemos que comprar nada para el gasto de la casa. Siquiera tenemos animales, no caminan a la milpa como otras. Pueden ir y venir en sus mulas para no cansarse tanto. (*náhuatl*)⁸⁵

Primero empecé a trabajar de alizador, así se le llama al que va ayudando al de la yunta; andábamos todo el tiempo agachados. Después yo dirigía la yunta o agarraba el azadón para hacer el pocito para sembrar la matita. Otro trabajo era el de rajar leña, o cortar alguna madera.

A veces nos habilitaban el maíz a la dobla, de cada anega de maíz que recogíamos teníamos que dar dos al dueño de la tierra, se llegó el tiempo en que nos pidieron tres anegas por una que sacábamos para nosotros.

La mantención de nosotros eran frijoles con chile, sal y tortillas, ése era todo el alimento, con eso nos criamos todos los pobres del

⁸⁵ Catharine Good Eshelman, *Haciendo la lucha. Arte y comercio nahuas de Guerrero*, pp. 147-148. Testimonio de Ameyaltepec, Guerrero.

cerro. Nos pasamos una vida tremenda, triste, nos criamos en una calamidad, en una necesidad. Ahora pienso que antes tengo vida, de toda la gente de mi camada ya no queda ninguno, no sobro más que yo. (*Jiquilpan*)⁸⁶

De vez en cuando mi hermano venía a verme. Cuando traía carro entonces nos daba maíz. No teníamos milpa en Palenque, entonces puro comprar maíz hacíamos. A veces Minsa compraba, pero no me gusta la Minsa, sabe a tierra. Por eso, me alegraba que mi hermano menor me trajera maíz. Blanco era el maíz de mi hermano, sabrosas eran las tortillas que hacían entonces.

No quedaba nadie en Chanacté, todo estaba abandonado ahora. Nuestra casa, los acahuales de piña y de algodón, la milpa de tabaco y los plantillas de yuca, las matas de plátano y de ciruela y las hierbas que habíamos trasplantado en el solar, todo estaba perdido. Mi hermano Bor se había muerto y mi cuñada solamente pudo echarle atole el primer día, porque luego se la llevaron. Desde que los dioses hablan dejado de hablar con mi madre, desde que mi padre fue a enterrar sus ollas, se había acabado la alegría, todo había terminado en Chanacté. Nunca regresaría, ya lo sabía.

* * *

Mi cuñado sabía cantar, cantó mucho, porque quería mucho a su esposa y no quería que los dioses se la llevaran. Fue la primera vez que hicimos atole, porque, como tardó una semana en morir, los hombres tuvieron tiempo de quemar hule y de sembrar copal. No sirvió de nada, por mucho que cantaron mi marido, mi cuñado y mi hermano Chanbor, Coj se murió; los dioses ya no escuchaban nuestros cantos, no tomaban nuestro atole, no les gustaban el hule y el copal, nada. Creí que pronto nos íbamos a morir todos, que había

⁸⁶ Guillermo Ramos Arizpe y Salvador Rueda, *Jiquilpan 1895-1920*, p. 265. Testimonios de Nicolás Díez Madrigal.

terminado nuestra vida en la selva y que el sol dejaría de salir en su camino para calentar los maicitos. (*lacandón*)⁸⁷

Del temor que tenían al hambre cuando andaba la cuenta de los años en *ce tochtli*, y de la provisión que hacían en el año antes. Antes que llegara *ce tochtli*, a quien temían mucho por el hambre, todos procuraban de juntar y esconder en sus casas muchos mantenimientos y todos los géneros de semillas que se podían comer, aunque eran comidas muy baxas, cuales son las que se dicen en este capítulo. *Polúcatl* es una semilla de una hierba que no se come sino con gran necesidad. Este *popóyotl* es maíz aneblado, *Xilotzontli* son los cabellos que las mazorcas tienen cuando están en la caña. *Miyáhuatl* son aquellos penachos que tienen las cañas del maíz cuando ya están grandes las mazorcas. (*náhuatl*)⁸⁸

⁸⁷ Marie-Odile Marion, *Entre anhelos y recuerdos*, pp. 38, 66. Informantes: Na'k'im, Ixiam.

⁸⁸ Sahagún, *op. cit.*, Libro 7, cap. VII, p. 707.

GLOSARIO

ACAHUAL: zacatal; hierba alta y de tallo algo grueso que suele cubrir los barbechos.

ACAMAYA, CAMAYA: langostino o camarón grande de agua dulce.

ÁNJEL: de ángel; alma de cada cerro, o cueva, o del maíz (tseltal, tsotsil).

ATARRAYAR: pescar con una atarraya.

BANKIL: mozo, ayudante (tsostil).

BASTIMENTO: provisión de alimentos, despensa, lo que se lleva para el camino o la jornada; víveres, itacate.

BERMEJO: de un color rojo o rojizo.

BREÑAS: zona de maleza entre peñascos o superficies rocosas o accidentadas.

CACALOTE: zanate, cuervo.

CALIHUEI: casa sagrada donde los huicholes hacen sus ceremonias.

CARRACAS: matracas.

CHACALEAR: pescar chacales: acamayaz o langostinos de río.

CHACHAPAL: vasija de barro.

CHACHAPALES: ollas de barro.

CHAGÜISTE, CHAHUISTLE: plaga de las gramíneas.

CHICALOTE o CHICALOTL: planta medicinal.

CHICAYOTA: cucurbitácea, también llamada chilacayota o chilacayote.

CHICHAPAL: olla de barro en general; más específicamente la que en su interior contiene al enjambre de chalitas (abejas nativas americanas).

CHICHIMA, TSITSIMIT: ser sobrentaural caníbal que habita en la selva, generalmente mujer vieja.

CHIQUEHUIITE: cesto, canasto blando de mimbre sin asas.

COAMIL, COAMILEAR: milpa, sementera, terreno pequeño para la siembra con coa, sin usar arado. Hacer coamil, coamilear.

CUACHI: de cuate, mellizo; mazorca o fruta doble.

CUARTA: látigo corto.

CUSCOMATE, COSCOMATE: construcción de zacate entretejido con barro elevada sobre un armazón de palos, que se utiliza en zonas calientes para guardar el maíz. En general, cualquier lugar para almacenar el grano.

FRIJOL PICHUACA, PICHOCO: frijol no comestible, semillas como cuentas, zompanctle o colorín.

GARABATO: un machete curvo, o pieza de madera con una curvatura en el extremo.

GÜINGARO: cuchillo afilado que se usa como herramienta agrícola.

HUAUTE, HUAUTLE, HUAUTLI: planta de la familia del amaranto de pequeñas semillas que se utilizan para hacer el dulce conocido como alegría.

IXTLE: fibra que se obtiene de las pencas del maguey y sirve para fabricar cuerdas.

JICOTE, MORRONGO: abejorro.

JILOTE: elote muy tierno, apenas formándose de la espiga.

MACUCHE: tabaco cimarrón o silvestre.

MARAKAME, MARAKATE (plural): cantador, chamán, sacerdote, hombre sabio, curandero (huichol).

MASEUALMEJ: maseuali, macehual; se refiere a que es una persona con pocos recursos económicos.

MATAYAHUALE, MATAYAHUAL: Red redonda de tejido ancho montado sobre un anillo de madera que se usa para pescar cerca.

MECAPAL: faja con dos cuerdas en los extremos que sirve para llevar carga a cuestas, poniendo parte de la faja en la frente y las cuerdas sujetando la carga.

MECO, MECA: de color bermejo; pálido y manchado.

MITOTE: fiesta con música, baile y ofrendas entre coras, tepehuanos y mexicanos.

MOY o PILICO: tabaco silvestre (tsotsil).

NIXCÓN, NEXCÓN: olla de barro donde se cuece el maíz con cal para elaborar el nixtamal.

NIXTAMAL: maíz ya cocido, remojado en agua de cal para ablandar la cascarilla.

PAPANES: papán; es una especie de ave passeriforme de la familia *Corvidae*.

PERFOLLA: hojas de maíz, secas o verdes, pero generalmente secas.

PICANTE: chile.

PINTOJO: que tiene pintas (manchas).

PIZCAR: cosechar.

POM: copal.

POX o POSH: aguardiente destilado a partir de la chicha, de uso ceremonial en los Altos de Chiapas.

POZOL: maíz sin nixtamalizar, cocido y martajado; se lleva en bolas, como bastimento para disolverse con agua. En Chiapas, se deja agriar.

QUELITES: nahuatlismo, genérico para yerbas comestibles.

QUIMIL: lío o bulto de ropa, conjunto de cosas, tambache.

ROZA: limpieza de la tierra de todo matorral y hierba, que se quema y se riega sobre el terreno antes de sembrarlo. Se llama a esto técnica de roza y quema.

SERETE: agutí, *Dasyprocta mexicana*.

TALOQUES, TLALOQUES: en la mitología mexica, ayudante de Tláloc encargado de repartir la lluvia por la tierra; ayudantes del rayo.

TECOMATILLO, TECOMATE: especie de jícara a modo de calabaza usado como recipiente.

TECONTE: recipiente hecho con una jícara o un bule grande cortado a la mitad.

TEOCINTLE: conjunto variable de pastos, los hay de ciclo de maduración anual o perennes; biológicamente similar al maíz, tiene espigas, no mazorcas.

TEPEZCUINTLE: es un roedor oriundo de América tropical; de cuerpo robusto, con las patas anteriores más cortas.

TLACOLE: terreno de labranza.

TOL: recipiente hecho con una jícara o un bule grande cortado a la mitad

TOTOMOSTLE o TOTOMOXTE: hoja que envuelve la mazorca del maíz cuando está seca. Se usa como forraje o para envolver tamales.

TOTOPOXTLE: tortilla de maíz tierno.

XAME O XAMIL: tamal de elote.

XUT: hermano menor en tseltal.

ZAPUPE: fibra de sisal con el que se hacen cuerdas.

BIBLIOGRAFÍA

NOTA EDITORIAL: Se dan las fechas de los escritos cuando las ediciones que usamos son diferentes a su año de publicación; o bien, se indica el año en que fueron recopiladas, en caso de conocerse. Algunos textos han sido publicados en español, pero aquí se citan los que fueron consultados tal y como se apuntan.

ARIEL DE VIDAS, Anath, *El trueno ya no vive aquí. Representación de la marginalidad y construcción de la identidad teenek (Huasteca veracruzana)*, México, CIESAS/Colegio de San Luis/CFEMCA/IID, 2003.

ARREOLA, Juan José, *La feria*, en *La narrativa contemporánea I*, México, Promexa, 1992.

———, *Varia invención*, México, SEP/Joaquín Mortiz, 1985.

AZUELA, Mariano, *Mala yerba*, en *Obras escogidas*, México, Promexa, 1979.

BARTOLOMÉ, Miguel Alberto y Alicia M. Barabas, *Tierra de palabras: historia y etnografía de los chatinos de Oaxaca*, México, IOC/INAH/FECAIOC/INAH/FONCAO, 1996.

BLANCO, Alberto, *Giros de faros*, México, FCE, 1979.

BOEGE, Eckart, *Los mazatecos ante la nación. Contradicciones de la identidad étnica en el México actual*, México, Siglo XXI, 1988.

BRUCE, Robert, *El libro de Chan Kin*, México, INAH, 1974.

———, Carlos Robles y Enriqueta Ramos, *Los lacandones. Cosmovisión maya*, México, INAH, 1971.

BURNES, Allan F., *An Epoch of Miracles. Oral Literature of the Yucatec Maya*, University of Texas Press, Austin, 1983.

CONAFE, *Así cuentan y juegan en los Altos de Jalisco*, México, CONAFE/SEP, 1988.

———, *Maíz*, Elisa Ramírez Castañeda (edición y versiones), México, Tipografía Blanca/SEP, 2001, (de la serie Hacedores de Palabras de PAEPI).

CORTÉS BARGALLÓ, Luis, *El circo silencioso*, México, FCE, 1985.

- DE LA CRUZ, Víctor, *La flor de la palabra*, UNAM/CIESAS, 2013.
- , (transc. y recopil.) "El zanate y san Isidro", versión en español de Elisa Ramírez Castañeda, *Guchachi Reza*, núm. 1, vol. 1, pp. 15-18.
- FOSTER, George M., *Sierra Popoluca Folklore and Beliefs*, Berkeley & Los Ángeles, University of California, 1945.
- GARCÍA DE LEÓN, Antonio, "El universo de lo sobrenatural entre los nahuas de Pajapan, Veracruz", *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 8, México, UNAM: IIH, 1967, pp. 279-311.
- GARRO, Elena, "Perfecto Luna", en Gustavo Sáinz, *Los mejores cuentos mexicanos*, México, Océano, 1982.
- GOOD ESHELMAN, Catharine, *Haciendo la lucha. Arte y comercio nahuas de Guerrero*, México, FCE, 1988.
- GOSSEN, Gary, "Two Creation Texts from Chamula", *Tlalocan*, vol. VII, México, INAH, 1968, pp. 131-165.
- GUITERAS HOLMES, Calixta, *Perils of the Soul: The World View of a Tzotzil Indian*, Glencoe, The Free Press of Glencoe Inc., 1961.
- HERNÁNDEZ, Delfino (coord.), *Nueva narrativa náhuatl*, México, UNAM:IIH, 1985.
- HOLLENBACH, Elena, "El mundo animal en el folklore de los triques de Copala", *Tlalocan*, vol. VIII, pp. 463-468. México, UNAM: IIH/IIA, 1980.
- INCHÁUSTEGUI, Carlos, *Figuras en la niebla. Relatos y creencias de los mazatecos*, México, Premia editora, 1983.
- JÁUREGUI, Jesús y Johannes Neurath (eds.), *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit. Ensayos sobre coras, huicholes y mexicanos de Konrad Theodor Preuss*, México, INI/CEMCA, 1998.
- JUNTA COLOMBINA DE MÉXICO, *Vocabulario Castellano-Zapoteco*, edición facsimilar del publicado en 1893, México, Publicaciones del H. Ayuntamiento Popular de Juchitán, 1982.
- LAUGHLIN, Robert M. (ed.), *The Great Tzotzil Dictionary of San Lorenzo Tzincantán*, Washington D.C., Smithsonian Institution, 1975.
- LÓPEZ VELARDE, Ramón, *Poesías completas. El minuterero, Don de febrero*, México, Porrúa, 1979.
- LUMHOLTZ, Carl, *El México desconocido*, trad. Balbino Dávalos. México, INI, 1981, (facsimilar de la edición de 1904).
- MARION, Marie-Odile, *Entre anhelos y recuerdos*, México, Plaza y Valdés/UNICACH, 1999.
- MOTOLINÍA, fray Toribio de Benavente, *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, (edición, notas y estudio de Edmundo O'Gorman), México, UNAM/IIH, 1971.

- NAVA VITE, Rafael, *La Huasteca. Uextekapac*, edición bilingüe náhuatl y español, México, CNCA, 1996.
- OGITA, Masanosuke (recop.), *Canción de Chontal*, Tokio, Goeki impresiones, s/f. Versiones inéditas en español de ERC.
- PARSONS, Elsie, *Mitla, Town of the Souls*. Chicago, The University of Chicago Press, 1936.
- PELLICER, Carlos, *Obras completas*, vol. 1, México, D.F., CNCA/UNAM, Ed. El Equilibrista, 1996.
- PEREA, Socorro (comp.), *Décimas y valonas de San Luis Potosí*, México, Archivo Histórico del Estado, CCSLP, 1989.
- PÉREZ CONDE, Pedro y Elisa Ramírez Castañeda, *Leyendas y cuentos tzeltales. Namey' Ayejetik sok namej kopetik Tabatsilk'op*, México, SEP/DGPB/DEI, 1983.
- POZAS, Ricardo, *Juan Pérez Jolote. Biografía de un tsotsil*, en *La narrativa contemporánea I*, México, Promexa, 1992.
- PREUSS, Konrad T., *La expedición a Nayarit*. Manuscrito inédito traducido del alemán por Ingrid Geist, 1994.
- RAMÍREZ CASTAÑEDA, Elisa, *El fin de los montioc. Tradición oral de los huaves de San Mateo*, México, INAH, 1987.
- , Adolfo Juárez Bailón et al., *Cuentos mixes. Ap ayuuk*. México, SEP/DGPB/DEI, 1982.
- , Guadalupe Valdés et al., *Canciones, mitos y fiestas huicholes. Wirrarika Irratsikayari*. México, SEP/DGPB/DEI, 1982.
- RAMOS ARIZPE, Guillermo y Salvador Rueda, *Jiquilpan 1895-1920*, México, CERM Lázaro Cárdenas, 1984.
- REVUELTAS, José, *El luto humano*, en *La narrativa contemporánea I*, México, Promexa, 1992.
- SAHAGÚN, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, versión íntegra del texto castellano del manuscrito conocido como *Códice Florentino* con un estudio introductorio, paleografía, glosario y notas de Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, 3 vols., México, CNCA, 2002 (Colección Cien de México).
- SEDEÑO, Livia y María Elena Becerril, *Dos culturas y una infancia: psicoanálisis de una etnia en peligro*, México, FCE, 1985.
- SEGRE, Enzo, *Las máscaras de lo sagrado*, México, INAH, 1987.
- , y Taller de Tradición Oral de la Sociedad Agropecuaria del CEPEC, *Metamorfosis de lo sagrado y de lo profano. Narrativa náhuatl de la Sierra Norte de Puebla*, México, INAH, 1990.
- SODI, Demetrio, *Textos mayas*, México, SEP/UNAM, 1982.

- SOLANO, Alonso y Elisa Ramírez Castañeda, *Cuentos de la montaña de Guerrero. Tu'un savi, ña ndatno'on xa'a ña kuu xna'an*, SEP/DGPB/DEI, México, 1984 (nueva edición para Libros del Rincón, Pluralia/SEP, 2003).
- STILES, Neville, "El diluvio y otros relatos nahuas de la huasteca hidalguense", *Tlalocan*, vol. x, México, UNAM: IHH/IIA, 1985.
- TALLER DE TRADICIÓN ORAL DE LA SOCIEDAD AGROPECUARIA DEL CEPEC, *Lo que oímos contar a nuestros abuelos*, México, INAH, 1994.
- TÉCNICOS BILINGÜES DE LA UNIDAD REGIONAL DE ACAYUCAN, *Agua, mundo, montaña. Narrativa nahua, mixe, popoloca del Sur de Veracruz*, México, Premia/DGCP, 1985.
- TOLEDO/GUCHACHI', Textos indígenas antiguos, coloniales e indígenas contemporáneos referentes a las iguanas, selección de Elisa Ramírez Castañeda, álbum de grabados de Francisco Toledo, México, Ediciones Arvil Gráfica, 1976.
- TURNER, Paul R., *The Highland Chontal*. New York, Holt, Reinhart and Winston/University of Arizona, 1972.
- VILLA ROJAS, Alfonso, *Los elegidos de Dios. Etnografía de los mayas de Quintana Roo*, México, CNCA/INI, 1992.
- WEITLANER, Roberto J., *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, México, INI, 1977.
- WILLIAMS GARCÍA, Roberto, *Mitos tepahuas*, México, SEP, 1972 (SepSetentas).
- YÁÑEZ, Agustín, *Las tierras flacas*, México, Promexa, 1979.
- ZINGG, Robert M., *Los huicholes. Una tribu de artistas*, traducción Celia Pacheco, México, INI, 1982.

Del surco a la troje. Mitos y textos sobre el maíz

editado por Pluralia y producido por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la UNAM, se terminó de imprimir el 26 de noviembre de 2020 en los talleres de Impresos Vacha, S.A. de C.V., José María Bustillos núm. 59, colonia Algarín, Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06880, Ciudad de México. Para su composición se utilizó tipografía Filosofia de 11, 12 y 15 puntos. El tiro consta de 1,000 ejemplares impresos en offset en papel Bond ahuesado de 90 gramos y forros en cartulina sulfatada de 14 puntos. La edición estuvo al cuidado de Álvaro Figueroa.